Los muros de la memoria

Antonio Delgado obtuvo el premio único de novela del Certamen Estatal de Literatura "Laura Méndez de Cuenca", convocado por el Gobierno del Estado de México, a través de la Secretaría de Cultura y del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal, en 2016. El jurado estuvo integrado por Bertha Balestra, Odilón Ortiz y Horacio Saavedra.

COLECCIÓN LETRAS

narrativa

Antonio Delgado

Los muros de la memoria

FOEM
FONDO EDITORIAL ESTADO DE MÉXICO

GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO

Alfredo Del Mazo Maza
Gobernador Constitucional

Juan Jaffet Millán Márquez
Secretario de Educación

Marcela González Salas y Petricioli
Secretaria de Cultura

Consejo Editorial

Presidente
Sergio Alejandro Ozuna Rivero

Consejeros
Rodrigo Jarque Lira, Juan Jaffet Millán Márquez,
Marcela González Salas y Petricioli, Jorge Alberto Pérez Zamudio

Comité Técnico
Alfonso Sánchez Arteche, Félix Suárez González, Marco Aurelio Chávez Maya

Secretario Ejecutivo
Roque René Santín Villavicencio

Los muros de la memoria
© Primera edición: Secretaría de Educación y Secretaría de Cultura del Gobierno
del Estado de México, 2017

DR © Gobierno del Estado de México
Palacio del Poder Ejecutivo
Lerdo poniente núm. 300,
colonia Centro, C.P. 50000,
Toluca de Lerdo, Estado de México.

DR © Secretaría de Cultura
Ciudad Deportiva "Lic. Juan Fernández Albarrán",
Deportiva núm. 100, colonia Irma Patricia Galindo
de Reza, C.P. 51350, Zinacantepec, Estado de México.

©Antonio Delgado Ruiz

ISBN: 978-607-495-591-0

Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
www.edomex.gob.mx/consejoeditorial
Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
CE: 205/01/33/17

Impreso en México

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio
o procedimiento, sin la autorización previa del Gobierno del Estado de México,
a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.

Después de todo qué complicado es el amor breve
y en cambio qué sencillo el largo amor

Mario Benedetti

el verdadero amor
es una encendida quietud

Giuseppe Ungaretti

Una aclaración

Durante el tiempo que traté a Mariano Regis no advertí, en su conducta, disturbio alguno que pudiera calificar hoy como síntoma de su comportamiento posterior. Nada en absoluto. Nada que no correspondiera a las *locuras normales* de los muchachos de esos años. Nada que no pudiera tolerar y comprender la ciega y absurda rigidez de los adultos, ni la pertinacia de los dueños de la moral colectiva de entonces; sobre todo estos últimos porque, ocultos en la hipocresía y en sus intereses, pescaban a río revuelto, aunque de dientes adentro hubieran querido una sociedad quieta, mentalmente sedentaria; un tiempo sin gritos en las calles, un tiempo menos impúdico en las pantallas cinematográficas. En fin, una forma de vida más *sofisticada y linda*; una vida más ordenada y responsable, según sus criterios o *normas de conducta*. ¿Qué juventud

era esa que se contorsionaba al ritmo de una música estridente y licenciosa; qué tipo de libertad era esa que se desgañitaba en las calles, en las escuelas y en las plazas públicas? ¿Quién patrocinaba o azuzaba a esa recua de haraganes, de *rebeldes sin causa* maleducados y mariguanos?

Era 1958. Era el final de un periodo de senilidad política que, paradójicamente, legaba una sociedad en plena ebullición, caldeada por los críticos cuestionamientos sociales de profesores, médicos y ferrocarrileros, aunque traicionada en sus sueños libertarios al calor de un desvergonzado abrazo de muerte dado a los *jaramillistas*. Era el final de una época de crisis y el inicio de otra que, entre el desparpajo y la frivolidad lopezmateístas, la inflexibilidad y la mediocridad de muchos, habría de llegar a la insensatez y el genocidio diez años después, en Tlatelolco.

Regis y yo acudíamos a uno de esos centros de capacitación para jóvenes en el que se impartían diversos oficios técnicos, así como cursos y *talleres* de teatro, danza y oratoria, y otras actividades de asistencia social; y aunque nos integramos a los grupos de teatro y danza, y actuamos en algunos escenarios de manera convencional, en realidad no alentábamos la pretensión de vivir del arte y para el arte. Fue un pasatiempo, una chifladura; o tal vez la apremiante o inconsciente necesidad de buscar un camino alterno que, no obstante ser ilusorio y frágil, nos abriera una puerta ante la brutal ausencia de oportunidades. Quizás, en lo más profundo de nuestro ser, no nos satisfacía ni nos conformábamos con vivir enredados en la histeria del rocanrol, ni arracimados en las calles junto a los obreros, telegrafistas, ferrocarrileros, profesores y médicos en huelga por salario digno y mejores condiciones generales de

trabajo; enajenados unos por la frenética estridencia de la música, y temerosos los otros frente a la violencia policiaca y militar que se arrogaba el gobierno y que había cobrado ya algunas víctimas. Aunque, eso sí, como todos, nos sentíamos hastiados de la ambigüedad política y de la intransigencia de ese gobierno que tipificaba delitos sociales inéditos hasta entonces, sin comprender siquiera que sólo teníamos la rebeldía como arma y el deseo utópico de transformar el mundo en un sitio sin prohibiciones y más agradable para vivir.

Nosotros sabíamos, como muchos otros en esos años, que la rebeldía no era la réplica idónea a la inverecundia del poder, y que constituía sólo una ilusión sustituta de ruptura; y sabíamos también, él y yo, que el arte exigía constancia, disciplina, fidelidad, porque —nos lo decíamos a cada momento— el arte, como una amante apasionada, lo da todo, pero, al igual que una amante, todo lo reclama. Y ninguno de los dos podía ni quería dárselo. Lo supimos siempre, y aguardábamos hundidos en el espasmo colectivo. La histeria, el descontento multitudinario, los dirigentes golpeados, secuestrados y encarcelados, los profesores y campesinos muertos a la sombra de la traición, los jóvenes baleados en las calles de la gran urbe, las vejaciones y actos de tortura a que eran sometidos muchos de los que caían presos, nos mostraban la realidad, los mitos y visiones de los que queríamos huir.

Regis se casó en 1960 con Rosalina Conde, la muchacha que le ofreció lo mejor en el momento de mayor exaltación de la perentoriedad del ser, y en el 63 se marcharon a Tampico, con dos hijos y una líquida expectativa. Él iba emocionado, seguro, sonriente, detrás de una oportunidad; protegido o escudado en la falsa

alegría del ritual del viaje. Nos despedimos en la terminal de autobuses, entre bromas y abrazos, sin imaginar que no nos veríamos nunca más.

Años después, por amistades comunes supe que su matrimonio fracasó; luego recibí, como pájaro de mal augurio, la carta que motivó su búsqueda. Seguí su rastro; un rastro vacilante —con recodos unas veces oscuros y, otras, luminosos, cegadores o engañosos— pero marcado invariablemente por una línea pesimista y una actitud escéptica. Hoy, con los datos reunidos, sus propias notas y las suposiciones (o las inferencias) derivadas, reconstruyo lo que averigüé. Si bien todavía no sé por qué lo hice o lo hago. ¿Reclamar en su nombre —y en el de muchos otros seres anónimos de esos años— el sitio que perdió en el mundo; reivindicar su presencia; increpar al destino por la oportunidad segada?

Ha sido doloroso no encontrarlo; ¿o quizá deba decir: decepcionante? Persiste la duda de lo que sucedió. El confuso e insípido sentimiento de no haber ahondado en la búsqueda, fuera por prejuicios o por la insidiosa indisciplina de la que soy víctima perenne. Sin embargo, si vive —es una esperanza que se alimenta de la desazón— y lee esto, quiero que sepa que admiro su decisión... cualquiera que haya sido.

El principio y el fin

En el tiempo y en el espacio, todo cuanto acontece tiene un principio y un fin, tanto si principio y fin son trascendentes como si no. Aunque la razón y el sentimiento engarzan y relacionan todo hecho, cuando les concierne, de modo distinto: una —la razón— los ordena, desglosa y clasifica con rigor, incluso los funde y los prende a hitos inamovibles; otro —el sentimiento— los hilvana con emotividad, apenas lo justo para que no se disgreguen ni pierdan vigencia en el ánimo de quien los vive. Pero en el fondo —también hay que decirlo—, por una causa u otra, a razón y sentimiento les importa más la verdad que su *representación* cronológica y detallada en una línea del tiempo. Sólo la historia y la criminalística se obstinan en conceder más valor al suceso y su *representación* que a la verdad misma. Soslayan que los hechos sólo una vez son

auténticos; después, al *representarlos*, se degradan y se convierten en farsa. La verdad, en cambio, no tiene tiempo, ni principio, ni fin.

Espero que esto explique, a quien lo necesite, mi decisión de iniciar la travesía con una carta que considero la última noticia de Mariano Regis. Supongo que la escribió para quien fuera su esposa; y es obvio que no la envió. La encontré en la caja de objetos olvidados del hotel Bahía, en Ensenada, junto con otras pertenencias suyas que estaban por ser lanzadas a la basura o entregadas a la comisaría, si algún agente despistado se interesaba en ello: una cigarrera de piel y metal, un guante de mujer, dos fotografías de Regis captado en poses similares pero de contenido diferente —en una tiene la borrosa y taciturna mirada del soñador y en la otra la turbiedad del fracaso—; dos camisas, una pistola automática en cuyo cargador faltan tres balas, y una libreta de direcciones en la que sólo hay notas personales —no a manera de diario, pues se omiten fechas, aunque se mantiene un orden temático interior— y, en su última página, formando un triángulo, los nombres de Rosalina, Silvia e Irene, y, en el centro de este triángulo, las iniciales M.R.

Regis me escribió un año atrás. Me pedía le concertara una cita con un médico que le garantizara, si no un diagnóstico inapelable, sí la oportunidad de ser escuchado. Se sentía enfermo y estaba harto de placebos y encubrimientos; harto de enfrentarse a miradas en las que fulgían, con brillo avieso, el egoísmo y el bisturí. En la carta hablaba también de desesperanza, angustia, soledad, fracaso, miedo —"un lúcido miedo a la vida", anotó—, desesperación, suicidio. (He elegido estas palabras no arbitrariamente, sino porque creo que denotan simas depresivas capaces de perder a un

ser humano. Pero no es mi intención transcribir esta carta.) Por eso llamé al doctor Santarrita, profesional honesto y amigo de muchos años; le expuse el asunto lo mejor que pude y él aguantó el enredo con paciencia e interés. Al final, en tono cortés, me invitó a que lo visitara en su consultorio. Fui al día siguiente. Leyó la carta, meditó, volvió a leerla y la entrevista quedó concertada para dos semanas después. Le envié un cablegrama a Regis para informarle de su cita. No se presentó. En mi compañía, el doctor Santarrita esperó dos horas y media sin mencionar, ni aludir siquiera al sesgo, la sospecha que nos metió en la cabeza el primer minuto de retraso. Al cabo de ese tiempo sólo nos quedaban la hipótesis de un contratiempo y la certidumbre de haber caído en un pozo, atados de manos.

Conseguí el número telefónico de la agencia de mercadotecnia y publicidad de la que Regis era director en Tampico y llamé para saber de él. La información obtenida fue escueta: se había marchado sin decir a dónde, precisamente la mañana del día que debía entrevistarse con el doctor Santarrita. No hubo más. Nadie estaba enterado de su viaje para verse con el doctor Santarrita; no había registro de su cita ni sabían que estuviera enfermo.

Por varios días rumié lo ocurrido. Regis no era un individuo virtuoso, de acuerdo, pero tampoco alguien que huyera irracionalmente. Muchas veces, entre escena y escena de las farsas teatrales que solíamos representar en asilos y orfanatos, me hablaba de la idea de sumarse a la guerrilla; y, otras, de regresar a la universidad para "ser alguien". Pero pasar de la idea de la utopía beligerante a la del sueño de una realidad estable era la contradicción más frecuente de la época; todos respondíamos a ella. De modo que algo no compaginaba en el movimiento interior de su mundo: un hilo

se había roto y restaban dos cabos sueltos. Lo cavilé algunos días y al final viajé a Tampico; habíamos transitado juntos un buen trecho del camino, habíamos coincidido en algunas cosas y discrepado en más, pero me agradaba la idea de unas probables vacaciones en la playa. Con todo, también estaba convencido del autoengaño que urdí, y quizá por eso fue muy exiguo lo que averigüé en el puerto esa primera vez. La desconfianza que desperté y mi propia confusión sobre lo que buscaba y me proponía precipitaron mi regreso. Volví decepcionado, con el espíritu oprimido y la inconfesada seguridad de haber ido a perseguir un fantasma. "Si alguien tiene la culpa, soy yo", pensé.

Rehice motivos y razones, y redefiní mi propósito. De cualquier manera, la inercia de la búsqueda se trocó en carreras locas, descabezadas, y fui y vine hasta completar siete viajes a Tampico. Conversé con quienes intimaron con Regis, con quienes fueron sólo espectadores o meros accidentes en su vida. Cuando recapacité, lo que había empezado como un impulso afectivo rescatado de la juventud tenía el sello de una virtual obsesión. Sin embargo, las notas, suposiciones y falsas inferencias se acumularon al reconstruir itinerarios, conversaciones y rutinas que provocaron la engañosa certidumbre de poder encontrarlo al doblar una esquina. Y cuando ese convencimiento inicuo se convirtió en irremediable desazón y no había más qué hacer —o cuando, al parecer, no había más que los dos cabos sueltos—, del nudo que formaron mis titubeos y las contradicciones, de la sinuosa estela de delirios en que naufragó la imaginación, surgió el presentimiento —y luego otra vez la certidumbre— de su viaje a Ensenada, la única que podía reunir, metafóricamente, las características de la "ciudad hundida"

en la niebla. Y ahí, como quien se amputa un miembro o se detiene al filo del precipicio, cautivado por el vértigo, terminó todo. Si Regis se arrojó a las aguas del "Mar de las Tinieblas" de los antiguos navegantes, cruzó la frontera, retornó a Ciudad de México o se embarcó hacia no sé qué país, tuvo la sutil precaución —¿o enferma sagacidad?— de no dejar huella alguna de sus pasos: todo lo ocultó en la niebla. Sé que un ser humano no se pierde así como así, ni cesa en su verdad sembrada.

Por eso pido, a quienes lo conocieron, que lo busquen en cada esquina y por todos los caminos; en las estaciones y aeropuertos, en los embarcaderos; que lo busquen aun en los sitios donde se despiden los amantes, a la sombra de un duelo o al pie de un adiós; que no lo dejen partir con la oscura idea de haber permanecido siempre al margen de la vida.

Primera parte
La carta

Carta encontrada en el hotel Bahía

Querida tan lejana:

Ahora pienso en ti: extraño tu voz, el territorio de tu cuerpo cotidiano, la reblandecida luz que supura tu nombre. Aquí el día y la noche son incansablemente atravesados por un viento helado con escamas de olvido; por corrientes marinas que reptan de norte a sur y se aparejan en el paralelo 28. La bahía, vieja muchacha encinta de barcos y turistas, vestida siempre de niebla, abre su vagina a un océano de bruma que devora soles en secretos ritos diarios.

Desde donde estoy —plaza cívica, bulevar costero, calle miramar, gastélum, taberna de el cid, arroyo de ensenada, nostalgia pura— recuerdo tu amor, simple y violento; recuerdo el dulce odio aquel de tu mirada niña y tu piel moruna, mientras desde la terraza

del hotel bahía veo a un ser metálico moviéndose en la niebla... es un barco, pienso-conceptúo-escribo-deletreo la imagen, e inconscientemente evoco lo que nunca pasó: tus ojos enrojecidos por el llanto, tu mano terca asida a mí pero incapacitada para detenerme, tu gabardina ajada y raída y que te vaya bien.

Hace mucho tiempo arriamos la bandera de la ternura; hace muchos años que lo perdimos todo por andar jugando a la soledad o a los sanguinarios bandidos de un amor filmado en blanco y negro. Cómo me gustaría —mejor dicho, cómo me habría gustado—, de veras, recobrar la vida que escapó por entre los dedos; traerte a este sitio, tan cercano a lo absurdo, e iniciar otra era. Pero traerte sin que te dieras cuenta, sin resentimientos, ni condiciones, ni agravios; como una fragancia, como un sueño o un deseo, ¿me entiendes? ¡Detesto que las palabras mismas nos induzcan a decir lo que no queremos decir! ¡Detesto que nos obliguen a la reverencia de la máscara!

Ahora pienso en ti: son las 5 pm y creo que mi pensamiento no te alcanza porque donde tú estás son las 7 pm: y aunque volara de aquí a allá, aunque me transportara siguiendo el hilo de las invocaciones, siempre llegaría dos horas más tarde, dos horas después de todo lo que quisiera ser: ¿me verías acaso?: tal vez la puerta y las ventanas estén cerradas, echadas las cortinas, selladas las hendeduras: quizás los niños estén dormidos, sin ti y sin mí en la memoria, únicos, y tú te halles abstraída, ida, tejiendo la telaraña amarga del tedio y las inquinas.

No hay más. Tiemblan las banderolas y las espadas de las palmas. Oigo el chirriar de los tordos y los gritos pelados, voraces, de las gaviotas. El sol —espléndido hoy, blanco, amable— le da sin embargo una apariencia fantasmal a esta ciudad hundida en la

niebla, que se abre o se cierra como un abrazo a medias, sostenido y lúdico, en torno de la bahía de todos santos. Mi corazón, empecinado, loco, está con un pie en esta tierra y con el otro suspendido, como queriendo dar un salto mortal hasta tu pecho. Pero lo contengo, lo detengo, lo tengo. Después de todo no nos conocimos nunca, ni nos dimos la mano cuando nos abatió la tristeza o nos habitó el vacío; ni cuando, llanto vivo, rencor gritando como un puñal debajo de la almohada, la desesperanza nos arrojaba —como a la resaca el mar— el uno contra el otro en una pérdida absoluta.

Esto no es un reclamo; es una explicación que necesito darme para saber si aún soy y qué-quién porque me siento hendido, ultrajado por un nefasto afán que me hace ver las cosas y la vida como desde su reverso. No creo en la posibilidad de un recomienzo; es falso aquello de que lo que se pudre se purifica.

Probablemente no nos veamos más. Y podría decirte que lo siento. Pero no lo creerías. Ni yo. Ahora pienso en ti: tan lejana...

M.R.
Ensenada / Ensetodo
B.C.

Segunda parte
Una nota

Las ideas opuestas

Entre las notas que escribió Regis, lo mismo en la libreta de direcciones que en papeles dispersos, hay una que sin ser la que más congoja e intranquilidad rezuma, sí podría considerarse la síntesis de su crisis. En ella se advierten las dos ideas opuestas que minaron su ser, que abrieron su vida tan a fondo y de modo tan irreconciliable que, si bien coexisten, el ominoso costurón que las une es más tosco que un surco en terreno yermo: es el intento por conciliar la opresión y el escepticismo que provoca el desarraigo existencial en que se vive, con la conciencia de ser defensor de una falsa libertad: salir a pelear en las calles lo que se concede en el discurso y simultáneamente se niega en la realidad. Y, en el caso de Regis, peor aún: tratar de que compagine la posibilidad del suicidio con

la necesidad de vivir, sin comprometerse con nada ni con nadie. La nota —en fragmentos, y que reproduzco tal cual— dice que

... uno debe partir de un sitio persuadido de que nunca volverá. Esto debe regir también en las relaciones de las personas —no regresaré nunca; no quiero llorar tu amor— para no vivir en estado de pérdida continua —en duelo eterno—, ni cultivar la irrealidad, ni batirse en el desamor. Yo tengo la certeza en carne viva de que no regresaré a esta ciudad hundida en la niebla, hundida en mí. No soportaría que una mañana, al despertarme e ir a la ventana para darle los buenos días al océano pacífico, descubriera que la niebla lo ha borrado todo y que estoy al borde de un abismo o en el fondo de la inmaterialidad. Me horroriza pensar eso. Me iré con la serena necesidad de confirmar si estuve o no en lo que es, o si fue sólo la idea de su existencia la que creció en mí como un anhelo de libertad. Quizás por eso me horroriza: luchar contra una represión interna y vivir siempre en disolución sentimental; reinventar en la oscuridad nombres y presencias, como lo hacen los reos o los amantes ocasionales en su nula identidad...

... buscaré la manera de romper el sortilegio; saldré de aquí lo antes posible. Hoy mismo. Hoy mismo. Pues lo que presiento, lo que me dicta la imaginación, puede ocurrir de un momento a otro...

/ a veces sopla un viento helado, incesante, depresivo: huele a yoduro, a humedad podrida, a lágrimas, y anda uno todo el día con la piel pegajosa y llorante

/ a veces la ciudad amanece inmóvil, felpuda, viscosa, llena de una majestuosa malignidad: las banderolas, las palmas, los arbustos, las cabelleras,

los amantes, están quietos, y anda uno como suspendido en el vacío, conteniendo la respiración y los gritos de protesta, testigo anónimo e involuntario de una grandiosa y siniestra transformación

/ a veces sólo se oye el murmullo de la vida que crece al lado, como una manifestación de descontento, y anda uno como perdido en la densa imagen de un sueño ajeno, predispuesto al crimen o al suicidio porque los demás no saben qué hacer con su derrota

... atrás, más allá de los muros de escarpadas montañas, está el desierto; más allá de los muros de niebla, el mar / qué desastre y qué pena, ¿no?, estar entre el mar y el desierto / ¿qué prefieres —pregunto al Regis que asoma al espejo—: morir calcinado, desollado por el sol y la sal y la sed o ahogado, hinchado de peces y moluscos comidos a borbotones? / hay que elegir, ¿eh? / estás entre un sí y un no vociferados en las calles / si no, ya lo sabes, despertarás cada mañana —como los primeros hijos de la biblia— con el sobresalto de haber sido devorado por el caos y la bruma, la apatía y el rencor, incapaz de nombrar las cosas en su sonoro anonimato / hay que elegir / hay que elegir / no seas mujercita / (no; hay mujeres que lo hacen; muchas) / hazlo tú; hazlo y ya / deja de estar gritando que te salven / no grites / húndete o sálvate tú / hazlo, hijo mío / hazlooo

Tercera parte
Génesis

Uno

Agobiado por los destellos que lastimaban sus ojos, Regis rechazó sin premura ni contrariedad la turbia conclusión bosquejada a la sombra de una comida tardía y poco placentera. "Si en el mundo rigieran los presentimientos, la vida y la historia serían más escabrosas de lo que son", pensó mientras sorbía cerveza y trataba de ordenar, una vez más o de otra manera, las escenas del sueño de la noche anterior. *(En el sueño, él se debatía, con el estómago asqueado, en un sitio que parecía espeso y caliginoso, aunque al mismo tiempo tenía la certidumbre de hallarse en el fondo de un espejo líquido o en el espejismo de una ciudad hundida. El instante era lento, e inútiles los movimientos de sus miembros torpes. Lo angustiaba saber —porque lo sabía— que si continuaba moviéndose, así fuera involuntariamente, más se hundiría en ese espacio azogado.)* Los destellos que le herían los ojos provenían de la

calle y semejaban esquirlas de luz. El sol, brillante y violento en un atardecer tórrido de verano, se reflejaba en los vidrios de los automóviles y espejeaba en el interior del restaurante. Por supuesto, él podía evitarlo; bastaría cambiar de mesa o de posición y colocarse de espaldas al tráfago, o inclusive pagar la cuenta y marcharse de ahí. Pero no quería que fuera a cesar el reflujo del sueño, que se apagara la emoción de sentirse como un acusado sometido al inimaginable tormento de un reactivador de imágenes que le estimulaba el inconsciente y le arrancaba fragmentos verbales de su crimen. No era eso lo que quería; no en ese instante de profuso diálogo con sus fantasmas. Y ni siquiera permitía que la cháchara de los demás comensales lo distrajera o importunara. Es más, sus músculos relajados, vacíos de acción, se negaban a rescatarlo de la complacencia inicua. El regreso a la oficina estaba descartado desde que salió de ella; y nadie toma una decisión que no va a cumplir, así sea la de hundirse en el polvo con el ciego afán de transformarse en gránulos sin conciencia ni reposo.

(¿Qué significa caer en un sitio así? Niebla o espejo, quizás; pero, ¿una ciudad hundida? Es lo más absurdo que he soñado en años. Ni siquiera me ocurría cuando recreaba, en la imaginación, la despavorida huida de la muchedumbre por las calles de la ciudad, perseguida en desbandada lacrimógena por las hordas azules del gobierno y la inmundicia verbal de la prensa.)

Sin prisa, con las ascuas del sol bailoteándole en el fondo del cerebro, seleccionó un cigarrillo, cerró la cigarrera de metal y piel, lo golpeó de punta para apretar el tabaco y lo encendió. Al dejar el pabilo en el cenicero se vio la cicatriz, todavía cárdena y con escamas de resequedad en los puntos de sutura. Era la cicatriz de una torpeza: *lo mismo que haría un pájaro suicida cuando se lanza contra un vidrio y hace astillas su cristalina imagen*. Exhaló la bocanada de humo contra los destellos que lo empujaban con frágil violencia al fondo del espejo, hacia la plácida y líquida atmósfera de la ciudad hundida. Nunca había supuesto tan dulce malignidad: *como una adormecedora, excitante y placentera voz ordenando un crimen o sugiriendo el suicidio*. Inconscientemente sobrecogido, recorrió con el índice izquierdo la cicatriz, desde la base del pulgar hasta la parte interna del antebrazo.

—Diez centímetros —había dicho el doctor Arnuda, acentuando la ironía que bullía en sus ojos. Luego enrolló la cinta métrica y meneó la bola de humo que tenía por cabeza, reafirmando con parsimonia—: ni un milímetro más, ni un milímetro menos.

Después, aduciendo una falsa escasez de anestésicos —por no supo explicar qué ardides de ocultamiento de los laboratorios y boticarios, debido a unas obtusas disposiciones del gobierno municipal—, lavó y limpió la herida con las primarias precauciones inherentes a la asepsia, y suturó enseguida rechinando los dientes. Él mordía una gasa y resistía conteniendo la respiración. Pero la abusiva lentitud con que el doctor Arnuda metía y sacaba la aguja, formaba el nudo y lo veía a los ojos,

como esperando su reproche o su asentimiento incondicional, le enconó una dormida urgencia de agredirlo. El doctor, que le descubrió la soterrada intención en la mirada, clavó la aguja y la mantuvo ahí mientras gruñía implacable:

—Si hubiera anestésicos los emplearía; si supiera de una técnica mejor la aplicaría, y si tuviera una pastilla de reflexión se la haría tragar —y remató, entre burlón y sombrío, aunque con un aire de resuelta desilusión goteando silencioso—; cuando de verdad lo quiera hacer, no acuda al médico. Cierre las ventanas y las puertas con llave, eche la llave al excusado y quédese en un rincón.

Dio otro sorbo a la cerveza. La burda insinuación del doctor Arnuda se le anidó en la cabeza durante muchos días, erigida en sombra de descontento que removió temores profundos e inútilmente innominados: ¿de modo que el medicucho aquel había tejido su fantasía y le colgaba la etiqueta de suicida frustrado? ¡Que se fuera al cuerno con sus maquinaciones! Aunque quizás hubiera un nexo entre sus temores y el sueño; entre la cada vez más urgente necesidad de huir y su infortunado accidente. La mente suele trenzar disturbios que la razón no entiende, que derriban toda forma de resistencia.

Dos

En medio del sopor reverberaba su sueño, tozudo y silencioso. Temía ser incapaz de alcanzar una meta; perderse en luchas infructuosas. Los ritos, conflictos y anhelos de libertad son los mismos para todas las generaciones, y aun los seres más puros y organizados sucumben a la rutina: vivir, amar, ser, son verbos inútiles cuando no se traducen en acción, cuando sólo connotan la fatalidad del destino como quebradiza verdad / *certero cazador taimado, el destino, tarde o temprano acierta un tajo y se cobra la deuda / entonces no queda más que conformarse y tratar de entender los imprevisibles motivos de la caída*. "Como espadas de luz", pensó. "Pero no tardarán en extinguirse. No hay destellos eternos. Ni el fulgor de las estrellas es eterno. Aun la vida y sus recuerdos más fieles y amados se extinguen, dejando sólo el rumor de su presencia desesperanzada. Un rumor de ecos que se apagan".

Chupó con calmosa parsimonia. Podía imaginarse a sí mismo en medio de la multitud, en la plaza o en la calle, gritando ardorosas consignas libertarias o de repudio a la sinrazón; o permanecer quieto, en un aquí y un ahora obtusos, observando la Plaza de Armas porteña desde su oficina —ubicada en un cuarto piso—, repitiendo la oración de todas las mañanas: *Que pueda disfrutar los mundos que me rodean*. (En esta escena imaginada por ti mismo, Mariano, tú eres el hombre que está inmóvil, ante la ventana, semejante a una fotografía cuyo emplazamiento —no tanto técnico cuanto temático, o sencillamente emotivo— ha logrado captar el abandono y la indolencia de ese hombre —tú— que observa por la ventana, sin advertir que el reptil de la soledad le trepa por la espalda con la intención de morderlo. La incauta mano izquierda de ese hombre que te representa en la imaginación sujeta los hilos del cortinaje que acaba de descorrer; parece reflexivo, aunque en verdad teme a la rutina. Paradójicamente, el hombre —tú, Mariano; tú— está como colgando de los hilos del cortinaje, inanimado, sin intimidad, vencido por el invisible fragor de lo habitual. Ese hombre eres tú, Mariano, difuminándote en la niebla de la oficina; distraído, más que ensimismado, y expuesto a las acuosas miradas de la memoria. Entonces, en ese tiempo sin duración detenido/estancado al filo de la eternidad, oyes que llaman a la puerta: la fotografía cobra movimiento y Mariano Regis —tú, Mariano; tú— se vuelve haciendo un guiño para acostumbrarse a la indecisa claridad interior.

—Sí —dices en susurro, casi sepia, como si hubieses cometido un delito. Es Irene Paz la que llama; lo sabes, conoces su estilo. Como todos los días, colocará sobre tu escritorio la correspondencia meticulosamente ordenada y te informará enseguida, como

reconviniéndote para que no los olvides, de los compromisos anotados en la agenda, de las llamadas telefónicas aplazadas y de las firmas pendientes; recordándote la continuidad perfecta que debes dar a tu vida para que no te sorprenda en un descuido imperdonable. "Irene", piensas decirle, "en su esencia, el error es único; no importa quién lo cometa". Ella dejará el periódico dispuesto para la lectura; te dirá "buenos días" y preguntará —siempre, siempre— si quieres un café —nunca le has dicho que no—, con su humilde formalidad inexorable. No la odias; no sientes por ella ni una insignificante aversión, y ningún instintivo yo se desprende de ti para husmearle las caderas. Nada. Ni una minúscula huella tuya en su piel; ni hostilidad, ni rencor, ni hastío, ni pasión. Nada. Salvo —¿sí?— un cierto pudoroso e inexplicable —y aun inexcusable— estremecimiento inducido por la presencia de esa muchacha armoniosa que entra, entrega unos objetos y recita las cosas como si no existieran los aspavientos, las inflexiones o los equívocos. Sólo eso: igual que una pequeña revuelta civil sofocada en sus inicios por una intimidante fuerza verde olivo. Aunque tú sabes —lo sabes con absoluta certeza— que ese procaz estremecimiento se produce por un deseo oscuro y untuoso que subyace, ajeno a la bella e inofensiva Irene, que abre la puerta, la cierra tras de sí y mantiene por un instante su tenaz quietud.

—Silvia Pola desea hablar con usted, señor Regis —dice con desmañada serenidad.

Sin pestañear, como ofendido por lo imprevisible, la miras un momento: ¿cómo y cuándo se había gestado la ruptura del orden? Das unos pasos y te colocas junto al sillón de cuero negro. En el pálido asombro de los ojos de Irene germina un desastre tácito;

lo reconoces por identidad propia. "La azotó un viento turbio o el halo de una nostalgia", piensas y dudas a la vez: ¿te habrá sorprendido en esa sorda derrota de quien no soporta siquiera la idea de la soledad? "Ni pensarlo", habrías murmurado, a juzgar por la reacción de Irene, que vacila antes de preguntar:

—¿No? ¿Que venga más tarde, señor Regis? —era admirable verla refugiarse en su imperturbabilidad para resistir las embestidas del desorden— ¿Más tarde, señor?

—No, Irene; no —respondes, repentinamente extenuado, como el caminante al que vence la sed, más que el cansancio físico. Te sientas; tu pensamiento está distendido, sin un fin ni un veredicto, en pleno naufragio. Coges la carta de encima del escritorio y se la entregas—. Hágala entrar enseguida —dices—; y encárguese de enviar esta carta.

—Sí, señor.

"Una coincidencia, su mirada y mi debilidad", piensas para convencerte, igual que un niño al que han atrapado saltándose la alambrada de un melonar para robarse un fruto: inocente pero con la decisión del hurto fija en la mirada. "Sólo eso: una coincidencia. Irene no hurgaría nunca en la vida de los demás, si no por virtuosismo, sí por decencia. Algo cada vez más difícil de hallar en los seres humanos". La conoces en toda su exigua sencillez, y no había en ella ningún resquicio por el que pudiera filtrarse la deslealtad. En cuanto a Silvia, la que aguardaba detrás de la puerta, sabes que viene a consumar el acto de destrucción que tú mismo fraguaste: igual que la bella Roma arrasada y consumida por el fuego nerónico; igual que la incomparable Tenochtitlán sucumbiendo ante la codicia y la fatuidad de las hordas cristianas. Así estaba

dispuesta la trama; así habías urdido la agonía del sentimiento cuando Silvia y tú, desnudos y ebrios de vino y descontento, cerraron el pasadizo de sus vidas. Pero Silvia —suspicaz e inquietante cuando se lo proponía, terca siempre en sus fines— no diría nada; era una mujer que no transgredía límites que no se le confiaban. Tú lo fraguaste todo, inclusive que fuera ella la que echara el último y definitivo cerrojo.

Te acomodas en el sillón para encubrir tu debilidad y piensas, por un simple reflejo, impedir el envío de la carta, detener la maquinaria de auxilio que pondrás en marcha con ella pero que de nada servirá porque crees en el fatalismo, en las ciegas fuerzas que tiran del ser desde que nace. Tú eras así: pesimista y escéptico. Quizás por eso te sentías humillado; quizás por eso te partía la duda. El inmovilismo en el que te ovillas a veces engendra encono y vacilación.

¿Y tus bastiones, tu vanidad de hombre imbatible cuando se trata de un ideal? Tal vez no fueras tú quien planeó la ruptura con Silvia, la destrucción de aquel mundo. Tal vez fue ella la que lo transformó todo en un páramo. El estremecimiento retorna y te recorre, maligno, de los pies al pecho; te hundes en el sillón, con la inicua sensación de presentir unas manos hurgando en tu interior, si no con astucia, sí con una silenciosa maldad. No quieres seguir pensando porque sólo hay una verdad.)

Tres

Sorbía cerveza y fumaba, agobiado por los destellos que le herían los ojos como espadas de luz.

("Así que esto es lo que deseas, ¿eh? Bien sabes tú que mi vida tiene un cauce y un destino. No inventé nada, ni recurrí al engaño para seguir disfrutando la deliciosa locura que nos avasalló. Que nos avasalló. ¿Te das cuenta? Apenas planteada como posibilidad, la idea del final condiciona el uso del pasado. No hay más qué decir. Se acabó todo. Si empezáramos a ceder y a conceder prórrogas, si nos diéramos treguas, si creyéramos que en la infecunda tierra del resentimiento puede germinar otro fruto que no sea el del rencor,

el golpe sería más cruel. Es inútil negarlo: cada cosa tiene su precio; cada triunfo, su pequeño sacrificio. La vida es una renuncia constante. Y si aceptamos el juego —no me atrevo a llamarlo de otro modo porque entre ser y pensar la diferencia es sustantiva— de creer que al amar somos inmutables, aprendices de lo eterno, es por temor a la muerte y al olvido. Pero mira, observa cómo somos otros cada mañana, cómo nos morimos poco a poco —¡y tanto!— a cada instante. Oye el rumor de los que fuimos; de los que seremos. Destellos, no más".

—Adelante —dices al oír los tímidos golpecitos en la puerta.

Silvia no se conformaba con ser amada y deseada; necesitaba de alguien capaz de anclarla y hacerla creer en la vida, en los disparates del amor y en la pareja como síntesis de la experiencia amorosa humana. Pero no todos los días nace una Helena ni un osado Paris; no en cualquier sitio se encuentra una Isolda, y menos cuando no se tiene espíritu de Tristán.

—Siéntate, por favor —le dices mientras tomas el teléfono y oprimes el timbre de comunicación interna—. Buenos días, Irene —la saludas imaginando la turbación de la muchacha al recapacitar en su descuido; ella que se obsesionaba por la perfección—; ¿quiere servirnos café?

—Ahora no —dice Silvia, y te mira a los ojos sin pasión.

—Nada más el mío, Irene. Gracias.

"Irene Paz no será la misma después de este olvido flagrante", piensas. Aunque no iba a morir por eso. Te rascas el cuello; pero

igual pudiste haberte puesto de pie o encendido un cigarro: ansiabas un pretexto para oponerlo a la frialdad de Silvia, una futileza cualquiera para asirte a ella antes que la llamarada fría del desaliento lo arrasara todo. La miras y, fingiendo una impura comicidad, le dices:

—Debo advertirte que el negocio anda mal. Vivimos una situación de crisis. Los pocos clientes habituales se han contraído por el aumento de los costos, los capitales huyen del país, el gobierno local se resiste a pagar la última campaña de opinión que le hicimos para influir en su favor, y aunque hay algunas perspectivas, dependen de la aceptación de un proyecto federal de intimidación del contribuyente. En cuanto lo aprueben en las cámaras, seguro nos dejará un beneficio...

—Lo sé —dice ella sin intención de seguir el juego, mostrándote los dientes en un simulacro de sonrisa—. Conozco la situación. ¿O acaso crees que no es así? Está bien, no respondas —hace una pausa, segura de haber sido suficientemente irónica—. No se trata de eso; ni siquiera de una visita de cortesía.

—¡Me alarmas! Estás empleando una táctica de poder autocrático —le dices regocijado, pero sientes resbalar el acre escurrimiento de la desesperación. Entrecierras los ojos para ir al fondo de la tranquilidad e inmóvil, oculto en el histérico remanso que has logrado construir, retomas el hilo—; sólo quiero recordarte que el lema de esta empresa es...

—"Explotación y miseria por poca feria" —te interrumpe con viva decisión—. Escúchame. Silvia Pola viene a hablar de Silvia Pola, del ser que lleva ese nombre. Y no te rías, te lo suplico; no salgas con una de tus frases afortunadas de siempre. No te lo voy a permitir.

—Te desconozco —murmuras echándote en el respaldo del sillón e inclinando la cabeza, pero sin apartar la mirada de sus ojos, con la malévola impertinencia de buscar en ellos el secreto punto de su debilidad. Pero enfrente de ti brilla una mujer amurallada en su vestido blanco. Oyes el ominoso batir de alas de la violencia y sabes que no hay posibilidad de hacer retroceder el tiempo ni detener la caída.)

Cuatro

¿Caer? El tiempo lento, los inútiles movimientos de los torpes miembros: insecto atrapado en la dulce letalidad de la miel.

("La vida pasa como una exhalación abominable que nos desgaja y nos lanza contra los acantilados del ser o a mitad de sus océanos. Nos desperdiga en los desiertos, nos consume en los fuegos, nos derrota en la luz. De nada sirve levantar barricadas, fortificarse, inventar dispositivos para soportar o menguar su arremetida. No hay defensa posible. Pero he aquí que nos sometemos a sus designios alentando el inconfesable delirio de vencerla. No somos más que polvo en el páramo inmenso, no más que una limitada forma

contradictoria. La vida es una renuncia constante. Nada más que eso. No hay defensa posible. No hay".)

—Quiero hablar... —hace una pausa para corregir mentalmente lo que va a decir— Quiero además que hablemos de ti, de nosotros —juguetea, distraída, con el dije que pende de su cuello—; eximirte si lo deseas.

—No creo merecer tanto —te burlas, al tiempo que descubres en sus ojos la semilla de la indignación.

—Eso también lo sé. Pero las equivocaciones, para que valgan el consuelo de la rectificación, deben ser completas o no ser —dice despacio mientras se alisa los cabellos, largos y oscuros—. Discúlpame si al hablar lastimo tu orgullo u ofendo tu hombría, aunque no me lo proponga ni lo reconozca así. No puedo impedirlo —hala aire y parece buscar otro camino, acorralada por principios atávicos—. Anoche traté de decírtelo; deseé que lo sospecharas. Los hombres son unos tontos; la tienen a una por una vez y creen tenerla para siempre. Desdeñan la oportunidad con absoluta estupidez. Además —musita con los ojos brillándole igual que una lámpara en la oscuridad—, una también ama y se apasiona con el mismo mezquino sentimiento humano, y sueña y se consagra a él lo mismo que el hombre. Quizás con astucia; tal vez con inocencia o con la sola estúpida ilusión de caminar juntos, de sentir la seguridad de una mano en la piel, de aprender unidos las mismas cosas. No lo sé, no lo sé —repite hundida en un desesperanzado marasmo—; son los pequeños detalles los que hacen las grandes diferencias. Lo quise decir anoche; deseé que lo advirtieras. No lo

conseguí y bueno; en descargo puedo decir que estaba mareada por el vino y la posibilidad de que no fuera más que un sueño; me hallaba confundida por lo que sucedía en mí sin que tú te dieras cuenta. Y entonces lo olvidé o decidí posponerlo. Hoy no puedo continuar así. Sería deshonesto y ruin...

—¿Quieres terminar de una vez?

—Sí; espera.

—Lo hago... ¡y me desespera!

—Hay otro hombre —dice lanzando el aire, desfalleciente, pero enseguida se recobra y agrega—; no sé cómo sucedió. Un día coincidimos en el camino. Aunque hay otras causas; tiene que haberlas. Creo que perdí interés en ti; creo que me descuidaste. O no tuvimos más capacidad para seguir amándonos ni para rescatarnos de la infelicidad en la que nos refugiamos por costumbre... Oh, es tan idiota destrozar así el amor, ensuciar su generosidad con el descaro de la culpa. Es idiota... —le tiembla la voz— ¿Por qué no me conformé con ser para ti lo que era y no buscar ser según me definían tu voz y tus ojos y tus manos? Todavía no lo sé, aunque sé exactamente lo que sucedió... No me mires así, no estoy loca. Lo sé. Lo tengo muy claro —le fulgen los ojos, se le arraciman las lágrimas sin fluir—. Ni tú ni yo quisimos ver el vacío progresivo que formaron el descuido y la desilusión. ¿O debo decir que lo vimos, que nos dimos cuenta de lo que sucedía pero que era parte de este juego de posesión? No me respondas aún. Podrías volver a negarlo y no tendrías otra verdad sobre lo mismo —la escuchas deambular en el murmullo crepitante de la angustia y no sabes cómo ayudarla a salir ilesa—. Una mujer es un ser humano, no una pertenencia más —dice al fin—. ¿Me escuchas? Él me dio cosas que

tú jamás me ofrecerías, me tuvo atenciones que tú no intentarías siquiera. Nosotros ya habíamos agotado las imágenes del amor, ¿no es así? Habíamos llegado al hastío... ¿Me estás escuchando, Mariano Regis? ¡Maldita sea! No quiero llorar. No quiero llorar. Escúchame...

—Sí, sí —dices con prodigiosa calma, oyendo el corazón encendido en su arrebato—, te escucho. Estás muy confundida.

—Confundida, sí, pero ya no equivocada. Lo que digo es tan cierto como que estamos aquí, hablando de eso.

—No dije que fuera mentira —respondes, presintiendo los innumerables días de abandono que aguardan como criminales ocultos en una esquina—. Sé que es cierto.

—¿Lo sabes? —pregunta estupefacta, quizás temiendo que de un momento a otro estalle tu furia.

—Sí.

—¿Te has atrevido? —chilla con ojos empapados de ira.

—¡Por Dios! No es lo que supones. Mi espíritu de espía no da para eso —dices con decisión y piensas: "Ocurre que así debía pasar: es la destrucción de un mundo para que nazca otro. Después de la destrucción todo renace y se renueva. Pero no creas que juego a ser víctima; el amor termina en sí mismo y es tonto y ridículo tratar de revivir su cadáver".

Apoyas los codos en el escritorio y formas una jaula con los dedos.

("No, no. Ni justo, ni salvador, ni culpable. Acepto el fracaso como una posibilidad más; pero me resisto a pensar que sea la única. ¿Creer? Probablemente sea ésta la salvación para quienes han llegado al límite de la renuncia. Pero hay algo inexplicable que condena a quien renuncia a hundirse en la autodestrucción, y siento temor y náusea de pensar que pueda ser así: temor de caer fulminado por la realidad que me envuelve y determina, y sin embargo me excluye; y náusea de que esto no se produzca, de que la autodestrucción no se consume cuando nos enfrentamos al execrable instante de ser nadie ante un espejo —infame testimonio del que se nutre la soledad. ¿Me entiendes? Temor y náusea. No amor ni odio: sólo el vacío de la pérdida constante, del que no ha tenido nunca nada y anda por la vida con la raíz al aire, con la impremeditada sensación de ser un extranjero. ¿Creer? ¿En qué, en quién? La creencia es una inercia del pensamiento primitivo; procede del primer asombro del hombre. No hay fe, sino un ensimismamiento que limita al ser y lo hunde en la caverna de la angustia. Si en potencia soy la muerte, ¿qué soy en acto? Un yo que se refleja viéndose a sí mismo ser un yo que se refleja. Y cada yo es una tumba abierta en el tiempo. Una emoción sin causa ni significado".)

Cinco

Apagó el cigarro y sorbió el último trago de cerveza. Si tuviera a dónde ir: abordar el arca igual que un navegante bíblico en busca de un mundo fabuloso, de la ciudad hundida que palpitaba como un reflejo en una lágrima. Ir en busca de lo mágico para eliminar el peligro de perseguir algo concreto. Durante un momento sintió el roce frágil de la desolación. ¿Un navegante perdido que caía y caía? Se inclinó un poco y percibió las líquidas sombras de aquello que huía de él con un puro fragor de alas. "Me he visto obligado a huir de mí", pensó; "a seguir el rastro de humo de mis pasos."

Seis

Irene entró sin llamar, perturbada aún por el descuido y la impalpable huella de algo doloroso. Su figura y su lozana juventud contrastaban rotundamente con la madura sensualidad de Silvia, la mujer que él creía tener cautiva en la jaula que había construido con los dedos. Irene colocó sobre el escritorio la taza de café, el diario y la correspondencia. En una tarjeta había anotado las llamadas y los compromisos pendientes, pero se advertía la ruptura del orden y quedaba un rezago de desastre. Permaneció frente a él, quieta, abismada, con esa vaga expresión de desconcierto que asoma a los ojos de los animales antes del sacrificio.

—Gracias, Irene —le dices sin dejar de ver a la otra, que juguetea con el dije.

—Señor Regis —murmura Irene sin atreverse a concluir.

—Sí —dices, volviéndote para buscar la raíz de su sombrío resplandor.

—He querido hacer bien las cosas, discúlpeme. Estoy apenada. Es que... anoche murió mamá —se cubre la cara a dos manos para ocultar el espasmo irreprimible que la sacude; sin embargo, rápidamente baja los brazos y recobra el aplomo. Hala aire y, sin mirar a sitio alguno, con la mirada dispersa, dice—: lo siento. Quisiera ver si me permite ir a la funeraria... yo...

—Irene, Irene, por Dios —la reprochas suavemente—. ¿A qué vino usted? —luego susurras, con la repentina sensación de tener un tumor en el pecho— Lo lamento. Dígale a Ismael que la lleve.

Silvia, vencida por la sorpresa, se ha quedado con la boca entreabierta y los ojos de pájaro asustado.

—Irene —le dices cuando la ves abrir la puerta para salir—, regrese cuando lo desee.

—Sí, señor.

Detrás de la muchacha serpentea la desazón. Oyes los sollozos convulsos del otro lado de la puerta. Silvia y tú se buscan los ojos.

—Sólo lamento el fracaso —dices / y en la memoria de lo insepulto reanudas la conversación, interrumpida años antes, que sostenías con Rosalina, y un sobresalto sacude tu mente porque esa memoria, aunque infiel, rescata sus dolores. Sí, la recuerdas bien. Habías descubierto en ambos —en Rosalina y en ti— la imperceptible llama del desencanto, el ácido sabor de la amargura. El amor se había quedado por ahí, enganchado en alguna púa, y ninguno de los dos intentó siquiera descolgar esa cosa que pendía de la espina como una túnica sangrante. Rosalina se había sentado a esperar que se pudriera, hundida en el rescoldo irracional del

miedo y el resentimiento, o quizás con la inconfesada esperanza de coger algún jirón para liarlo a la llaga que era toda ella. Tú habías huido; tú habías salido por la inútil puerta de la sustitución de pareja: dejaste que Silvia lo ocupara todo; era una mujer que, lo mismo que el mar, tiraba de ti para llevarte a sus vastas, irreconocibles profundidades, y, como el mar, hoy te expulsaba convertido en resaca. Tú lo quisiste así, ¿recuerdas? Fue la tarde aquella —terrible y fea como el esputo de un tuberculoso en crisis—, mientras bebían en tu departamento. Tú la veías reposar desnuda sobre la alfombra, llenando la habitación con el aroma de su obscenidad; el placer que te envolvía no era deseo, sino un sentimiento de repulsión de ti mismo que carcomía tu mundo poblado de trastornos emocionales, culpas y gritos de libertad sin garantías. Entonces, amargamente, te diste cuenta: el virus que mató tu relación con Rosalina estaba en ti como un mal de muerte; oías los chasquidos de sus esporas reventando en ti, invadiéndote / entonces, amargamente, cerraste los ojos para borrar las ruinas que, como la resaca, venían empujadas por el mar de los años perdidos: querías negar tu incapacidad para ver, oír, oler, palpar, gustar el amor en su sencillez resuelta en el cauce de los sentidos por los que entraba y salía / entonces, también amargamente porque no era para menos, seguro de que la mujer que yacía en la alfombra coronaba una etapa más de tu vida y de que con ella culminaba una forma de ser, aceptaste la pérdida: aquel maleficio irracional de la pérdida constante / de modo que la ruptura que llegaba hoy no era más que un viejo terror incubado por años en la memoria. *Cada cosa tiene su precio; cada triunfo, su pequeño sacrificio.* Así que años después, con el recuerdo de una lejana felicidad, con un ansia de quietud

doméstica, te oías repetir las mismas palabras: “Sólo lamento el fracaso” —dices, repites como en otros años.

—No digas eso; parte de esta historia es también mía.

Se incorpora y te ve un momento, desde una distancia infinita, llena de la luz que irradia la voluntad implacable; después enfrenta la puerta y sale, dejando tras de sí el rescoldo de un tiempo vacío en el que sobraban las excusas. Tú dejas de sobar la embrazadura del sillón y das un sorbo al café.

“Una de dos”, piensas: “Irene se olvidó del azúcar o amanecí más amargo que siempre.”

Siete

"Si en el mundo rigieran los presentimientos, la vida y la historia serían más escabrosas de lo que son", había concluido, luego de hurgar, mientras comía agobiado por los destellos del sol reflejado en los vidrios de los automóviles que pasaban por la calle, en las imágenes arremolinadas de su sueño. Lo de Silvia estaba liquidado. No había más. Y si eso significaba caer, había caído. Tal vez ésa fuera la ciudad hundida: la ciudad del sentimiento.

Llamó al mesero y le pidió el costo del consumo. Fue cuando vio al hombrecillo y rehuyó su mirada de idiota: comía con desesperación, con impaciente lubricidad, metiendo los dedos en el trozo de carne y tamborileando el piso con los pies; parecía escudarse en el plato del guiso, como si temiera que una jauría se le echara encima para disputárselo.

Regis esquivó su mirada vesánica porque lo conocía y no quería hablar con él ni provocar su desconfianza de animal saciando una necesidad primaria. Era él; no había duda. Por más que hoy anduviera en su día de locura terrenal y estuviera comiendo en forma impúdica. Era Cipriano el Mago. Cipriano Díaz. El Mago. Lo dijo el día del accidente.

Pagó su consumo y salió. El sol, aunque en picada, todavía calaba; y había un vaho invisible, hinchado y maligno, que dificultaba la respiración. La calle hervía a lo lejos en espejeantes visiones, como si el mar se hubiese metido a la ciudad o la memoria rescatara a la muchedumbre que corría frenética, con las pancartas de protesta rotas, huyendo del ejército que disparaba a ciegas.

Se detuvo en una esquina, temiendo pasar del otro lado de la calle porque sería idéntico, o más lastimoso, el sentimiento de estar caminando hacia el pasado, en busca de nada, como el condenado que hurga en los bolsillos vacíos con la burda esperanza de hallar en ellos un salvoconducto.

¿Abordar el arca y partir, navegante sin brújula, en persecución del reflejo de una ciudad hundida? ¿Por qué no? Al menos había que seguir moviendo los miembros torpes, intentar llegar al fondo de ese espejo.

Cuarta parte
Los testigos del mal

Diálogo de las manos

—¡Ay, nooo! No creo que no lo sepas —dijo la mujer de la voz sibilante, incrédula, expulsando cada sonido silábico con tal desgraciado esfuerzo que parecía soplar una corneta de órdenes—. Es un chisme que sólo los recién llegados al puerto no conocen, pero les bastaría asomarse a las sociales de *El Mundo* de los últimos meses para enterarse. Aparecen retrataditos hasta tres y cuatro veces al mes. Y no hay quien no los haya visto en el centro nocturno Night and Day bailando como dos tórtolos, por lo menos una vez a la semana. ¡Ylascosasquesedicendellos! Tú te empeñas en mantenerte al margen porque te importa. Eso se sabe y se comprende, claro. Pero si quisieras contármelo y no te atrevieras por desconfianza o discreción, te juro que estás equivocada. ¡Te juro que estás equivocada! Yoseríaunatumba. Secreto eterno, ¿eh? Soygentedefiar. Ahora que

si no quieres, ni modo. No interesa. Y no te insistiré, ¿eh? La curiosidad es como la comezón: si no empieza una a rascarse, ni quien diga que tienes comezón. Claro. Yo haría lo mismo si estuviera en tus zapatos. Primeromuerta. Aunque por dentro me matara la rabia y quisiera retorcerle el pescuezo. ¿Es por eso que te mantienes al margen? ¿No estás exagerando? ¿Podría decirse que te afecta?

—Hum —hizo la otra.

—¿Lo vas a negar?

—No, porque no sé de qué hablas.

Las sabias toscas manos del hombre se desplazaron precisas, dulcemente exactas, por la superficie de la madera: palpando, reconociendo, hurgando con un feroz, fiel amor que se entregaba sin apremios —y, no obstante, presas de un ansia inusitada— a la caza de arteras anfractuosidades, de las disimuladas partes todavía burdas y ásperas, conmovidas de encontrarlas. Luego buscaron la lija y tallaron con suavidad, como distendiendo una caricia en un cuerpo desnudo. Expresaban la fe de actuar con serena y sedienta imparcialidad, remedando una divina vocación exenta de equivocaciones. Las sabias toscas manos del hombre.

—¡Si serás inocente! —dijo, en tono de absoluto reproche, la mujer de la voz sibilante— Ponen en peligro tu integridad emocional y tú tan fresca. Hace falta vivir en otro mundo para no enterarse de lo que sucede en el nuestro. Se necesita no tener sangre en

las venas o ser una rematada ingenua, una tonta de ida y vuelta. Yaparecequeyo... ¡Que me lo pinten, no más!

—Bueno, óyeme, disculpa —convino la otra entre divertida y hastiada—. Yo procuro no entrometerme en ningún asunto ajeno para no ser cómplice ni seguir el juego de los verdugos.

—Tus poses de mujer civilizada y comprensiva son insoportables, in-so-por-ta-bles. Mematanderrabia. ¡Aguanosa que eres! Cualquiera viene y te rebana el cerebro y tú...

—... tan fresca —imitó la otra, y luego concedió—. Está bien, está bien. Si insistes en que me afecta lo que sabes que yo debía saber, cuéntalo y deja de sermonearme que ya fui a misa.

—Se trata de Mariano y Silvia —sopló sin más rodeos.

—Ah.

—¡Cómo "ah"! Si son criminales las cosas que se dicen de ellos; si es casi inmundo lo que se percibe con sólo verlos. ¡Lo *hacen* con los ojos! Y te diré: Mariano es un canalla. Unruinyasquerosoinsecto —se asfixiaba, pero se dio maña para halar aire—. La exhibe a los ojos de los demás para despertar sus instintos desvergonzados, para que la deseen y sentirse halagado de ser él quien la goza.

—¿Y ella?

—Que lo permite y lo soporta todo, la cochina. No te imaginas cómo lo mira, cómo se deja exhibir: igual que una perra en concurso. Habría que hacer algo para impedirles que se exhiban en esa forma. ¡Comovilesperros! ¡Es asqueroso, vomitivo! No lo tolero.

Las sabias toscas manos del hombre pulían dulcemente, con enfermiza terquedad: acariciaban la madera regodeándose en su oficio de perfección, con la vehemencia de un verdugo que aspira a merecer —al cumplir su sacra y diabólica misión— el perdón del sentenciado, el reconocimiento y el repudio públicos, y el elogio imperecedero de los que lo invistieron de la terrible personalidad de ser supremo; y se desplazaban lo mismo con el regocijo de disfrutar la tersura de la madera, que se detenían, sobresaltadas e incisivas, con el oscuro azoro de descubrir una aspereza, la que sometían a punta de lija hasta quedar satisfechas, ahítas, reposando sobre la piel de durazno de la madera o sobre el tibio terciopelo metálico de las herramientas, atentas a cualquier impulso. Las sabias toscas manos del hombre.

—¡Eso sí que es increíble! —canturreó la otra, francamente divertida— Ella tan estricta y racional, tan objetiva y realista, tan sensata y discreta —se burló engolando la voz—. ¡Que me ahorquen si la entiendo!

—Claro que él se aprovecha de las circunstancias —silbó la primera con partidismo declarado—. ¡Es un infame y piltrafiento exhibidor de mujeres! ¡Puerco! Yoledaríaveneno... o me cobraría con la misma moneda. Conmigonoseatrevería el muy sinvergüenza.

—¿Cuál es tu fantasía, querida?

—¿No pensarás que...? Oh, sí —chilló—. Lo estás pensando; se te ve en los ojos. Primeromuertaysepultada. ¡Qué horror!

—Hum —hizo la otra, sin énfasis.

—¡Me estás calumniando! Nosigas, nosigas. Todo mundo sabe lo que he dicho... Yescosasabida que tú misma lo amas como una colegiala y que estarías dispuesta al escándalo si él te lo propusiera. Oh —silbó—. Perdón. Noquisedecireso.

—¿Qué decías acerca de la comezón, chula?

—Oh —chilló y se calló como si le hubiesen metido una pelota de trapo en la boca.

—¿Nos vamos?

—Será lo mejor —dijo, hosca, la de la voz sibilante.

Las sabias toscas manos del hombre, dulcemente quietas sobre la piel aduraznada de la madera, disfrutando la tersura, la divina suavidad, distendiendo una caricia eterna.

Contradiálogos

—Mire, amigo —dijo el doctor Arnuda (hijo de aquel otro infatigable doctor Arnuda que anduvo por tierras de más adentro —unas veces montado en mula, otras encima de cualquier carricoche cuyo conductor lo llevaba con gusto, y otras más sentado sobre dos troncos apareados a modo de balsa, siguiendo siempre el curso del río hasta el repecho de la Sierra Madre Oriental—, y aun por sitios inhóspitos que ni él mismo supo nombrar —porque era distraído y terco, como lo demuestra el hecho, verdadero o falso, de haberse extraviado en su propia casa, no tanto por el error de cálculo al que lo habría inducido la oscuridad, cuanto por la obstinación con que defendió su verdad en contra de sí mismo—, desde finales del siglo diecinueve hasta principios de los años treinta de la centuria siguiente, cuando en un remanso, cerca del caserío El Recodo, unos

pescadores descubrieron su cuerpo sobre la improvisada balsa, amortajado con flores silvestres)—, un día el tipo entró a este consultorio, pálido, desencajado y bañado en sangre del pecho a los codos. Venía hecho una sopa por el torrencial aguacero que nos había llegado de no sabíamos dónde. Lo primero que dijo fue: "Me desangro; ayúdeme". Y luego me contó una historia que no le creí. Porque cuando uno está en este ajo se reserva el derecho de creer todo a los pacientes. El tipo traía una cortadura en la base de la mano derecha; medía diez centímetros exactamente y no era mortal, pero supuse que fue el resultado de un intento fallido o de una simulación. Las neurosis han ido proliferando y los suicidas multiplicándose; aunque también los que simulan para causar lástima, que es lo más abyecto que puede expresar el ser humano por el ser humano. Ya sabe: hay los que se orinan en la cama, los que lloran por nada, los que se alcoholizan, los agresivos, los que se inventan vidas para no vivir la propia, los depresivos, los culposos, y otros tantos tontos. Usted dice que él no es así y bueno; no quisiera polemizar sobre quién tiene la razón. Invocaríamos, usted y yo, principios irreconciliables y no llegaríamos a ninguna negociación civilizada. La testarudez no es mi fuerte, aunque la practico. Así que no lo desmiento,— sólo lo cuestiono: ¿lo conoció bien, de veras? —interrogó el viejo ladeando la cabeza de color humo, como el pájaro que ha avizorado al intruso que se mueve abajo tendiéndole una trampa— Vamos, ¿se atrevería a cortarse el cuello por él? ¡Ja! Claro que no lo haría. Pero en caso de que por vergüenza usted lo afirmara y luego, con vergüenza, se retractara de lo dicho, jamás le exigiría que lo cumpliera; vaya, ni siquiera le pediría que lo reconociera públicamente —hizo una pausa llena de mañosa

serenidad, rechinando los dientes y enseguida agregó, desilusionado—: los hay también que se sienten dueños únicos de la verdad. En fin. Dejémoslo de ese tamaño —dijo resignadamente—. ¿Qué necesita saber?

—La versión suya sobre varias cosas, doctor. Por ejemplo: cómo lo conoció, cuándo, qué impresión le causó la primera vez y las subsecuentes, cuántas veces acudió a consulta o curación; si mantuvieron alguna relación, después de lo del accidente, que pudiera considerarse de amistad y, si fue así, me gustaría saber cuáles eran los temas más frecuentes en sus conversaciones. Ya le he dicho lo que me trae por aquí y la intención de mi búsqueda.

El doctor Arnuda (Cristóbal Arnuda hijo, médico general titulado en 1934, quien vivió una azarosa y solitaria infancia por la prematura muerte de su madre y la despreocupada vida de su padre —ya que éste, al enviudar, se refugió más en el ejercicio altruista de su profesión que en la atención y el cuidado del hijo huérfano, al que criaron hermanas y hermanos de la difunta con más voluntad que afecto, y lo que sin duda influyó y definió el carácter austero y casi hosco del médico—, al titularse, sin pensarlo ni por un momento, se instaló en el puerto y llegó a ser jefe, durante tres o cuatro años, de la sección de enfermedades tropicales —o gastrointestinales— del Hospital Civil Municipal, cargo al que renunció por las presiones e intrigas que maquinó en su contra un grupo reaccionario denominado Mano Blanca, integrado por enfermeras, médicos, fanáticos religiosos y gente sin escrúpulos que se opusieron sin razón al proyecto del doctor Arnuda de realizar por lo menos dos campañas preventivas al año para inculcar en los obreros de la industria petrolera y en los alijadores los hábitos mínimos de limpieza e higiene que pudiesen

reducir, en el supuesto de que tuviesen éxito, los numerosísimos casos de diarrea tropical que se manifestaban entre ellos e incidían no sólo en el aumento de la demanda de servicios médicos, sino en la producción, pues los enfermos se la pasaban más tiempo en el excusado que en el puesto de trabajo, o de plano no asistían ni a los muelles ni a los campos petroleros. Los de Mano Blanca tenían más intereses políticos y de manipuleo de los trabajadores que de humanitarismo, de modo que vetaban cualquier acto que pudiera inquietar la dormida conciencia del gremio y hasta encubrían actitudes de holgazanería para cobrar dividendos partidarios. En esas condiciones, no les fue difícil actuar en contra del galeno. Además, se valieron del declarado obrerismo del doctor Arnuda y de su decantada convicción de que tanto los campesinos como los obreros tenían derecho a la educación y la salud, temas que lo impulsaban a improvisar, entre apretones de estómago y prescripción de sulfamidas, encendidos discursos a favor de esos ideales y de la en esa época inminente nacionalización de la industria petrolera. La intriga y la calumnia fueron las armas predilectas y las más efectivas para socavar la inestimable actividad del médico. La distribución clandestina de volantes en los que no sólo se le acusaba de pertenecer al *bolcheviquismo*, sino de practicar inmorales licencias con los obreros al momento de la auscultación, fue una de las tácticas que más réditos rindió a los de Mano Blanca. El doctor Arnuda, asqueado de la hipocresía con que se manejó el asunto cuando él decidió llevarlo a la mesa de las averiguaciones legales, presentó su renuncia irrevocable al cargo y poco faltó para considerarlo perdido en su profesión, a no ser porque algunos de los pacientes suyos en el Hospital Civil Municipal buscaron sus servicios particulares, retribuyéndoselos, más por falta de dinero

que como forma real de pago, con diversos productos del campo y caseros —pollos, quesos, mariscos, frutas, aguardiente de caña de azúcar, piloncillo, racimos de plátano— que se convirtieron a su vez en sustento de otros más urgidos o en objeto de comercio para adquirir medicinas y materiales de curación, de manera que cuando vino a darse cuenta su casa se había convertido en consultorio y comedor públicos. Algunas veces lo asistían una bella mujer y su sirvienta; otras, era la visita misma la que se encargaba de poner algún orden en el espacio de consulta. Luego, en el 38, cuando aparecieron los primeros brotes de socialización de la medicina y la efervescencia política del cardenismo movilizaba a las masas, su clientela habitual fue transformándose hasta estabilizarse y permitirle una vida más sosegada. En fin. El doctor Cristóbal Arnuda hijo profesaba y admitía dos vicios: era amante empedernido de la soltería y le gustaba pasear por los muelles y el mercado para dialogar con su gente) sonrió, taciturno y complacido ante el apremio.

—Si me tiene paciencia —dijo— podríamos hablar un rato. Jamás me han gustado los atropellos.

—Discúlpeme. Sucede que sólo tengo huellas.

—Lo entiendo.

(Igual que un alambrista sin brea en las sandalias, llena la cabeza del agrio vaho del vértigo, resbaló y cayó. Es verdad que había intentado mantener el equilibrio, pero la inercia del peso muerto de su cuerpo, empapado y lerdo, le dobló la rodilla con un agudo dolor que le punzó en el hueso y lo obligó a ceder para evitar la fractura. Por instinto trató de

sujetarse y lanzó el manotazo, con la izquierda, buscando la baranda de la escalera, sólo que todo ocurrió en segundos y sus movimientos fueron tan descoordinados, que cuando el ojo y el instinto remitieron la imagen de la baranda, él había perdido ya la verticalidad y caía. Alargó entonces la derecha y oyó el cristalino estrépito de vidrios. No transcurrieron más de tres segundos desde que resbaló, al instante en que se produjo el minúsculo fragor cristalino. El cerebro, aletargado por el vino, fue superado limpiamente: sintió primero un leve rasguño, luego un ardor que le recorrió el brazo y le estalló en la cabeza como una ampolla de vacío; y todavía quiso, en un vano ejercicio de voluntad, protegerse del eco de la voz que le gritó ¡cuidado! como arrojándole a la cara un balde de injurias. Se quedó tendido a medio tramo de la escalera, mirando con azoro el vidrio roto de la ventana. Ocultaba la mano derecha junto al pecho y sentía escurrir el líquido tibio. Los vapores del alcohol se removieron y disiparon y la mente, despejada y fría, aunque absorta, fue atravesada por un cortante, hondo, repentino dolor que no acababa de comprender ni de ubicar. Todo en sólo unos segundos, abruptos e irrecuperables, perdidos en el vehemente frenesí de lo inesperado. Jadeaba. Oía el torbellino de su respiración en los corredores interiores de su yo contraído: ese pobre animal que permanecía con las alas plegadas, sin atreverse al impulso decisivo. Jadeaba. Había corrido mucho; había corrido bajo la lluvia, huyendo del pensamiento de muerte que lo asaltó en un momento de debilidad humana. Jadeaba. Corrió como si quisiera construir un escudo con la distancia y el tiempo para interponerlo entre la insustancialidad de ese pensamiento y la realidad que lo había propiciado. Jadeaba. Y ahora esto. ¿Qué le había ocurrido? ¿Por qué esa dolorosa imagen de una antigua e incalculable pérdida? Jadeaba. El animal que dormía en él abrió las alas y el viento le rizó las plumas. ¡Impúlsate! Jadeaba. Se resistía a verse la

mano, pero debía hacerlo. ¡Aprende a volar! Jadeaba. Era un desgraciado accidente entre mil; apenas una alteración insignificante en el engranaje perfecto del destino. No había por qué arriar las banderas, ni levar anclas; ni siquiera ante la intransigencia y bestialidad del gobierno que arremetía con furia sobre la aturdida multitud. Una herida era cosa de nada. Igual que un alambrista sin brea en las sandalias.)

—Como le digo. Un día el tipo entró por esa puerta —insistió el doctor Arnuda y entornó la mirada, como evocando, aunque con mordaz monotonía—; pálido, desencajado y bañado en sangre del pecho a los codos. Venía hecho una sopa por el torrencial aguacero que nos había llegado de no sabíamos dónde. Así lo conocí. Finalizaba abril y no era aún tiempo de lluvias; pero el Golfo es como las mujeres: cuando quieren, quieren; cuando no, ni aunque tengan ganas. Fue en abril aquello —rememoraba y sonreía, como soplando sobre la finísima película de polvo que empezaba a cubrir los hechos de aquellos días; y, no conforme con eso, ni confiado en su memoria, abrió la gaveta de su escritorio, sacó una carpeta, la consultó y reiteró enfático—: sí, abril. Tres veces estuvo aquí como paciente. El día veintidós, que fue cuando entró por esa puerta bañado en sangre; el veintitrés, porque según él no soportaba los dolores y quería un sedante, y una semana después, el día treinta, que fue cuando quité los puntos de sutura y curé por última vez la herida. Todo eso en abril del año anterior, como le decía.

—¿Cómo lo vio el primer día, doctor?

—Bañado en sangre y hecho una sopa —dijo en tono burlón, y pareció aguardar la réplica, rechinando los dientes y solazándose en su ingenua sagacidad—. Pero le voy a decir otra cosa —apuntó con cierta benevolencia-: Regis quería estar enfermo para justificar su comportamiento.

—¿Es un diagnóstico?

—No, no; de ninguna manera —se apresuró a cortar el supuesto, y agregó satisfecho—: es una apreciación lírica.

—¿Qué lo hizo llegar a esa conclusión?

—¿Conclusión? —respingó como si le hubieran hincado las espuelas en los ijares; pero enseguida lo abatió el distraimiento y se empecinó en colocar el expediente de Regis en un hueco, en la gaveta. La carpeta no quedó a su gusto; la sacó nuevamente y la dejó encima del escritorio de barniz maltrecho. Hizo un guiño y ladeó la bola de humo de su cabeza— Una vez, peleando contra la calumnia de un grupo político, me enfrenté a un periodista que me exprimió hasta el acta de nacimiento —dijo con regocijo contenido—; y casi estoy seguro que usted es de la misma calaña. Pero no se ofenda. No me inquieta que sea usted así. En realidad, no me inquieta nada —se anticipó a decir, astuto, después de un breve y provocador silencio; luego, sonriente, preguntó—: ¿he dicho que quería estar enfermo para justificar su comportamiento?

—Sí, eso mismo.

—No lo había pensado antes, no lo había imaginado así —reflexionó mientras pasaba la mano por el expediente y roía—. Es una buena cosa. Si lo vuelvo a tener enfrente se lo diré. Quizás nos divirtamos tratando de saber por qué lo hace.

—¿Conversó con él de algo más que no fuera lo del accidente?

—¡Claro! —dijo, ufano y triunfal, y la cara le resplandeció de gozo, como cuando un niño clama la conquista de una gloriosa victoria en una enconada guerra imaginaria contra los enemigos de su propia invención— ¡Claro que sí! Y creo que en muchas ocasiones le gané la partida.

—¿Reñían?

—¿Reñir? ¡No, no! Era más que eso. Creo que llegamos a experimentar verdadero horror por lo de sus pueriles ideas libertarias y su carácter. Ni él mismo se sentía contento de ser como era: un ser perdido en un sueño de luchas deterministas.

(No podría probar lo contrario ni lograr que la imaginación reconstruyera y probara los acontecimientos. Las cosas habían ocurrido y la vida continuaba su inercia. ¿Desgracia, torpeza, fatalidad, destino, tragedia? Palabras; sólo palabras que conformaban una escala subjetiva de significados en la que, por una sola vez, se valoraban los hechos, dejando la estela de su inverosímil certidumbre o el halo de una verdad siniestra. No podría probárselo; aunque tampoco a él le asistía el derecho de exigírselo: que se guardara su opinión de intento fallido. El medicucho ese no comprendería nunca las cosas profundas, verdaderas o falsas, que se agitaban y crecían en su interior.

Sentado en una banca de la plaza municipal, con el brazo derecho en cabestrillo, pensaba y veía, sin intención alguna, a la silenciosa pareja aquella que comía un helado mientras, a su vez, mujer y hombre miraban a los niños que correteaban, sudorosos, reventando las pompas de agua

jabonosa que un anciano vendedor formaba para ofrecer su ilusoria mercancía. Veía a la pareja y pensaba sin intensidad ni amargura en las ideas que le llegaban a la cabeza sin orden ni vehemencia. Todas las luchas interiores, todas las batallas, por intrascendentes que parezcan, constituyen un hito en la vida de alguien, en la historia de una nación; y a la sorda sombra de su realidad la vida misma detiene su curso un instante, tal vez breve, efímero, sin más luz que la del chispazo que las inicia y que deja, a pesar de su inconmensurable nimiedad, imperceptibles muescas en el ser que las libra, convencido de que cada una de ellas es la última, la definitiva. Pensaba y veía a la pareja: ella, una mujer atractiva, sinuosa; él, un hombre callado, contenido, viva imagen de una vida interior caudalosa; ambos, una pareja aviesamente consumada en la ceremonia del silencio que los sitiaba. ¿Qué era lo que les había permitido unirse en esa tumultuosa simulación?)

Nosotros lo vimos cuando se incorporó; traía un brazo inhabilitado. Nos equivocaríamos si dijéramos que lo abatía el remordimiento o la pena. Nadie advierte en la cara de los demás sus verdaderos pensamientos.

—Creo que ese hombre perdió la guerra.

—O la vida.

Comentamos. Aunque las risas y los gritos de los niños que reventaban las burbujas eran los que atraían nuestra atención. Nosotros venimos a la plaza casi todas las tardes, vemos a mucha gente así. Gente a la que expulsa la sociedad porque no comulga con sus ideas, o que se va aislando por una confusa culpabilidad, que en el fondo no es más que una desesperada inocencia. Él podría haber pensado lo mismo de nosotros, si es

que lo pensó. Lo cierto es que lo conocimos, de manera circunstancial, en el consultorio del doctor Cristóbal Arnuda; pero no conversamos con él.

—A veces nos divertíamos mucho, de veras —dijo el doctor Arnuda con manifiesta malicia—; entre paciente y médico suelen establecerse relaciones muy complejas. Diría que son formas de amasiato, como entre el confesor y el confesado. Pero mientras en unos domina el interés clínico, en otros acecha el morbo o el ejercicio de sumisión.

—¿Entre cuáles está usted, doctor?

—Muy ingenioso —resopló y rechinó los dientes—; muy ingenioso… y torpe. El médico trata de curar en este reino, sin mentir, y a menudo fracasa; el sacerdote deifica el sufrimiento terrenal a cambio de una supuesta salvación en otro reino, e invariablemente miente. Se lo dije a Regis en alguna ocasión. Creo que él consultó a otros colegas que le diagnosticaron tontería y media; pero le aseguro que no había un padecimiento físico real. No niego que una enfermedad ficticia pueda desencadenar un cuadro de síntomas, y aun un mal verdadero cuando se somatiza: alteraciones químicas, insomnio crónico, depresión, cambio de metabolismo, colitis, úlceras, dolor crónico. Lo que digo es que Regis fue un tipo emocionalmente perdido para la causa humana: aprensivo, pesimista, escéptico, vencido por sus propios argumentos, con alto riesgo suicida, aunque lo negara.

(Por un momento, el deseo y la necesidad de ir a la oficina dominaron su pensamiento y guiaron sus pasos; pero de inmediato se dio cuenta del engaño que subyacía en el fondo de necesidad y deseo: confirmar si quienes dependían de él tenían la conciencia tranquila y le expresaban un mínimo respeto o también en ellos asomaba la sospecha de una simulación. Ése era el irritante señuelo; el deshonesto sentimiento que advertía: encontrar la conmiseración verdadera o el repudio embozado. Y cualquiera de las dos cosas hedía. Quizás por eso, al incorporarse y caminar hacia el sur, depuesto ya el desagrado, pudo pensar con libertad y aceptar que tanto el deseo como la necesidad envilecen cualquier sentimiento. Como muchos asesinos que regresan al lugar del crimen, acuciados por el afán de recuperar el tiempo y quedar libres de la pesadumbre que los embarga, él también quería retornar en procura de la abolición de un tiempo que lo envolvió en sus trampas; pero sabía que no era posible. Las voces nada pueden contra la decisión consumada. Al llegar a la calle Madero lo asaltó la duda: reflexionó —¿iría a entregarse a la exasperación?— y husmeó como un perro. La ciudad parecía deshabitada, suspendida en la incertidumbre de su propia génesis de reverberación perenne. Se resistía a continuar y, no obstante, mentalmente se repetía el número de esa misma calle al que lo conducían sus pasos. Lo supo siempre: el 204 de la calle Madero. Y ahí estaba, enfrente de él. Un edificio comido por la humedad, con un cinturón de desconchaduras que mostraban el nivel al que habían llegado las aguas de la gran inundación de 1951. Sintió un sofocón al aspirar el aire húmedo, denso y podrido que eructaba la bocaza aquella. Se detuvo, e inconscientemente abrió los ojos lo más que pudo para acostumbrarse a la oscuridad que sus pupilas, henchidas de luz de sol, rechazaron y absorbieron en un segundo. Avanzó por el pasillo, al fondo del cual una sucia bombilla despedía una luz amarillenta; ascendió por la escalera

de cemento, despacio, tanteando con los pies los peldaños. No cometería otra torpeza igual. Al final de la escalera otra lámpara amarillenta iluminaba un poco las dos puertas, una de las cuales se hallaba cerrada, si bien podía leerse en el vidrio plomizo: Mudanzas y envíos *y, sobrepuesto, un rótulo engomado que decía* Cerrado. *La otra puerta, apenas entornada, lucía recién pintada y en su vidrio se anunciaba:* Dr. C. Arnuda. Médico general. *No sabía cómo llegó a él la primera vez, ni por qué calles había corrido en su busca. Recordaba, como un antiguo sueño, que cuando se separó de Rosalina, haría casi tres años, contrató por teléfono los servicios de mudanza —una desvencijada camioneta de redilas que acabó con la exigua fortaleza de ánimo que se había procurado—, pero tuvo que pasar a pagar a las oficinas antes de que le dieran el servicio. "En los altos de Madero 204", dijo el sujeto del teléfono. Entonces fue cuando vio ambos letreros por primera vez. La memoria los guardó tres años, hasta el día del accidente, cuando en medio del febril desconcierto los transformó en lucidez luminosa. Empujó la puerta precautoriamente y, desde el umbral, observó al doctor Arnuda que, vestido de blanco, delgado, con esa cabeza de color humo que parecía una voluta recién expulsada, dormitaba clavado de codos en el escritorio, con la barbilla cuadrada y bien afeitada apoyada en las palmas de las manos, hundido en su inocente y esencial tranquilidad. A pesar de la precaución —quizás por el ruido de la humedad penetrando en el blanquísimo cuarto de cuatro por cuatro—, el doctor Arnuda entreabrió los ojos al instante y esperó imperturbable, inmóvil, a que él entrara. Luego que lo tuvo delante de sí, como una aparición insólita, estiró la trompa y carraspeó.*

—Necesito un calmante.

—Desde que el gobierno intervino en el negocio —dijo el doctor Arnuda sin despegar la barbilla de las palmas de las manos más de lo

indispensable—, la cocaína y la morfina no se consiguen, excepto si uno está en buenos términos con la policía.

—Le estoy pidiendo cualquier hierba para el dolor.

—No —pujó, insobornable, el viejo—; éste es un consultorio respetable y no estamos para complacer niñerías.

—Escuche: necesito un analgésico. Un analgésico. No un antidepresivo.

—Pues tal parece —masculló en tanto abría, con una cándida lentitud, la gaveta de su escritorio para sacar su maltrecho recetario y una pluma; trazó algunos garabatos ininteligibles, desprendió la hoja, rechinó los dientes y se la entregó sin convicción—. Prodolina —dijo—; tómese una cada ocho horas durante tres días.

—¿Y bien?

—¡Qué! —dijo, casi hostil, y le clavó una mirada de halcón— ¿Cree que no sea suficiente droga? —hizo una pausa, sonrió y agregó indiferente— Si el dolor aumenta, si siente sed irrefrenable y la lengua pastosa, si aparece la fiebre y la mano se amorata, entonces pensaremos en la gangrena y en una irremediable amputación. No antes. Así que ándese tranquilo.

Él se buscó la cartera, la sujetó con los dientes y extrajo un billete ante la impasible mirada del médico, que lo veía realizar esa suerte de peripecia como si fuese a calificar o a aplaudir al mejor de los magos. Pero se retrajo cuando lo vio triunfar.

—Cóbrese —dijo él y arrojó el billete encima del escritorio.

—Ya lo hice —objetó, sin énfasis, el médico, si bien el brillo que asomó a sus ojos delató el gozo que lo invadía—. Vuelva en una semana para retirar los puntos.

Él recogió el billete, lo estrujó y lo guardó. Y no había salido aún cuando el doctor Arnuda tenía ya en sus manos el expediente y se

disponía a anotar. Todavía él se volvió y le dirigió una última mirada de frío desagrado.)

—Así fue como ocurrió —dijo el doctor Arnuda—; palabras más, palabras menos. Era el mes de abril. ¿Y sabe una cosa, mi amigo? Cuando un sujeto en estado de crisis acude al médico, lo importante no es el motivo, sino la causa; si uno observa y tiene paciencia es posible que nos diga de su vida, aun en contra de su voluntad, más de lo que habría querido decir en un estado, digamos, normal. Yo tengo la manía de anotar lo que creo advertir en mis pacientes, y ha habido ocasiones en que eso me ha servido para comprender casos agudos de patologías ficticias. Los motivos de Regis, como los de Asís, parecían apuntar sólo a la domesticación de la bestia. Sólo en apariencia. Porque el Hermano Lobo de Regis, a diferencia del de Asís, entendía de razones; y esto era lo peor que le podía suceder a un tipo como él. ¡Un Hermano Lobo que entendía de razones! Mire —dijo e hizo una pausa; enseguida ladeó la cabeza y continuó al borde de la risa—, mire que toparse con una cosa así. Se necesita una suerte de perro. En fin. Las confesiones que le hago —deje curarme en salud— han sido sonsacadas por su interés en Regis; pero le advierto que apenas ponga usted un pie fuera de este consultorio le estaré abriendo su propio expediente. Que posiblemente me ayudará también a conocer más al tipo ese. Como verá —susurró regocijado, con los ojillos brillantes y aflorándole a la cara, arrugada como un billete estrujado, la pasión de su regocijo—, nada del otro mundo. Sólo profesión.

No bien había terminado de decirlo cuando se asomó hacia la puerta, por encima de mi hombro; acalló el griterío de sus ojos y me obligó a volverme. Una pareja silenciosa aguardaba turno. Le tendí la mano y me despedí del doctor Arnuda.

—Nos veremos, doctor.

—Sí, por supuesto —dijo él con insultante seguridad.

Monólogo del desamor

Sobre el sofá, el guante que Silvia había olvidado sobornaba su ira; pero ese sentimiento asomó y se replegó como un enemigo que espera la oportunidad de cobrarse los escarnios e insultos soportados sin levantar los ojos. Parecía una mano amputada de certero tajo. Sin embargo, no le provocaba horror ni inquietud alguna; sólo la sensación de que podía esfumarse, como un espejismo, si intentaba cogerlo. Se quedó inmóvil, observándolo, sumisamente inerme, confundiéndose con la grumosa oscuridad que entraba a borbollones por las ventanas. Un día lo quemaría todo, y no habría noticia ni razón de su pasado.

Tambaleante, con el vaso de ron en la izquierda, saboreaba el rencor helado de las atrocidades que imaginaba, con la seguridad exacta de haber estado así el día de ayer y antes de ayer y muchas

veces más: asido a una forma invisible, al filo de lo infranqueable, en tanto el tiempo, exuberante y único, fluía y le penetraba la carne y los huesos criminalmente.

A intervalos regulares sentía las pulsaciones de la sangre en las yemas de los dedos, como si en vez del vaso estuviese sujetando un sapo o un corazón, cuyas propias pulsaciones le retumbaban dolorosamente en el cuello y en las sienes. Y el tiempo danzaba y giraba en su suntuosa imposibilidad, sumergiéndolo o haciéndolo flotar en la certeza de ser otro el que vivía ese instante, de estar al lado de esa realidad ficticia. Oía en la memoria los aullidos de quienes habían sido abatidos por la impunidad; el murmullo de la ciudad, lejano y monocorde como el zumbido de un enjambre; pero no había punto de referencia alguno: él sentía estar más allá de una línea imaginaria que lo apartaba del sencillo bullicio de la vida común. Solo en el centro de sí mismo, regodeándose en la inferioridad que había elegido en su burdo afán de hallar una respuesta.

Contemplaba las sombras de las formas que lo rodeaban con su magia agonizante. No sería él quien se opusiera a la engañosa realidad que lo sitiaba. No sería él quien desmintiera a nadie: las cosas suceden porque tienen que suceder. En eso consistía la fatalidad.

(No pretendo detener tu vida en la mía; sería una insensatez imperdonable. Y si te escribo sé que lo hago para mí como el ciego que hurga en la oscuridad interior. Estoy desolado y furioso por la pérdida que supone todo esto: sentir cómo el amor se degrada en la vana creencia de su realización, plena y sencilla, sin cumplirse. Puedo asegurar que al volcarnos en él por

complacer a otro ser que actúa impulsado por una fuerza y un deseo similares a la fuerza y el deseo que nos impulsan hacia él, el sentimiento mismo se confunde y anula. Amamos a una persona porque se parece a otras y a uno mismo, porque nos reconocemos en sus rasgos y en su comportamiento; pero una vez incorporados los gestos, actitudes y lágrimas a nuestra esencia, a nuestra forma de ser, se acaba todo. Pero no es egoísmo, sino una tenaz búsqueda de sí; no es la fatua consumición en el agua del estanque sino la necesidad de identificarnos en el otro. No hay más. El amor tiene un tiempo y una intención, y tratar de reconstruirlo o recuperarlo carece de valor y de sentido. Es una vileza ruidosamente proclamada.)

Marchito y pálido, el guante de Silvia había triunfado y empezaba a cobrarse los escarnios. Él dio un trago más, o el primero o el último; caminó dos pasos, se tambaleó, y se asió con desesperada rabia a la forma invisible que latía en su mano.

A veces, todo le parecía una ficción aviesa. O quizá como si otro lo obligara a vivir una vida que no era la suya.

Los papeles de la derrota

¿Amar a dos personas a la vez podría confundir el sentimiento o magnificar la mentira del amor? La incertidumbre limita el pensamiento al sentimiento de la culpa e intensifica la pena. ¿Por qué se renuncia al amor, a la identidad simultánea, a la necesidad moral que tenemos de ser por lo menos dignos en la derrota? ¿No es el egoísmo la peor de las enfermedades del hombre, médico? Sé que algo ocurre; lo intuyo. Algo que me va dejando el opresivo sabor de una despedida; la sensación de un vacío que no llenan los recuerdos, esa fauna inmaterial que algunos acostumbran alimentar con susurros en la penumbra de las abyecciones. Puedo llorar o suicidarme; no se perdería nada. Y creo que ningún acto o fantasiosa forma de elusión que intentara tendría significado ni ocultaría simbolismo alguno. Acepto el fracaso en su dimensión exacta, en su amplitud y profundidad; lo acepto en la medida en que estamos expuestos a él. Nada me pertenece en este instante.

Nada. Sólo esta voz de despedida. Como una espesa ola de aguas malas, los hechos y los años fluyen y refluyen como una amenaza vivida dos veces. La vida muestra sólo el rostro sucio de la vida: un árido espanto doble. No importa Silvia. Como no importó Rosalina cuando, asida a sí misma, incrédula, implorante y llena de odio, esperaba que rectificara o que se borrara de su mente el instante de terror cotidiano que vivía. Terror que se transformó en un grito ridículo cuando le reiteré que no quería seguir viviendo con ella. "No hallo nada en ti que me estimule", le dije; "ni comprensión, ni amor, ni interés por lo que soy y hago. Para ti no soy más que el proveedor, el hombre y el padre ausentes, el fantasma de tus deseos reprimidos". Rosalina se cubrió la cara, aterrada pero inmensamente cursi, y se arrojó a la cama, imitando a alguna remota estrella de la cinematografía muda. En ese momento Silvia lo llenaba todo y todo lo significaba; venía del futuro hacia el presente como un ser en tránsito de lo humano a lo divino; abierta a la invasión de los te haré a mi modo, dócil a la posesión animal de los te amo, entregada a la ocupación egoísta de un sueño urdido a ciegas en el fondo de la sangre. "Es una mujer de arcilla que modelaré a mi gusto", dije a los ocasionales amigos en algún centro nocturno. En sus miradas sin rastro asomaron el odio y la envidia inconfesables no sólo por la conquista de Silvia, sino por el rompimiento de una relación que se repetía en ellos sin que se atrevieran a reconocerlo. Pero la ruptura dolía; después de todo algo mío se quedaba con Rosalina y algo suyo se iba conmigo. Pero no es el adiós entre hombre y mujer lo que lastima. Es más, mucho más que eso: se agolpan las palabras en la mente, se atropellan en la garganta, repiten rezos y blasfemias, se hieren en las aristas de sus esqueletos sonoros, se anulan en un tumulto lento, inexorable, de vibraciones que las arremolinan y apagan. Las palabras, los nombres, las formas, los sentimientos que pronuncio o callo, pienso, olvido. Muchas veces, médico, desde la ventana del piso que ocupa mi oficina, he

olvidado la vida, su raíz luminosa —porque la derrota no admite rodeos—, con el rumor del vértigo recorriéndome el cuerpo; sumido en el desarraigo y la desesperanza, igual que el iluso que grita libertad frente al fusil del represor que habrá de dispararle sin conmiseración alguna. Y me recupero, médico, sí —como el suicida que se debate entre el sudor y el frío y la sed, en un cuarto de hospital, reclamando respeto a su voluntad truncada, su derecho irrebatible, ante la mirada impersonal de quien ha frustrado la culminación destructiva—; me recupero. Pero cada día es más difícil reingresar al orden inadvertido del ser. Sólo estoy yo, ilimitado, ajeno, único, falso. Uno se habitúa a estar solo con sus pensamientos, tratando de extraer de ellos razón y sentimiento del ser. Pero lo único que se logra es llegar a una forma aproximada de la conciencia de la vida como recuerdo o sueño; nunca como presente. Y entonces se vuelve uno ser de lejanías, de nostalgias. Esto es bello y cruel porque adquiere el valor de la fantasía.

El doctor Arnuda cerró la carpeta y la guardó con celo, y aun con cierto sinsabor. Tal vez fuera una inmoralidad mostrar aquello; quizás habría que aprender la lección y destruir los indicios de la derrota del hombre. ¿Se podría? ¿Se podría borrar de la mente la sensación de tener aún el miembro que ha sido amputado?

Perdido en la luminosa blancura de su consultorio, parpadeando aturdido por los múltiples indicios que se le ofrecían, agazapado detrás del viejo mueble, asido a él con desazón, tenía la apariencia de un animal primario adherido a las formas calcáreas de una era remota.

Diálogo de los muertos

Me ofrecí a guiar al hombre. Sólo que me habían dejado sola al cuidado de la casa. Hoy la gente desconfía mucho de la gente. Ya no es como en mis tiempos, cuando se podía ir por esos caminos de Dios, a pie o a caballo o en carretones tirados por mulas, sin temor de nadie; y cristiano que una se encontraba en el camino, cristiano que una saludaba comedidamente y seguía. Cómo no. Hoy no. La desconfianza florece como flor del mal por todas partes. Y está bien. Hay muchos fuereños; gente que no sabe una qué madre la trajo al mundo. A mí aquí me conocen muy bien, saben quién soy. Todo el barrio, se lo aseguro. Sé de lo que hablo. Sí, cómo no. He viajado mucho. A pie y a caballo, como le digo. Conozco el barrio y el barrio entero me conoce. Los viejos, mis amigos, ya están muertos; pero sus hijos, y los hijos de sus hijos, me conocen muy bien. Sí. Por eso me ofrecí a guiarlo, porque me conocen; porque ni los perros me ladran cuando me ven pasar

por las calles del barrio. Cómo no. Llevo conmigo los recuerdos de todos. Sé dónde está la funeraria de Elías Colbi. Pero me habían dejado sola al cuidado de la casa. Aunque yo creo que no fue tanto eso, sino que no querían que viera a la muerta. Ah, como si no conociera la muerte. Todos mis viejos amigos están muertos. El mismo Elías Colbi está muerto también. La funeraria fue de él y se nos quedó la costumbre de llamarla "la funeraria de Elías Colbi". Pero él está muerto. Ya no es de él ni de su familia. Su familia se fue. Sí. Se fue. Creo que para Jaumave. ¿Sabe dónde queda eso? Acá para la sierra, mucho más allá de Xicoténcatl y Las Amarillas. Mi abuelo y mi padre iban allá muy seguido a traer ixtle para los estropajos y los morrales. Los recuerdo como si los estuviera viendo, como si en lugar de estar muertos anduvieran por allá. Sólo que los dos están muertos. Sí. Y ahora también mi hija. Como ve, conozco muy bien a la muerte. Es de confianza; no como los fuereños. A éstos no sé quién los trajo al mundo ni de dónde vinieron. La muerte, en cambio, es de una misma; nos viene de adentro. Yo la conozco muy bien. Sí, cómo no. Por eso me ofrecí a guiar al hombre. Sólo que me habían dejado sola a cuidar la casa. Cosas de la gente de hoy. Yo conozco muy bien la muerte y ella me conoce también. Cómo no. Sí, sí. Son unos ignorantes.

(Ignoraba dónde se velaría el cadáver, de modo que luego de haber vagabundeado por calles vacías, de haber incursionado infructuosamente por dos o tres cantinas cercanas a los muelles, renegando de la tontería aquella de haber enviado una carta para gritar que estaba solo y que necesitaba salvación —como un Cristo en medio de la jauría bárbara—; luego de haber estado solazándose en la

indignidad, oyendo pasar el tiempo y bebiéndose el vino de la rabia y la desesperanza, había salido a la monótona malevolencia de la lloviznita y al vaho fétido que rezumaba la noche para ir a casa de Irene Paz a averiguar dónde se velaría el cadáver.

Llamó a la puerta y esperó, con paciencia desconocida, guareciéndose en una saliente de la casa, a que le abrieran. A través de los vidrios empañados de las ventanas percibía la luminosidad interior de la casa. Sabía que alguien estaba ahí. Era algo que había aprendido a reconocer con una nítida e inexplicable certeza. Aun así, a punto estuvo de irse porque no obstante la insistencia con que llamó a la puerta, nadie acudía a abrir. Sin embargo esperó, confiado en la premonición. Golpeó otra vez. Encontraría el cadáver que tan arteramente había irrumpido en su vida. Golpeó. Con lluvia o con viento; con sol o a mitad de la noche. Lo encontraría. Golpeó. No sería más depósito de recuerdos ajenos; de mentiras que no había vivido. Golpeó. La lloviznita refrescaba la noche, monótonamente, y la tierra se hinchaba. Golpeó. Una mariposa errática se estrelló en los vidrios de la ventana y le pareció advertir entonces, en la inmovilidad luminosa del interior, una difusa sombra nadando lenta en la luz.

Una diminuta anciana, trémula, efímera, abrió la puerta y aguardó, inerme, hastiada de la vida, su pregunta.

—Busco a Irene Paz —dijo al tiempo que recapacitaba: "¿Busco realmente a Irene Paz?". El borroso iris de los ojos de la anciana pareció dilatarse para atrapar su imagen contra el resplandor del único farol que había en la calle y, por un instante, palpitó en ellos el polen de una mariposa muerta. Enseguida, antes de que él se recobrara, meneó la cabeza, chasqueó los delgados labios y se asió

con fuerza del marco y de la puerta. Él vio las nudosas manos de piel reseca, tostada y brillante como la piel de la cebolla.

—No —susurró—; ella no está. No está. Me han dejado sola para cuidar la casa. Bueno —suspiró—, eso quieren que crea que hago. Como si no conociera a la muerte.

—¿Sabe dónde puedo encontrarla?

—Sí, cómo no. En la funeraria de Elías Colbi —afirmó con rigurosa certidumbre, mirándolo a contraluz y como aspirando su olor—. Está con la muerta, en lo de Elías Colbi. ¿Conoce dónde queda eso?

—Sí.

—Pasando los campos de pelota —dijo y explicó, solícita—: ahí donde los güercos se la pasan pegándole a la pelota con un palo, haraganeando nada más, sin que los padres los metan al orden. Sí. Eso está visto. Vaya una calle al sur del hotel Marbella, casi frente al cine. Puede irse caminando; no está lejos. La funeraria de Elías Colbi. Cómo no.

—Gracias.

—Yo lo guiaría; pero me han dejado sola. No saben que la muerta es también mía —dijo como quejándose, con inocente desesperanza—. En mí se encendió y se apagó esa vida, y su tierra será mi tierra. La gente de hoy ha olvidado eso: lo único nuestro es la muerte. Lo han olvidado. Sí. Cómo no. Yo podría guiarlo. Me conocen muy bien.

—Se lo agradezco. Adiós. Conozco el sitio.)

Sitio para velar a los muertos, la funeraria de Elías Colbi. Aquí pasando los campos de pelota. Sí. Cómo no. Yo pude guiarlo. El hombre parecía desconcertado, perdido; como si a pesar de tener los pies en la tierra estuviera desenraizado. Eso lo sabe una por el olor que despiden los cuerpos sin mañana. Usted no lo sabe porque son cosas antiguas, olvidadas. Pero una puede ver en los ojos, en los cuerpos, en la manera de enfrentar los caminos, lo que el cristiano trae adentro. Como le digo, él era un hombre desenraizado. Con los lutos de la muerte aflorándole por todas partes; más en duelo que yo misma. Pude haber hablado con él, por si de algo le servía. Una mujer sabe más de la vida y de la muerte que los hombres. Ni los médicos ni los curas con sus pócimas y sus rezos la conocen tanto. Son cosas de más adentro. No sé si me entienda. Una ve todo con claridad. Cómo no. La gente de hoy ha perdido el sentimiento; no sabe oler la desgracia ni mirar la sombra de la muerte. Los desenraizados como él traen la marca de la agonía de todas sus generaciones. Es una marca inconfundible y única. En los ojos de él se acumulaban largos años de miedo. Y no buscaba a mi muerta, sino cumplir el presagio que llevaba dentro. Sí, cómo no. Yo me ofrecí a guiarlo, pero el hombre no escuchó mis palabras. Sordo y ciego, el hombre. Ya traía camino; ya traía camino.

(Caminó tres calles al norte y dobló a la derecha. La tierra húmeda exhalaba un tibio olor indefenso que lo penetraba alevosamente. Caminó tres calles más. Ya no podría recuperar la carta, ese grito en el vacío salido de lo más hondo de su impotencia. Y aunque todavía le pertenecía la decisión última, sentía una amarga repulsión apretándole los pulmones. En realidad, había respondido a un impulso

inexplicable; pero aún era dueño de su destino. Caminó dos calles más. Nadie, con un poco de sensibilidad, le negaría el derecho a decidir sobre sus actos y su decisión estaba tomada: no iría a confirmar las voces de esa carta para generalizar la batalla, no le daría validez a ninguno de los ecos que resonaran en la turbia blancura de un consultorio. Cada uno es responsable de sus fantasmas y de sus renuncias más íntimas. No iría. "Hay que aceptar, en la sima de un instante o en la culminación de un estado de ánimo, que la vida no da más que para una vida".

La distancia se borró en la mente cuando levantó la vista y vio el letrero luminoso del hotel Marbella. Los campos de pelota habían quedado atrás, difuminados en la oscuridad y ocultos, en parte, por un largo edificio en el que se guardaba maquinaria agrícola nueva para una revolución verde que nunca se había emprendido. El deficiente alumbrado público denunciaba el desinterés de la administración municipal y el espíritu agresivo de las pandillas juveniles que, escudadas en el nombre de un equipo de beisbol —Bucaneros, Petroleros, Alijadores, Jaibos o Águilas—, cometían toda suerte de desmanes. Él lo sabía muy bien. Lámparas rotas a pedradas que el ayuntamiento se resistía a reponer —con ciertos válidos argumentos— para no provocar siquiera la sospecha de debilidad o complacencia ante los desahogos emocionales de los muchachos, causados lo mismo por una derrota que por un triunfo. Él lo sabía muy bien. Recordaba los detalles que asomaron y se extinguieron como en un acto de magia ante el luminoso letrero del hotel Marbella. "No iré detrás de esa carta", pensó al doblar la esquina; "no iré." Oyó los gritos y los balazos y lo estremeció la repulsión; pero luego la algarabía y la música lo rescataron de inmediato, y

entonces oyó, brotando de la oscura llama del desamor, la voz recriminatoria del hombre que cantaba. El cinematógrafo —un galerón con techo de lámina de cinc y falsas paredes de madera por cuyas hendeduras espiaban algunos niños lo que sucedía en la pantalla— daba su función cotidiana.

Un poco más allá, en la acera de enfrente, la azulosa luz de la funeraria recortaba las sombras que se protegían, en medio de un halo fantasmal y vacilante, de la pertinaz llovizna.)

Lloviznaba. Sí. Era una noche de lágrimas. Una porque conoce el tiempo y sabe que cuando hay muerto hasta las flores se marchitan. Por eso lo entiende. Él no; él parecía como al otro lado del tiempo. Ya no se pertenecía. Así sucede con las almas a las que se les apaga el resplandor de vida: están más allá de lo que vemos. Son apariencias. Él tenía la cara pálida, los ojos hundidos, alejados de la realidad que veían; estaba como seducido o vencido por la pérdida de sí mismo. Cómo no. Pude haber hablado con él de esto que le cuento; pude haberlo consolado. Pero no lo hice. A veces así sucede: una ve lo que ve y se calla por temor al desastre, por respeto al dolor ajeno o vaya a saber por qué. Una ve la señal a la que todos estamos condenados; otros no la ven, y algunos ni siquiera saben por qué andan así, ni por qué se dejan arrastrar por el fracaso. Cómo no. Todo lo preparan para ser vencidos. Y aunque pudieran, no luchan. Son hijos del miedo, hijos del infortunio y la docilidad.

(Dócil, dulce y disperso, el olor de las flores y la cera no apagaba ese otro olor incierto y ácido del cadáver ni el salobre rescoldo de los sollozos de Irene Paz, que, sostenida por el brazo de un muchacho no mayor que ella, miraba absorta el ataúd.

Él avanzó unos pasos y se detuvo de improviso, con la conciencia viva como una herida: estaban todos, conmovidos, estupefactos ante el hecho irrevocable. Todos. Amigos y enemigos; seres que interrogaban, incrédulos, a la inteligencia acerca de ese breve e inasible —y aun indefinible— instante en que la muerte penetra al organismo vivo. Los vio debatirse en oleadas de azoro —mar del ser, tormenta de la ira— en ese tiempo traicionado que los obligaba a agruparse en un orden alterado por los caídos en el terror de su insignificancia.

Lo vimos llegar como una sombra de desconcierto.
Sonámbulo emergiendo de la lluvia
y la desesperanza como de una ciudad hundida;
igual que un navegante espectral
dando tumbos en medio de la tormenta.
Sabíamos que iría;
siempre le tuvo afecto a Irene,
aunque se empeñaba en ocultarlo.
Quizás Irene Paz también lo quisiera.

El nombre de Silvia se hundió en el silencio como una daga. Estaría por ahí, perdida en la niebla de la memoria. Pero él no había acudido a buscarla, ni llevaba encendido el ciego afán del momento del encuentro fortuito. Aunque no tenía por qué fingir que el nombre de Silvia se hubiese borrado de su pensamiento, herido por el furor del deseo contenido, rezagado y sometido al fin por la apacible fuerza del recuerdo.

Se oía el bisbiseo monocorde de la oración, de las voces susurrantes de quienes lamentaban, una y otra vez, la historia concluida. Voces que hurgaban en la pretendida inmutabilidad de los afectos.

Aspiró el olor de las flores y de la cera en una mezcla dulce, dispersa y dócil.)

Diálogo del tiempo

—El tiempo está loco, el tiempo está loco —canturreó el hombrecillo y, finalmente, ambos nos miramos luego de haber permanecido en silencio mucho rato, tratando de negar una presencia cómplice. Recuerdo haberlo visto dos veces antes de esa tarde: la primera fue como un sueño súbitamente creado por la realidad, cuando él apareció en la calle Primero de Mayo, flotando en el atardecer azogado. Me detuve bruscamente, aturdido por la ilusión óptica: en verdad caminaba con tal armonía y serenidad que tuve la impresión de que flotaba. Intenté esquivarlo, pero vino de frente y me sonrió amistoso: "Nos hemos visto en otras ocasiones", susurró. "No lo creo", dije, desconfiando de la seguridad que había en el timbre de su voz. "¿No trabaja usted en una agencia de publicidad?", inquirió. "Sí", dije. "Nos conocemos", concluyó; "hemos

remado juntos en la corriente del tiempo... Buenas tardes, señor Regis", dijo y se alejó sin darme oportunidad de armar una defensa. Otra fue en los muelles, frente al oscuro aliento del mar, cuando él miraba el cielo atestado de estrellas y, sin volverse, murmuró: "El hombre debe amar y odiar con la misma intensidad, sin avergonzarse; no preguntarse si es bueno o malo amar y odiar a la vez y no ocultarse un secreto a sí mismo". Pero esto lo decía de cara al cielo, como para sí, y cautivado por el refulgente espectáculo. Esperé un momento, aunque era obvio que no se movería más. Tal vez volara de improviso en el azul oscuro del cielo. "La ciudad baja hacia el mar en el vuelo de sus ángeles vencidos", pensé.

—El tiempo está loco. El tiempo está loco —canturreaba con voz de gorrión.

El cantinero, hombre parco de abueyunados ojos, discreto, pulió su silencio en el soplo de vidrio de una copa con manos delicadas.

La tarde se había ido devastando sin prisa: rojiza y calurosa primero; teñida después de un color obispo que paulatinamente se fue ennegreciendo con pasión malévola, gangrenosa, mientras empezaba a reptar bajito un viento salado de presagio. Las blancas y lejanas nubes surgidas en el horizonte marino habían llegado con inusitada rapidez, y adquirido de pronto una consistencia de estopa sucia: gestada en las entrañas del Golfo, la tormenta empezó con un retumbo que resonó en los pechos y se ahuecó en el interior de los edificios. Las oleadas de la lluvia y la ventisca azotaban y estremecían los vidrios de las ventanas; se sentía en el cuerpo el rechinar de los árboles y de los mástiles de los barcos pesqueros anclados en el puerto. En un instante, la tormenta creció, vertiginosa, con silbos

y percusiones que alcanzaron un clímax de arpegio furioso; y en no más de cinco minutos, como suelen ocurrir las catástrofes, todo se cimbraba. Quizás ni siquiera hubiesen transcurrido cinco minutos, sino sólo el lapso que tardé en desplazar la mirada del vaso a los ojos de color ceniza del hombrecillo que se mecía, canturreando: "El tiempo está loco. El tiempo está loco".

No había duda: era el mismo. Aunque ahora parecía perturbado por una venenosa inquietud, acosado por un aire de lábil tristeza que lo envolvía de la cabeza a los pies como los lagrimones a un cirio.

—Sí —le respondí y enseguida bebí con lentitud manida. Dejé el vaso sobre la lustrosa superficie del mostrador, que el cantinero acariciaba con la lujuria con que se acaricia a una mujer desnuda, y lo observé en silencio.

—¡Ah, sí; todo está macerado! ¡La locura reside en todos! —decía con voz y actitud de profeta— Usted lo vio: ¡qué mañana más linda! Le colgaban los pájaros de la cabeza y flotaban las nubes como un gran faldón de muchacha. Pero se fue pudriendo y las nubes se le convirtieron en pólipos. Usted lo vio, como testigo que es del mal que nos acosa: a las once todo era luz; para las tres respirábamos un vaho de tragedia que apretaba el cuello. Luego, ¡pobrecitos de nosotros!, tuvimos que soportar un sol criminal. Y ahora, ¡Jesucristo! —hizo una pausa mientras sorbía e izaba las manos para continuar— ¡Véalo usted: una tormenta bíblica, de órdago! El tiempo está loco.

—Sí —murmuré con el sabor del vino mordiéndome el estómago.

—Los gringos tienen la culpa —hipó con rencorosa sencillez—; aunque también sus abuelos ingleses y sus hermanastros soviéticos.

Todos son unos hijos de puta. No hay duda —concluyó y bebió pausadamente. La calma en él refluía, terca y fiel como una mujer encinta.

—Prestigio ganado a lo largo de su historia —dije.

—¡Todo nos ha sido arrebatado! ¡Nos han hundido una espina en el corazón! El clima —se acomodó las palabras en la mente aneblada mientras chasqueaba la boca—, las estaciones, la vida misma han cambiado; antes las tormentas llegaban en el verano y el frío en el invierno, las flores en primavera y la muerte en otoño —sonrió con regocijo interno—. Ahora no; ahora se encuentra usted con una tormenta al doblar una esquina, con una helada en plena primavera y con la muerte en cualquier bote de mierda que le venden como alimento. Son los experimentos atómicos, los vuelos al espacio sideral, las guerras químicas, la violencia humana; el excremento ideológico que nos arrojan barnizado de ética y moral religiosa. ¡Oh, oh! —canturreó— *In God we trust!* Todo eso ha perturbado el equilibrio del tiempo y de la vida.

—Han cambiado la estabilidad de los ciclos —pontificó el cantinero alisándose el fino e hipócrita bigotillo.

El otro lo miró de soslayo y confesó, con los ojos entornados, un secreto:

—Son unos ladrones; no tienen derecho de usurparnos la vida. El tiempo es de nosotros, de quienes lo vivimos sin ira ni prejuicios; de quienes cultivamos en la tierra sueños y esperanzas, y no la destruimos a punta de atentados, opresión y turistas —sonrió y dijo otra vez—: ¡y turistas! Sí, señor.

El cantinero sonrió también, condescendiente, y acarició sin malicia la superficie brillante. Afuera la tormenta no variaba, y la tarde se había volcado hacia un anochecer repentino que exigió de

la luz eléctrica. Parpadeante bajo el resplandor blanquecino de los tubos fluorescentes, el hombrecillo empezó a columpiarse sin consuelo, de la cintura arriba, sobre el banco que ocupaba, igual que un niño desmemoriado. Sus sabias toscas manos, desproporcionadas en tamaño y constitución para el resto del cuerpo, apoyadas en el mostrador como las de un pianista dispuesto a iniciar su interpretación cumbre, empezaron a golpear levemente, con las yemas de los dedos, al compás de un ritmo interior triste y lastimoso. El cantinero, luego de haber intentado participar en la conversación con una observación preciosista, optó por acodarse en el mostrador, decidido a esperar que las puertas del cielo se cerraran. Su figura voluminosa, ahuevada, tenía la adormilada inocencia de un inofensivo animal amodorrado.

—Sí, señor —musitó el anónimo pianista mientras seguía empujando con delicia las teclas invisibles—; el tiempo está loco, loco de atar. Siglos atrás uno podía disfrutar de la vida y permanecer en actitud contemplativa días enteros, con la maravilla del universo iluminando los ojos, sin temor de que las bruscas variaciones de la música cósmica perturbaran el espíritu. Unos iban en busca de la posibilidad, otros en busca del origen, otros más en busca de la esencia —tocaba y hablaba rítmicamente—. Hoy no. Ni siquiera somos seres sensibles. Oiga cómo pasa la vida, amenazada por neuróticos que nos obligan a renegar de nuestra condición. ¡Por Dios! ¡Cavemos pozos sin fondo a esos vicios!

Dejé sobre la barra un billete, sorbí de un trago el vino del vaso y enfrenté la salida. Era una locura; pero estaba a un paso de reventar. Me froté los ojos con energía, me subí el cuello de la chamarra y conté hasta diez antes de echarme a correr.

—¡Me llamo Díaz! —había gritado el hombrecillo, sin interrumpir su concierto, cuando me vio enfrentar la salida— Cipriano Díaz... pero quienes me juzgan me llaman Cipriano el Mago —terminó en un susurro que apenas alcancé a oír al echarme a correr.

Las primeras gotas que me dieron en la cara fueron como un soplo sobre los escombros de la memoria, y sentí la frialdad de la lucidez relampagueando y recorriéndome el cuerpo cuando me hallé a mitad de la tormenta, pensando atropelladamente en la forma de comunicarle a alguien lo que me sucedía. Pero, ¿quién iba a creerlo? ¿Quién iba a creer que de unos días a esta parte había perdido el equilibrio de la vida y me sentía desarraigado, arrojado al vacío de la inconsciencia como una árida protesta callejera ante la irracionalidad del poder y la iracundia bestial de los cazadores ocultos? Me guarecí un instante en la saliente de un edificio, aunque estaba empapado hasta los huesos y sólo buscaba recobrar el aliento, súbitamente obstruido por una abrupta idea. ¿Suicidarse por eso? ¿Gritarle a la vida y a los opresores que no estoy de acuerdo con lo que ocurre? *Hay momentos de angustia, estados de ánimo críticos que impulsan contra voluntad a pensar en el suicidio, médico; pero la conciencia resiste*. "Oiga cómo pasa la vida, amenazada por neuróticos que nos obligan a renegar de nuestra condición", dijo Díaz desde algún reducto del recuerdo. Y tal vez esa absurda conclusión desató el nudo del pensamiento, que de seguro se venía apretando desde quién sabe cuándo. Soplé sobre el agua que me escurría de la nariz a la boca y eché a correr otra vez. Tenía que llegar a casa y reencontrarme. Salir de mí mismo para conocerme. Hablar a solas conmigo.

Entonces se presentó lo del accidente, médico.

Todas las voces una voz

Ese día llegó tarde a la oficina. Nunca lo hacía; en el trabajo era muy disciplinado. Le habíamos dejado la correspondencia ordenada, como lo hacía Irene; el diario y los bocetos de la campaña de una empresa naviera que iniciaba operaciones en el Golfo. En el disco del teléfono estaba una tarjeta en la que se leía con claridad: "Oigo tus peregrinaciones". Era una tarjeta común con la frase escrita a máquina.

(Lentamente, la herida había cicatrizado y sólo quedaba un borde brillante. A menudo insistía en que fue un accidente ridículo. Le ocurrió luego de haber estado hablando con Cipriano el Mago en la cantina. Lo

dejó ahí, cruzó la repentina tormenta que se abatió sobre el puerto esa tarde y, al subir la escalera, resbaló y cayó. Aunque quizás se debió a un turbio pensamiento errático que lo había asaltado. "Intenté recobrar el equilibrio pero mi pierna de apoyo no resistió", decía; "entonces traté de asirme de la baranda con la mano izquierda y, al no alcanzarla, busqué la pared con la derecha, sólo que —y eso fue lo ridículo— tan absorto venía que no me di cuenta de que ascendía justo donde está la ventana, así que cuando quise reaccionar —o cuando reaccioné en procura de los herrajes de la ventana— era demasiado tarde: el vidrio no resistió. La herida partía de la base del pulgar a la muñeca y había interesado algunas venas. Salí corriendo en busca de un médico. Me sujetaba el brazo contra el pecho; los efectos del alcohol se habían disipado. Pero después de correr por varias calles pensé que perdería el conocimiento, pues se produjo un zumbido intenso en mi cabeza, se oscureció todo y las piernas se me doblaron. No sé cómo llegué a su consultorio, médico; sólo recuerdo a partir del momento en que le dije: Me desangro; ayúdeme".

—De arrepentidos y cobardes están empedrados los caminos del infierno —pensé o le dije, pero convencido de que se trataba de un intento fallido. En esta profesión uno se habitúa a la sospecha. Y quizás por eso mismo nació este recíproco sentimiento de abyección entre ambos y la consigna tácita de no perdonarnos nada; creo que cada uno disfruta la derrota del otro. Sin embargo no piense que es maldad, sino una inconsciente actitud defensiva: la máscara que nos ponemos para no cobrar conciencia de lo que somos. Me abstuve incluso de informar a las autoridades por haber atendido en el consultorio a un paciente con heridas sospechosas de delito o, por lo menos, denunciadoras de violencia. En el fondo lo compadecí, pero no se lo diré nunca; además, este hecho me da cierta hegemonía sobre él.)

Tratamos de averiguar quién pudo dejarla, pero no hallamos eco; así que cuando llegó y llamó a Leticia, quien suplía a Irene por la muerte de su madre, supusimos que le preguntaría. Leticia le llevó el café /

Se lo dejé sobre el escritorio y, cuando iba a salir, me detuvo.

—¿Estuvo alguien aquí, en mi oficina, antes? —preguntó.

—¿Antes de qué o de quién, señor?

Él recorría el lustroso labio de la cicatriz con una de las esquinas de la tarjeta.

—Antes de que llegara yo... hoy.

—Nadie. ¿Ocurrealgo? —inquirió con voz sibilante.

—Nada; gracias /

Sí; cuando iba a salir me detuvo. No sé si preocupado o molesto, y me preguntó: "¿Estuvo alguien aquí, en mi oficina, antes?". Tenía la tarjeta en la mano; sabía a lo que se refería, pero no la respuesta. Pobrehombre; parecía muertoinsepulto. Unmuertofresco, diría. Lo afectó mucho la pérdida, ustesabe: hayamoresquematan. Pero se lo merecía, el maldito; siempre fue un infame exhibidor de mujeres. Oh. Perdón. Noquisedecireso. Soyincapaz. Aunque hay quienes no merecen conmiseración alguna.

(Era obvio que lo del accidente o intento fallido nos unía en una relación abyecta, como le digo. Regis mismo lo había advertido de alguna manera y tal vez por eso hablaba de las trampas o de la máscara de las trampas —que es todavía peor, pero más ilustrativo— de que se vale cada uno para encubrir sus actitudes. Increíblemente, este tipo de relaciones —con las que uno y otro, de modo indistinto, jugamos el papel de víctima y victimario— suelen generar nexos muy complejos que no ceden con facilidad, pues predominan impulsos desconocidos o tan profundos que se perdería la vida tratando de desentrañarlos. Sólo quiero —otra vez convencido de que incurro en prejuicios—, al hacerle estos comentarios, retomar el hilo de su búsqueda.)

No teníamos bases para afirmar que era obra de Silvia; pero tampoco rechazábamos la posibilidad. Es cierto que no habían hablado más; ni siquiera por asuntos de trabajo. Y todos sabíamos que Silvia se iría, como sucedió. En fin... pero sí nos atreveríamos a decir que la tarjeta tenía su estilo. No queremos afirmar que fue ella quien la puso ahí; sólo que tenía su estilo. Ella es muy dada a los recaditos escritos. Él también. En eso se parecen mucho.

Él se fue muy avanzada la tarde; le dijo a Leticia que iba a comer y que no regresaría. Como que había perdido entusiasmo. Sí. Como que lo afectó mucho lo de Silvia. Quizás también lo del accidente. En el velorio de la mamá de Irene parecía otro: oculto en lo oscuro, silencioso. Sólo estuvo un rato. Irene lo vio salir como si fuera otro el que se iba. Pero no tome como verdad absoluta lo que decimos; somos testigos anónimos o, cómo decirlo... testigos sin causa. Hay cosas que sólo el que las vive las conoce.

No te culpo de nada; de nada espero que me culpes. Pagaremos a su hora, en el momento más nuestro, las equivocaciones. Esto no es horrible, pero cansa; la fatiga me recorre con la desvergüenza con que las moscas merodean a los cadáveres. Hoy, ya lo ves, estoy más cenagoso que de costumbre; más alejado de mí mismo. Y puedo imaginar, desde la maraña de horas lentas en que me debato, un fenómeno maravilloso: tan alejado estoy de mí que ahora veo mi cuerpo sobre la cama, con un libro en las manos, mientras este otro yo recorre la ciudad calle por calle. Esta vieja ciudad que ofende la corsaria virilidad de quienes no pudimos tomarla nunca: con sus antiguas casonas de madera sin fantasmas, sus pórticos sin doncellas, su brevedad absoluta, arrinconada como una lágrima en la punta de un puñal. En esa calle vives tú; por ésta, Martín y Milena, mis hijos, suelen ir a la escuela con los ojos húmedos de sueño; por aquélla, algunas veces fuimos tú y yo a la playa; por esta otra, solo, caminé hasta los muelles para ver el mar con la pretensión de descifrar sus ocultos mensajes. Allá están las bodegas de maquinaria agrícola, el campo de pelota atravesado por la vía del ferrocarril, el cinematógrafo, la funeraria de Elías Colbi, el panteón: mi territorio. Paso volando por encima del gimnasio municipal, la plaza, el hospital donde el doctor Arnuda pagó sus culpas, la laguna; desciendo y me poso en las ancas del caballo de un viejo que cabalga rodeado de perros; regreso, me veo tirado en la cama ¿leyendo o muerto? De pronto oigo el silbato de la refinería: son las nueve de la mañana, aunque bien podrían ser las tres o las cinco de la tarde de un día que no era ése, sino otro que me hurtaron los recuerdos. Qué cosa, pienso. ¡Qué puta cosa! Sin embargo, perdona esta paradoja que te lanzo: siento que me falta tiempo para vivir mi muerte.

En el restaurante, de cara a la ventana que da a una calle poco transitada, bebía vino cuando lo vi. También tenía un plato de queso, pero intacto. Era obvio que quería estar solo y pensar. Siempre lo encontraba así, solo y como vencido. "Vino y queso para la soledad sin hambre", pensé. "¿Y una ciudad como ésta para los que no tienen destino?". La inocencia y la desventura se parecen en algunos rasgos y pueden confundirnos, sólo que la primera es frágil y transparente y la segunda, aunque transparente, es más dura que el cristal de roca. Él iba de una a otra sin saberlo.

(Después de las visitas obligatorias —las llamo así porque no se me ocurre nada mejor— siguió viniendo de vez en cuando y jugamos —tampoco se me ocurre otra palabra mejor— a lastimarnos la existencia con frases que escondían su malevolencia en la tranquilidad o fingido desinterés con que las decíamos, y descubrimos y aceptamos tácitamente que nos unía el escarnio. Aunque cuando digo aceptamos estoy suponiendo que así fue, porque nunca faltó pretexto ni ocasión para hacer burla uno del otro. Nos reíamos, sí; pero la tragedia del hombre es no saber reírse de sí mismo, sino de sus semejantes.)

"Vino y queso para la soledad sin hambre", pensé cuando lo vi. Hay seres así, que se arrastran por una pasión con ímpetu y vulgaridad, transidos y maravillados por su propia desventura, o por el germen de la confusión que anida en ellos como en el fango o la porquería. Dan bandazos del silencio a la soledad, del temor al odio y del odio

al amor. Se creen únicos en su desgracia. Y por más que su espíritu intenta romper el cerco de infortunio que los oprime —pero que ellos mismos han creado—, todo es vano. Permanecen pegados al barro, adheridos a un mundo cancelado, con el espanto de la realidad traspasándolos como una fantasía arcaica. Todas las ventanas de la alegría clausuradas; todos los poros de la muerte abiertos. Esos seres siempre van dejando claves, señales, indicios, escribiendo su biografía esencial en pedacitos de papel, con signos e imágenes que muchas veces se pierden en el mar de carroña en el que naufragan. Desean que alguien los rescate pero al mismo tiempo erigen obstáculos insalvables. Tienen algo de pureza y miseria, de iluminados y malditos, de inocentes y desventurados. Son como piedras rodando; una contradicción viva, una reclamación inacabable. A veces llega otro ser y los descubre, los rescata; pero eso no es frecuente. Es más bien la excepción. Recuerdo que un día, mientras pulía unas maderas, oí a dos mujeres hablar de él. Porque era de él de quien hablaban. "No creo que no lo sepas", decía una.

Miraba y presentía la sigilosa avanzada de los gérmenes que me comían por dentro, médico. La idea de viajar a Ciudad de México ganaba o perdía validez conforme se sucedían los cambios de ánimo, sin que me decidiera por una de las dos posibilidades. Un poco de optimismo me convencía de la necesidad de ir para desterrar terrores, pero una voz interior me confesaba al oído la inutilidad de hacerlo, pues ¡si estaba optimista me encontraba sano! No había para qué ir. O argumentaba: no será más de una semana; luego tomaré una decisión. Y sabía muy bien que esa decisión

estaba tomada: ir en busca de la ciudad hundida en el fondo de un espejo. Levanté el vaso para beber y entonces vi al hombrecillo: rodeado por el sopor hinchado de la tarde, sonriente, casi flotando, como siempre; con la apariencia de estar envuelto por una placenta transparente, y que él trataba de rasgar con el batir de sus manos en alto, brincando como un simio. Lo vi hacer un movimiento amplio con la mano derecha, como un trapecista después de haber ejecutado un salto mortal sin protección alguna. Llevaba puesto un viejo traje gris a rayas, recién planchado y oloroso aún a sustancias limpiadoras, y una camisa blanca cuyos puños le cubrían media mano. Era Cipriano el Mago gesticulando al otro lado de la ventana. Algo dijo y se echó a caminar —o a volar— en busca de la entrada.

—Nada hay mejor que una tarde como ésta para tomar vino y comer queso —dijo, todo oloroso a lavandería.

—¿Alguna fiesta, Mago?

—Más que eso. Hoy cumplo cincuenta años de ocupar esta forma y dieciséis siglos de andar peregrinando por el tiempo.

Escuché que alguien me susurraba al oído: "Oigo tus peregrinaciones". Y me agazapé para buscar entre mis fantasmas a quién pertenecía esa voz, oscura como una amenaza.

—Creo que dieciséis siglos y medio de peregrinaciones bien valen un vaso de vino —dije y llamé a la mesera.

—No podía esperar menos de alguien como usted —dijo el Mago y sonrió ingenuamente. Se sentó y agregó—. Al paso del tiempo he podido confirmar que quienes cumplimos años en el verano o en la primavera somos más resistentes al sentimiento de senilidad que los nacidos en el invierno o el otoño. La influencia cósmica en éstos llega a provocarles estados de ánimo verdaderamente críticos. Siempre andan huyendo, no tienen estabilidad emocional y se asen al fracaso como el feto al cordón

umbilical —recibió el vaso, lo levantó y observó a su través mientras decía—: el quehacer afectivo y nuestras funciones bioquímicas están regidos por el tiempo y la máquina cósmica. Salud. ¡Ah! —hizo después del sorbo y la degustación— ¡Qué belleza y qué delicia!

(Regis no sabía bien a bien de dónde había llegado Cipriano Díaz; pero el Mago gozaba de ciertos atributos que le valían para ser aceptado sin reparos. Inclusive, en determinados momentos podría afirmarse que era una especie de guardián inadvertido de Regis. Y tal vez el Mago tuviera razón cuando le dijo, la primera vez que lo vio: "Nos hemos visto en otras ocasiones". Lo que sucedía con el Mago era que se aparecía de pronto y así desaparecía. El día del accidente se habían encontrado en la cantina.)

"Esa tarde de mi cumpleaños bebimos dos o tres vasos de vino", recordó el Mago con cierta pesadumbre; "después él se fue. Me dijo que iría a casa, que no se sentía bien. Yo fui a la cantina, a seguir festejando mi cumpleaños".

—¿Advirtió alguna actitud extraña?

—Ninguna; salvo que cada día se le veía más ensimismado. Pero creo que ésa era su naturaleza. Si los hombres dedicáramos más tiempo a pensar en lo que somos, a meditar en las fuerzas profundas que nos rigen, a pulir mejor la piedra que nos dan cuando iniciamos el viaje, tendríamos un mundo más sano. Hace bien

pensar en uno, en lo que se es, en todas las inconformidades que nos constituyen. La reflexión nos ayuda a conocernos.

—¿Le dejó usted la tarjeta?

—No, no lo hice. Pero quien lo haya hecho sabe que la debilidad no está en la derrota, sino en la incapacidad para aprender de ésta y fortalecernos en la experiencia. La victoria nos envanece; el fracaso debe enseñarnos a ser nosotros mismos. Terrible cosa empecinarse en vivir como sombra las sombras de vidas que no hemos vivido. Cosa vana y terrible. Pero la ceguera está en el espíritu. La energía se ha revertido y la amenaza es una larva viva.

—¿Quién cree que haya sido quien le dejó la tarjeta?

—Una mujer. Yo escuché a dos hablar de él mientras pulía unas maderas en el taller de ebanistería donde trabajo. Creo que eso ya se lo dije en otra ocasión.

—Sí, así es, Mago... perdón...

—Está bien; dígame Mago. No me ofende.

—¿Entonces?

—Una mujer; alguien con un poco de astucia y sentido del humor.

—Usted los tiene.

—Sí, pero no el motivo ni la condición. Recuerde que todos los actos del hombre responden a motivos. Los actos fortuitos lo son sólo en apariencia.

—¿Cuáles son sus motivos?

—¿De cuáles actos? —preguntó con ingenua malicia.

Desde la penumbra que poco a poco crecía en la habitación, con ciega fidelidad, se la pasaba haciendo recuentos. Tal vez no hubiera nada trascendente; nada lamentable ni afortunado. Toda vida es una sucesión interminable de imágenes, emociones, recuerdos, olvidos, nombres, omisiones, sentimientos, culpas. Una vida es más que la intención y el acto; un juego de espejos que nos provoca la ilusión de la transparencia cuando en realidad cada uno de los instantes vividos puede representar una oscura lucha por sobrevivir. Sí, había querido transformar la idea en verdad y la lucha individual en una batalla generalizada. Había transitado de lo posible a lo real aullando, y quizás la realidad no fuera tan atroz como la suponía. La relación con Silvia —y antes con Rosalina—, debía admitirlo, terminó porque él así lo quiso. Él dejó que se le fueran de las manos y que otros sentimientos menores, enfermizos, entraran a caballo en su corazón. No había sido un descuido, sino un propósito: jugó a perder. Y si ahora se refugiaba en la pérdida era para especular con un pasado irrevocable. Sentía la necesidad de un dolor y se lo procuraba. Pero nada corrompe tanto al sentimiento como la procuración de un dolor a partir de lo falso.

Quinta parte
La sombra inmaculada

Uno

En el cielorraso reptaban los destellos semejando fabulosos animales de cuerpos anillados. ¿O reflejos en el agua? ¿O tal vez sólo fueran las insustanciales ondulaciones del pensamiento? Le sucedía a veces: la imagen de un objeto en su mente envejecía en segundos, perdía su nitidez y contornos hasta transformarse en precario material de sueño. O se le arremolinaban imágenes sustitutivas rápidamente desplazadas por otras, causándole amargo desplacer y un angustioso olvido que nada tenía que ver con el desplazamiento, sino consigo mismo. ¿No le ocurría así con la imagen de la ciudad hundida en la niebla o en el fondo de un espejo líquido? ¿O con la de esa multitud amorfa y turbada que corría por las calles de una enorme ciudad, empavorecida, gritando aterrorizada, buscando protegerse de los disparos de los militares? ¿Qué ciudad era; qué

muchedumbre? ¿O recuerdos de qué ciudad, de qué mar y qué crimen colectivo sobrepuestos? El desconcierto que le provocaban, aunque no lo admitía, lo empujaba cada vez más al pesimismo y la comisión de actos inconscientes a los que se empecinaba en negarles significación. Por ejemplo, había estado recostado toda la tarde, quizás dormitando en medio del sopor o con los ojos fijos en el techo, pero sin ideas claras y sin percibir el anochecer; no recordaba haber visto ni pensado nada hasta cuando descubrió los destellos en el cielorraso. Entonces creyó que eran unos animales fabulosos y enseguida dudó; su pensamiento retrocedió, indeciso, hasta toparse con la palabra *destellos* que ondulaba malignamente encubierta por el sentimiento *despechos*. Parecía un juego de atrocidades, de equívocos, de esquizofrenias. Pero la realidad no ofrecía otra alternativa: los ocasionales automóviles que pasaban por la calle, con los faros encendidos, propiciaban un fenómeno ilusorio, sin concordancia ni relación objetiva. Todo lo debía a su torpe imaginación emotiva, o a la incapacidad de su pensamiento para discernir entre el estéril rechazo de la llama que lo consumía y el olvido rencoroso de aquello que lo lastimaba igual que una ofensa impronunciable.

Dos

Su cuerpo había adquirido la costumbre del cansancio; un cansancio infinito, acumulado durante siglos; un cansancio de muertes alojadas en la memoria, de adioses que se agitaban como pañuelos amenazantes. El mundo le parecía apócrifo; y si bien intentaba comprender a quienes todo lo excusaban o todo lo condenaban, no podía perdonarlos; ni siquiera aceptaba la idea de que fueran injustos. Nadie podía darse el lujo de declararse puro o corrupto sin incurrir en una mentira flagrante. En verdad, cada quien escoge su tiempo, sus medios y modos para situarse en el terreno de su conveniencia; es su voluntad. Él había aprendido eso como una rutina, sin detenerse a reflexionar que una rutina es la imitación de un acto verdadero que al repetirse se convierte en la simulación de la autodeterminación del individuo para forjarse un destino. Él simulaba

que vivía; simulaba que amaba; simulaba que sus sentimientos eran auténticos. Ésa era su tragedia. Pero lo cierto era que había cancelado sus oportunidades y quería pasar de lo ideal a lo real saltándose la brecha que separa a esos dos mundos. Lo primero eran sólo sombras inmaculadas, posibles en el pensamiento como en una pantalla, sí, pero inasequibles; mientras que lo segundo constituía la turba de lo que es, independientemente de que se reconozca o no su existencia fuera o dentro del pensamiento. Lo imaginario se cultiva en lo deseable; lo real, en lo inevitable. ¿Su cansancio nacía de la rutina? ¿Su pesimismo de saber que el futuro es la muerte, la supresión de la capacidad de pensar y elegir? En todo advertía la presencia ingénita de la violencia, aun en el simple derecho a vivir como le pareciese, pues siempre había alguien dispuesto a juzgarlo esgrimiendo una norma, moral o jurídica, pero formulada tácitamente para castigar la culpa. ¿Limitación o restricción legitimada? ¿Quién podía ponerle límite a su voluntad; quién podía restringir su libertad de decidir lo que quería hacer? ¿Acaso no lo había demostrado ya?

Tres

Quisiera enterarlo de dos cosas, médico; dos cosas que tal vez le parezcan ridículas. Aunque sé que el amor se desgasta y termina cuando se extinguen su capacidad de asombro y de perdón, y su fuerza para improvisar la felicidad, no es esta circunstancia la que nos derrota y nos harta de la vida, sino la incertidumbre que nos causa la pérdida. Al hablar del amor lo hacemos con la razón, condicionados por el concepto y convencidos de que es eterno. Y eso es lo más absurdo que puede uno pensar, porque si algo hay alejado de la razón y efímero, eso es el amor. Éste constituye un acto de sacrificio, no de fe ni de razón; es una pira a la que arrojamos, en una representación única, lo mejor que tenemos. Nos confundimos con ese sentimiento. Olvidamos que llegamos a él en forma impensada, sin darnos cuenta de si estamos entrando en una habitación

de ambiente agradablemente caldeado o en una hoguera; y se puede ser hijo predilecto del susurro o jinete de la catástrofe. En cualquiera de los dos casos, nunca se sale ileso, ni siquiera cuando el sentimiento se transforma en hábito, en dependencia física y psicológica. Esto se cura, médico; pero no el horror que nos invade cuando, en la convalecencia, reflexionamos que lo que quisimos hacer fue conmutar la culpa por la inocencia. Ésa es nuestra confusión: querer vivir ligados a un bello cadáver. A quienes nos pasa esto, ninguna mujer nos satisface; quisiéramos que el amor no terminara, quisiéramos tener la capacidad de improvisarlo a cada instante, pero, paradójicamente, nuestros actos se dirigen siempre a la destrucción del mito. La otra cosa, indefectiblemente ligada a la primera, es que cuando llegamos a la conciencia de esta crisis irreducible, la vida deja de tener sentido: anda uno persiguiendo fantasmas —amante enfermo, incurable, de un ideal— por las calles del desconcierto, atravesado por la soledad, escarnecido por los aullidos del remordimiento. Y nada hay más horrible que ese mundo de desencanto.

Cuatro

Me contradigo, sí; pero nunca hay que pensar en la repetición de un hecho como si se tratara de algo idéntico, pues el tiempo, esa continuidad imperceptible que fluye delante de nosotros y nos da de lleno en la cara como en un desierto al que marca y transforma, es diferente para cada ser. ¿Es la continuidad una rutina o una locura en la que caemos sin defensa alguna? ¿No sería mejor entregarnos que seguir aferrados a nosotros mismos? Ésta es mi repetición

/ llego diariamente a la oficina a las nueve, con un *buenos días* impúdico tras el que pretendo ocultar, inútilmente, afanes arteros: que la muchacha de la voz sibilante enmudezca; que la vida tome por el cuello a quienes la viven cómodamente; que Irene Paz cometa un equívoco

/ descorro las cortinas y observo un momento la plaza, cada mañana con el deseo de poder disfrutar los mundos que me rodean: me quedo ahí, fijo como una fotografía, esperando que se produzca el milagro

/ aguardo la entrada de Irene al privado sabiendo que repetirá el orden inventado por ella misma, pero con la vehemencia de que repentinamente olvide la fría, terca y procaz rutina y se ponga a hurgar en el manojo de posibilidades que anidan en el espíritu humano

/ reviso los avances de las campañas de publicidad y hablo por teléfono, mientras desde la sombra de las palabras y las imágenes manipulamos los gustos y preferencias de consumidores ávidos

/ voy al restaurante tardíamente y formulo hipótesis y conclusiones basadas en presentimientos derivados de sueños o de actos de libertad reprimidos, las más de las veces para infligirme castigos con deseos que nunca se cumplirán porque siempre dialogo con fantasmas

/ sobrevivo por inercia, inofensivamente

/ ¿sobremuero por fatalidad?

Cinco

Tratar de reconstruir un amor es inútil, no tiene sentido; uno ve cómo todo —del primero al último momento, de la más plena a la más árida de las noches— se va agrietando, perdiendo la coherencia que le atribuimos en el instante de su elogio. La experiencia común a dos seres, y aun la intuición sensible, aunque aparentemente iguales, se manifiestan en todo su exclusivismo y se vuelven incompartibles; y si en el tiempo de la entrega el amante es el que lo arriesga todo y toma al amado como estímulo de su necesidad, cuando llega el tiempo del adiós y de la pérdida, solo se consume y no encuentra más que dolor. Dirán que soy un teórico del amor, como los hay del arte que nunca en su vida han creado ni sentido la llama de lo bello; es posible. Pero para comprender lo que digo hay que llegar al fondo y no hablar de compromiso cuando lo que se sigue son esquemas

aprendidos de trasmano. En fin, he de reconocer que el amor es también algo repugnante: siempre se está expuesto a la voluntad del otro, al chantaje y la infamia. Si yo aceptara que me equivoqué, tendría que empezar a recapitular. Y no tolero las recapitulaciones. Creo, eso sí, que cuanto más intenso es un sentimiento, más efímero nos parece, más insatisfechos quedamos. "Las cosas que dejé pasar —dice uno—; lo que pude haber hecho". Pero esa insatisfacción no es necesaria ni forzosamente incapacidad, ni prueba fehaciente de la equivocación; es la impotencia terrenal del hombre para vivir el amor como una locura divina pero realizable, sin el temor de creer que un amor así sólo se reserva a los seres imaginarios. Por eso, cuando a la ruptura, el vacío de la pérdida nos hace suponer que los goces fueron mínimos, y los sufrimientos cotidianos nos parecen mortales por la violencia con que se viven, uno no debe intentar reconstruir el amor ni tratar de cubrir con esparadrapos las heridas del alma. Sería un crimen. Reconozcamos que el amor se desgasta y termina; que tiene un tiempo y una intención. No hay más. Si uno regresa sobre el camino debe hacerlo con el fin de recuperarse a sí mismo, y ejercer una crítica inmisericorde pues sólo así, sin duda, podrá saber lo que es el perdón.

Seis

Tenía la sensación de haber soñado. Todavía en el fondo de los ojos le dolían las imágenes neblinosas, difusas, que desfilaron ante él. La amarga certidumbre de la ausencia lo hacía sentirse como una boya a la deriva; pero había una débil y simultánea sensación de haber entendido al fin el significado de las palabras que pendían sobre él como una guillotina. Comprendía que a todo tiempo de plenitud lo sucede un tiempo de vacío porque el destino, aunque dramático y trágico, es también una fuente inagotable de posibilidades y sólo se llega a ser una parte de lo que se puede ser. En el vivir hay de por sí una inseguridad esencial, y es una fatalidad en sí decidir lo que se quiere ser. No había más razón. En el cielorraso reptaban los destellos como fabulosos animales anillados; y aunque sabía con certeza lo que los originaba, estuvo mucho rato intentando confirmar si eran

sólo las ondulaciones de su pensamiento. Pero la realidad no ofrecía otra alternativa. Sólo destellos y la sensación de un sueño en el que se había debatido como quien se hunde en una ciénaga. Hastiado de luchar contra el rechazo y el olvido, en ese filo ominoso de la certidumbre y la duda que minaban la imaginación, se enderezó y se recargó en el respaldar de la cama; tenía el estómago hecho mierda y un sabor a cobre en la boca. Le dolían los ojos como si le clavaran alfileres y la pesadez de su cuerpo le vencía los huesos. Luego de un rato se sentó en el borde, recogió la ropa y se vistió lentamente, más que por pereza, para no realizar movimientos bruscos que le repercutieran en la cabeza, que parecía ceñida por un instrumento de tortura. Sobre los muebles había una fina capa de polvo; sobre él, un denso aleteo de presagio. Bebió un poco de jugo helado; se echó agua en la cara y se contempló un momento en el espejo. No era él quien asomaba a sus ojos; nunca había estado tan ajeno de sí mismo. Se pasó la toalla y salió. Había pensado dejarle la llave a la portera para que hiciera limpieza en su departamento, pero al bajar timbró varias veces y no obtuvo respuesta. La noche empezaba a refrescar y el olor del puerto era intenso y sofocante.

Siete

Hemos destruido un mundo; siento miedo, odio, desazón. La vida cobra los errores a la medida justa. Quiero decir que es inútil pensar en la inocencia cuando el amor despertó en nosotros el rencor. En todo se advierte la violencia; por todos lados la simulación. Ahora pienso en ti como en un mundo deseable: recorro tu cuerpo en la profundidad exacta de su aroma; dibujo tu mirar en mi memoria y el sedeño reptar de tus manos hurgando temblorosas y precisas mis estremecimientos. No cabes en mí con esa sed de desierto, con esa insaciable voracidad que me succiona una y otra vez buscando desesperadamente el origen de la ternura. Pobres de todo, ofrendamos al dios de la irritación nuestra culpa. ¿Por qué no mejor una alianza amorosa con el mar? ¿Por qué no mejor erigir un templo de polen? Pobres. Qué vacíos los dos; qué distantes. Caminando siempre por

las orillas de la ciudad y la vida, por donde los ancianos tejen sus coronas y se aprestan a morir. Los dos lo intentamos, sí; pero el amor es algo más que un intento. Siento ganas de gritar, gritar: ¡Abrázame; protégeme contra la duda y la muerte! ¡Haz que mi vida de amante ofendido cicatrice en el corazón!

Sexta parte
Exilio

Una buena decisión

Estuvo en casa de Rosalina Conde para ver a sus hijos pero no se hallaban ahí. Sin embargo, ella no aclaró el motivo de su ausencia, empeñada en fingir distraimiento o en expresarle su fastidio por la visita. Desde que él llamó a la puerta y ella abrió, en sus ojos brillaron el desprecio y una fría indiferencia. Nunca había sido amable ni afectuosa; le costaba un gran esfuerzo dispensar una caricia, un abrazo, aun a sus hijos, y muchas veces, cuando la fingía, su amabilidad resultaba un insulto por la hipocresía con que actuaba. Pero después del divorcio, cuando, como hoy, él pasaba a convivir con los hijos, o acudía en respuesta a una llamada por enfermedad de alguno de los chicos, el desagrado de Rosalina llegaba a la insolencia.

—Ah —hizo al abrir y casi le obstruyó el paso; luego, de mala gana, se apartó y lo dejó entrar. La siguió por el pasillo hasta la sala.

Olía a café recién hecho. Al principio creyó que los niños jugaban en el traspatio y que iría a llamarlos; pero cuando advirtió el silencio que reinaba en la casa, se asomó por el rectángulo de vidrio de la puerta batiente de la cocina. Rosalina fumaba y bebía café distraídamente, sentada y apoyados los codos en la mesa del antecomedor. La observó un instante: fumaba, sorbía café, se limpiaba las uñas, hastiada. Probablemente alcanzó a verlo de reojo porque se volvió de pronto con una mirada fulminante y recriminatoria que lo turbó. Su rostro mostraba la pesadumbre de quien ha sido vencido por el tedio. Aunque él la miró sin malicia, viéndola más como en el recuerdo de los días precedentes a la separación, cuando cada uno encontraba la venganza en el injusto trato que daban a sus hijos, a los que apostrofaban o golpeaban por tonterías, no pudo negar que el rencor lo empañaba todo. En aquellos días, muchas veces buscaron la reconciliación y se juraron no maltratar más a los niños por situaciones que debían resolver entre ellos. Así, ansiosos por saldar una deuda, cuando los niños dormían ya, se refugiaban en el último reducto de mutua tolerancia, y, maravillados, se contaban los pequeños detalles que los unían, las coincidencias en que se identificaban. Se besaban toda la noche, como avergonzados por sus actitudes destructivas, y arrastraban su amor —el recuerdo de su amor— por los tortuosos caminos del arrepentimiento. Él recorría el cuerpo de Rosalina con el índice, lentamente, dibujándolo en un tiempo sin fisuras; le besaba los muslos y el vientre, el pubis velloso, cautivado por el cotidiano olor de su sexo y agradecido por la entrega. La miraba también con el deseo adormecido de un intento que tenía el sabor de lo irrecuperable. Y ella derramaba dulces lágrimas nacidas de la raíz de una vida que pudo

ser distinta. Durante esas noches de tregua, de frágil recomienzo, de entre las sábanas fluía el olor tenue del amor; y se deslizaban tiernos susurros marcados, no obstante, por la necesidad de ser bienintencionados. "Nada sincero", pensaba luego con desaliento, aunque tal vez ella pensara lo mismo o algo peor. Porque cada uno sabía que aquello no era más que una representación, un juego del cual resurgiría el odio más áspero, coronado por la espuma de la acidez que produce la desesperanza. Invariablemente, a la mañana, sin que mediara una causa inmediata, su profundo desacuerdo los enfrentaba sin remedio: bastaba cruzar dos o tres palabras para reñir y dejar sobre la punta de su intransigencia el cadáver del afecto que desde hacía mucho tiempo no se profesaban. Los niños, como termómetros de la relación, reflejaban esos vaivenes, de modo que lo mismo se alegraban y jugueteaban entre ellos al verlos dormir en la misma cama, riendo nerviosamente y como asustados de su alegría, que se replegaban a las primeras voces injuriosas —provocadas por cualquier nimiedad pero gestadas en la profunda escisión de sus sentimientos— y volvían a su actitud hosca, agresiva, a contraer los músculos de la cara, a llorar por nada. Milena, que era la mayor y la más sensible, solía traer la rebeldía a flor de piel; en tanto que Martín prefería esconderse por ahí y monologar incansablemente con sus juguetes, recostarse entre ellos y, con la vista perdida, hurgarse la nariz hasta dormirse.

¡Cómo se había derruido ese mundo! ¡Qué urgencia de salir a la calle y pedir explicaciones, exigir una respuesta a esa cosa que había estallado como un tumor y los había contagiado! ¡Qué mal sabor ver a los niños como algo vomitado un día de asco infinito! Seguramente Dios no existía; de lo contrario esto no ocurriría en su

universo, y menos entre seres que llevaban la insignia y el estigma de haber sido creados a su imagen y semejanza.

Rosalina apagó el cigarrillo en los residuos de café, arrojó la colilla al cesto de basura y se incorporó. Fue al salir de la cocina cuando le dijo que los niños no estaban en casa. Él iba a protestar por la descortesía, pero sólo dijo:

—Los espero.

—Tardarán; fueron con unos amiguitos del colegio. Me parece que celebran un cumpleaños o iban de paseo en grupo. Tú sabes cómo es eso; llegarán tarde, fatigados y deseosos de dormir.

—Estaré aquí un rato... si no te molesta.

Se encogió de hombros, con gesto agrio; los brazos colgando laxos pero las manos crispadas. Era obvio que estaba a la defensiva.

—¿Tendrías un café?

—No —dijo cortante y sin mirarlo.

Él sintió cómo se le enrojecía la cara y se le agolpaba la sangre en las sienes. Se lo había ganado. La agresión no estaba en las palabras, sino en la presencia misma. Respiró hondo y lanzó la mirada por las paredes, se dio vuelta y enfrentó la estancia, aneblada por la difusa luz del atardecer, que le daba una apariencia humosa.

—¿Están bien? —preguntó sin volverse, como si tuviera delante de sí a Rosalina.

—No se han quejado —respondió ella con tranquilidad y burla asombrosas.

—¿Y tú?

—¿Es necesario que responda?

—No.

Él dio unos pasos, extrajo la billetera, tomó unos billetes y los colocó encima del aparador.

—Les dices que vine. Dales eso para sus golosinas.

—Está bien.

No esperó más.

Desde hacía tiempo los atardeceres le provocaban la sensación de estar inmerso en algo tibio y pegajoso, como penetrar a una mujer que llega a nosotros cuando todavía trae frescos los tactos del amante, el escurrimiento de semen que no es el nuestro. "¡A la mierda con tu machismo!", pensó; "la hubieras invitado a hacer el amor". Sonreía con sarcasmo y repulsión. No había por qué enzarzarse en iniquidades así. Nada de ese mundo le pertenecía ya; sus integrantes eran fantasmas de otra realidad. Él mismo no era más que víctima de sus propias trampas. Es más, en ese instante podía jurar que no había estado en casa de Rosalina hablando con ella; podía jurar que se trataba de una traición de su mente que había creado el fenómeno como si fuese realidad. Rosalina y los niños formaban parte de un sueño concluido; así recurriera a él para negar el miedo que le producía pensar que lo había vivido, que había permitido que ese error lo arrastrara hasta colocarlo de espaldas a la vida —como cuando las cucarachas o las tortugas quedan así, tan tontamente vencidas—; él batió el aire hasta lograr un punto de apoyo y entonces se volvió, descorazonado por la impotencia y conmovido por la triste imagen que ofrecía su vida luego de esa quiebra emocional. Todo era pérdida neta. Así lo pregonaban

los gritos de la multitud vencida, acribillada por quién sabe qué oscuras decisiones que venían desgranándose a lo largo de la historia. Una historia escabrosa, "escrita con la sangre de los muertos y la mierda de los asesinos, con la hipocresía de la Iglesia y de la sociedad corrupta", pensó parado en una esquina, fumando y mordisqueando sin piedad la materia de que estaba hecho su sueño; aunque sentía el reflujo de la consolación al reflexionar que no estaba solo: el doctor Arnuda y Cipriano el Mago eran también casos perdidos, por más que uno, enfundado en su bata blanca y parapetado en el árido recinto de su consultorio, intentara identificarse con sus pacientes y tratara de paliar en ellos algo de su soledad. El otro era sólo un iluso que no se conformaba con ser la nulidad que era en su tiempo, sino que todavía tenía la desfachatez de inventarse siglos y siglos de imbecilidad.

Él, en cambio, podía largarse ahora mismo; ir a la estación del ferrocarril o a la terminal de autobuses y comprar un boleto a cualquier parte. *Si no sabes a dónde vas, no importa el camino que tomes* —recordó. Ni siquiera consideraba necesario pasar a casa por el equipaje. Sería como llevarse también los pequeños demonios que lo atormentaban, cargar con la talega de recuerdos, compromisos, acciones, deberes incumplidos. Y no quería nada de eso, sino marcharse desnudo. Que el dueño del edificio se cobrara con lo que quedara en el departamento. Sonrió desalentado e irónico: "La mierda está por dentro; la porquería soy yo". En realidad no había amado a Rosalina; no amaba a Silvia; ni a los niños, ni a nadie. Era un ser obtuso, sin capacidad para el amor verdadero; un desvergonzado que prefería sentarse a solas en cualquier rincón infecto para lamerse las llagas que él mismo se causaba tallando

minuciosamente contra los muros del egoísmo, clamando por su independencia, lloriqueando porque creía que todos, confabulados secretamente, le cerraban los caminos, le obstruían las entradas. ¿No había actuado siempre según su voluntad? ¿No aplicó a todas las cosas su medida? Si eso no era ser libre, independiente, ¿cómo podía llamársele?

/ Está bien: se sentía enfermo, agotado. Pero ésa no era causa suficiente —¿o eficiente?— ni disculpa; pronto sabría, en cuanto se decidiera a viajar a Ciudad de México para entrevistarse con el doctor Santarrita, qué era lo que realmente le sucedía a su organismo.

/ Está bien: algunas veces amanecía con intensos dolores musculares, con punzadas que le nacían en los huesos, con una sofocante angustia incrustada en el pecho.

/ Está bien; a veces sus ojos no soportaban la luz hiriente del sol y la sangre le estallaba en las sienes y en el cuello.

Sí, todo estaba bien; era verídico y fiel, aunque no válido ni honesto que lo utilizara para atormentar a los demás con sus neurosis de cuarentona achacosa.

Arrojó la colilla a la mitad de la calle y se echó a caminar. Había que decidirse; sólo se muere una vez. La carta había sido enviada y la respuesta estaba en su escritorio. Necesitaba un médico confiable y lo tenía; necesitaba un médico que lo escuchara y ya se lo habían conseguido. Iría a Ciudad de México: ésa era una buena decisión.

Sólo era la sombra de lo que era

Una mañana formó parte de un cortejo fúnebre. Fue una mañana soleada y calurosa que rezumaba el bochorno resultante de la llovizna que había caído la noche anterior. Sobre las tumbas crepitaban las reverberaciones y él se hallaba al borde de la crisis. El candente sol lo obligó a buscar la sombra de un árbol, no sólo acosado por las minúsculas convulsiones que se producían en su estómago, sino extrañado de encontrarse en ese sitio sin una emoción definida. Vio a Irene de lejos, congestionado el rostro por el llanto y la vigilia, y escuchó el bisbiseo de las oraciones. Sudaba copiosamente y no se explicaba cómo el ser humano, al morir, quedaba condenado a ser alimento de gusanos. Aunque después de todo era más peligroso el ser humano que cualquier parásito o insecto, que se contentaba con ser lo que era y no andaba luchando a ciegas

por su salvación. El gusano encontraba en sí mismo su grandeza y su limitación; era tanta su insignificancia que celebraba en ella misma su victoria. Sin actos de imaginación, sin propósito, sin ritos apologéticos; abandonado a su suerte en un cuerpo que sería su alimento y su tumba. En ello saciaba el liviano misterio de su aparición en la Tierra. El ser humano no; el ser humano siempre interponía a Dios y se empecinaba en emularlo decidiendo su destino. Nunca admitía que estaba derrotado ante esa idea y que la necesidad lo encadenaba a su realidad mediocre. La vida era una pura transitoriedad rodeada de errores, miedos, estulticia, amenazas; una maldad intrínseca. Las convulsiones le produjeron asco; las reverberaciones, un oscuro mareo. Aunque quizás sólo fuera el desconcierto natural que le causaba el hecho de estar ahí sin haberlo decidido así.

Cuando los deudos se dispersaron por las veredas del panteón y sólo quedaron Irene Paz y su hermano al pie de la tumba, tomados de las manos y absortos, él se aproximó despacio.

—Lo siento, Irene —dijo colocándole una mano en el hombro. Luego se marchó. Fue a la oficina y salió de ahí muy tarde; comió en el restaurante Los Ángeles, frente a la desembocadura del río, y después abordó un auto de alquiler para que lo llevara al centro de la ciudad. El sol se había ocultado pero seguía el calor; aunque empezaba a soplar la brisa. Fue y vino por calles cercanas a los muelles, descendió al mercado y deambuló como ánima en pena, negándose a aceptar que sólo era la sombra de lo que era: un ser que buscaba acomodo entre las cosas revestidas aún del toque humano.

Él no merecía que lo marginaran así; no creía merecer que, dotado de voluntad y del don de elegir, lo volcaran hacia la otra

cara de la vida, donde el acto de decidir pierde validez e importancia y mecanismos mayores, sistemas complejos, operan por encima de la voluntad misma. Él creía no merecer muchas cosas; pero lo cierto era que le había faltado astucia para vivir. La vida también era eso: astucia. No queda tiempo para la repulsión. O se hunde uno hasta el cuello o acepta pagar, pagar, pagar. Los seres que creen, los seres que piensan no merecer las consecuencias de sus actos, los que proponen exculparse tomando como medida lo que otros hacen, poco a poco quedan fuera del juego de la realidad. Pueden ir de un sitio a otro; provocar asombro como si se tratara de seres maravillosos, mágicos; descender a los suburbios, ocupar hermosas *suites* en hoteles de lujo, desayunar en cama, embriagarse, embadurnarse de nostalgia de vez en cuando, sentir lástima por los desheredados, amor, dolor, ira, sueño, asco de sí mismos, pagar por un afecto, meditar; lo pueden todo o casi... pero en una dimensión ajena, en un plano que no es el que ocupan los demás. Por eso llevan siempre la sensación de haberlo perdido todo, por eso creen no compartir la vida con los demás y se van ovillando en sus propias y fatuas argucias. Entonces se detienen en una esquina —siempre están en una esquina, incólumes, aguardando su derrota por indecisión, como un peleador sin agallas, perdedores consumados—; otean desde los escombros de su torrecilla, olfatean los vientos que rezuman intentos, inhibiciones, actos fallidos, palideces, carroñas y se nutren de su propia miseria; abren los ojos con desmesura y se asombran, inútil falacia de una primitividad aprendida de soslayo. Pero como todo lo dejaron pasar no alcanzan a comprender los contenidos emotivos de un guiño, de un adiós, de un buenos días abriendo la mañana. Así era él; eso era lo que le sucedía. Todo le

había resultado breve; todo lo había tomado sin considerar las íntimas relaciones que unen y estrechan a cada instante con los demás instantes, a cada cosa con las otras, a cada vida con el universo. Lo fugaz tiene un defecto: carece de aprehensibilidad, de apercepción, de trascendencia; y ni nos emociona ni nos intimida ni nos induce a reflexionar. Así de simple y de difícil era. Ahora iba a regresar a casa, tenía que hacerlo para partir de un sitio cuando lo decidiera; iba también a seguir en la agencia, trazando posibilidades sobre esquemas obsoletos —la publicidad es un engaño estructurado precisamente sobre la base de lo efímero, fundado en cualidades falsas o magnificadas que se renuevan cada vez con menos valor—; probablemente también volviera a visitar a Rosalina y los niños, suscribiendo alguna tregua o convenio judicial; quizás hasta se encontrara con Silvia en alguna parte del mundo y se dieran la mano sin rencor ni indiferencia —siempre existe la probabilidad de un encuentro. Pero de lo que estaba plenamente convencido era de que Mariano Regis jamás encontraría al Mariano Regis que le hubiera gustado ser. La vida que no se vive es irrecuperable; no existe. Y no vale la pena perder el tiempo en lamentar la inexistencia de algo que no fuimos capaces de crear.

Como se observa un cadáver

El viento empezaba a correr en potentes y bruscas ráfagas que sacudían las copas de los árboles y levantaban tolvaneras híbridas. De pronto todo había cambiado; el cielo azul se había transformado en una superficie lisa y lechosa. La gente se había escondido, pese a no ser muy noche, y la ciudad parecía deshabitada. Regis observó hacia los cuatro puntos; sólo se oía el viento y se veían los fantasmas de polvo jugando sus fútiles y estúpidos juegos. Pero no había nadie en las calles; nadie a quién llamar para dialogar un poco y comentar esa locura lúcida y bondadosa que arremete contra los seres en trance de muerte, cuando la agonía los hace aferrarse al deseo de vivir para ser buenos. Los moribundos nunca hablan de las ciudades vacías ni del hastío de las cosas y la vida. Su futuro es un recuerdo que subyace la línea de

probabilidades. ¿Cómo vivir una vida que termina; cómo vivirla sin conocerla?

Por la calle desierta, como si emergiera del centro de las tolvaneras o fuera él mismo un fantasma de polvo, el doctor Arnuda caminaba de frente a él; vestido de blanco, el sombrero de fieltro en la diestra, la bola de humo de su cabeza se agitaba igual que una palmera seca. "Uno más que no halla dónde poner su carga", pensó.

—Buenas —dijo, como cansado, el doctor Arnuda.

—Hola, médico. ¿Cómo va el negocio?

—No tan mal como la noche para usted.

—Para mí la noche es perfecta; he salido a disfrutarla. No hay autos, ni curiosos; sólo el viento.

—No mienta —dijo irónico—; salió porque no soportó el insulto de estar emborrachándose a solas o pensando en la porquería que es su vida. Pero cada uno tiene lo que se merece; nadie puede modificar su ruta. Tendría que intentar vivir sin ilusiones ni mentiras.

—Eso es fatalismo puro, médico.

—Son las circunstancias creadas por uno; ésas son las que nos determinan y le dan sentido a nuestra vida. Claro que uno no debiera pensar en eso y vivir.

—¿Vivir por vivir? Eso es absurdo. Es vivir sólo para la muerte; estarla viviendo, aunque sea paradójico, día a día. La vida así no tiene valor alguno.

—Lo ve; cuando se habla de la vida no se puede evitar la metafísica. Mire, cuando uno cree en Dios no acepta que la vida pueda tener otra fuente; pero la enfermedad, la confusión de sentimientos,

la maldad que profesamos, no podrían ser atributos divinos. No tendrían por qué malograr la vida. Y no es la pérdida de la fe lo que nos condena, sino la infructuosa lucha que sostenemos con nuestro ángel interior. Somos sujetos de leyes que nos gobiernan sin excepción; aun en contra de nuestra voluntad. Somos dos o más en uno, de modo que no podemos legitimar nuestros actos más que como contradicciones complejas. Una es la vida real y, otra, la idea de la vida. ¿No es una locura confundirlas? La idea de la vida nos impulsa a vivir; pero la vida que vivimos es un acto de nuestra absoluta responsabilidad. La idea de la vida no se malogra con nuestros fracasos; soñar que somos otros no es vivir —hizo una pausa y preguntó—. ¿Qué rumbo lleva?

—Ninguno.

—Si me lo permite, podría invitarlo a casa.

—Pues corre el riesgo de que acepte.

—Bien. Entonces, ¿vamos?

—Vamos.

Caminaron un buen trecho en silencio, sacudidos por el viento como inciertos fantasmas que se aventuran a transitar por la realidad, aunque sabiendo que serían víctimas de la indiferencia. La noche, a pesar de todo, no era trágica, sino sólo recipiente de una oscura sensación de frágil abandono. Caminaban codo con codo, resistiendo los empellones del viento. El doctor Arnuda, con su vestimenta de dril blanco y la ceniza cabellera agitándose como un plumero, daba la apariencia de un cirio a punto de apagarse; pero mantenía un paso sobrio, casi patético, como si, camino del patíbulo, intentara hacer creer al verdugo que no sentía miedo, sino

pena por él. Regis, en cambio, con las manos en los bolsillos, caminaba desgarbado, como si temiera dar la cara a la realidad.

—¿En qué piensa? —dijo el doctor Arnuda.

—En nada. Sólo vivo —se burló.

—Yo solía decir lo mismo cuando tenía su edad, aunque por dentro fuera un hervidero. Uno cree que los viejos ya no están en edad de razonar, y, además, que lo que le ocurre a uno es sagrado y único. ¡Tonterías! Pero le diré una cosa: yo también fui joven; pasé por situaciones críticas que a punto estuvieron de hundirme. Entendí, y entiendo, que la vida es de uno y que se está en libertad de hacer con ella lo que mejor nos parezca. Vivir —y no sólo por vivir, como lo ha dicho usted— es un compromiso, una responsabilidad con uno mismo; no se debe buscar en los demás ni la justificación ni la culpa. Claro, cuando la libertad de vivir se ve limitada o restringida por el interés y la voluntad de otro, uno tiene que saber cuál es la finalidad de su vida y valorar si el otro la obstruye verdaderamente; saber si lo que uno busca es la libertad exterior o la libertad interior y cuál de las dos y cómo se la ve impedida. Porque, mire, uno puede trabajar, percibir un salario, acumular una fortuna, ser disciplinado, estricto y parecer a los demás un enajenado que de algo trata de escapar; por el contrario, puede abandonarse al ocio, la indisciplina, reñir con todos y ganarse la fama de ser un individuo sano emocionalmente porque no le importan lo material y el orden, y así libera su agresividad y su culpa. Ni lo primero es cierto ni lo segundo falso como imperativos. El derecho y la psicología juzgan al mismo sujeto, pero no su misma libertad; ni el bien es único, ni el mal es su negación. La dualidad está en el hombre; la bondad puede ser sólo hipocresía. ¿Me explico?

—Perfectamente.

—¿A qué grupo humano pertenece?

—¿Es interés lírico, médico? —dijo esbozando una sonrisa, como si hubiese advertido algún recodo tenebroso en el tono de la voz del doctor Arnuda— ¿O tal vez quiera conocer la causa para determinar los síntomas y formular un diagnóstico?

—Simples deseos de hablar con un ser humano —dijo, y agregó—. Hay quien dice que nosotros, los médicos, a fuerza de vivir en la parte más oscura y amarga de la gente perdemos la sensibilidad; que así como se realizan las operaciones más complicadas, el médico realiza en sí mismo una delicada intervención quirúrgica para extirparse todo sentimiento humano, para amputarse toda pasión del alma.

—No comparto esa opinión.

—Me alegra oírlo.

La casa del doctor Arnuda tenía un aspecto de grandeza socavada: parecía levantarse sobre un difícil equilibrio entre la ruina y el esplendor de un sueño. Pero lo que no admitía otra verdad era que se antojaba demasiado grande para un hombre que, como el doctor, se pasaba el día metido en un cuarto de cuatro por cuatro; de manera que cuando entraba en ella debía sentirse perdido.

El doctor Arnuda introdujo la llave en la cerradura del recio portón metálico, entró y encendió la luz de un recibidor austero y de un largo pasillo; le cedió el paso y lo condujo, luego de cerrar, hasta una habitación que tenía la apariencia de un estudio, aunque también daba la impresión de haber sido habilitada como consultorio. Lo cierto era que no había orden ni una identidad definida; el mobiliario, equipo y libreros estaban puestos con

demasiada improvisación como para pensar que cumplían un fin útil.

—Un día establecí un orden —dijo anticipándose al comentario que creyó adivinar en la actitud de Regis—; hoy busco tener todo a la mano. Vivo solo y no creo en las buenas impresiones.

—Está bien.

—Hace tiempo conocí a una mujer —dijo mientras abría una cantinita y se aprestaba a servir—; tenía sus cualidades: bella, majestuosa, educada, de manos finas. Le gustaba el orden, se anticipaba al deseo de uno, y venía dos o tres tardes a la semana, con su sirvienta, a darle a esto el toque femenino. Me halagaba y disfrutaba su compañía. Su mira, desde luego, estaba puesta más allá de la amistad y el afán de servir. Pero no me decidí y ella desistió; así que acabé por abandonar la casa y encerrarme aquí. Luego fui a parar al consultorio.

Batió el líquido y se quedó absorto, contemplando el remolino que formaba con el agitador; aunque en realidad esos ojos miraban hacia adentro en el tiempo. Nunca hubiera pensado que se lo contaría a alguien. Luego reaccionó y le dio un vaso a Regis, que permanecía de pie, observándolo.

—¿Estuvo enamorado?

—Sí. Pero nunca fue el matrimonio mi meta —suspiró con cierto regocijo, rechinando los dientes—; me horrorizaba la idea de compartir secretos, de mostrarme desnudo a los ojos de una mujer, como si fuera un cadáver sobre la plancha, expuesto a las miradas indecentes de los practicantes, que aún no saben bien a bien el respeto que impone un cuerpo desnudo y sin vida. Mi temor, como se habrá dado cuenta, radicaba en algo interior.

—¿Ha pensado en la soledad?

—Algunas veces —dijo y dio un sorbo prolongado—; pero pensar en la soledad es inherente a la condición humana, aunque tengamos que vivir en sociedad. De cualquier modo, en los momentos de angustia siempre se siente uno el más infeliz sobre la Tierra. Eso sí, nunca he pensado suicidarme; y mucho menos lo intentaría. Los intentos son frustraciones que uno guarda y revive para su complacencia.

Mariano Regis bebió lentamente; saboreó el dulce ardor del ron mezclado con el del refresco y miró de frente al doctor Arnuda. En los ojos de éste, apacibles y casi piadosos las más de las veces, asomaba una angulosa y resbaladiza criatura interior que clamaba por su libertad, ávida de ser, de salir y escapar y ser algo distinto. El doctor se dio cuenta de su vulnerabilidad y bebió con los ojos entrecerrados; después sonrió todo él.

—Nadie sale indemne de las oportunidades que pierde, médico —dijo Regis, y sintió el primer vuelco, como si estuviera a un paso de caer al precipicio. Sacudió la cabeza pero la sensación de vértigo no desapareció, y delante de él, el viejo aquel, reverberando en medio de su fulgor, de sus contradicciones, lo miraba sonriente, con la impudicia con que se observa un cadáver.

Sueño de una noche crítica

—Probablemente, pro-ba-ble-men-te —decía el Mago columpiándose de borracho, mirándolo de través con ese tiempo que se le iba de los ojos—; probablemente. Pero cuando yo, Cipriano Díaz, pienso en la muerte con el escalofrío y la certeza de un hecho de-fi-ni-ti-vo, me escudo en Cipriano el Mago. Entonces la muerte tiene otro sentido, otro significado, otra di-men-sión.

Regis lo escuchaba con los ojos entrecerrados, apoyados los codos en la mesa y la barbilla en las palmas de las manos. Al lado del Mago estaba el doctor Arnuda, ebrio, rechinando los dientes y afirmando con torpes movimientos de cabeza. En torno, la escena aneblada y ensordecida de la cantina denunciaba otras formas humanas. Regis parpadeó adormilado, entorpecido por el alcohol y el sueño que lo vencía. Había algo sobrecogedor, esplendoroso quizás, en las palabras algodonosas y lerdas de ese tipo mágico que, con la mano diestra izada, parecía pender de un hilo

invisible, del que se sujetaba para no caer, para no derrumbarse transformado en chatarra bíblica. Sí, y también había algo que lo divertía de una manera lamentable.

—Usted pensará que estoy lo-co —insistió el Mago con un tono de queja que tornó patético su gesto de indiferencia—. Psss... Aquí todos piensan eso. Y yo me he a-cos-tum-bra-do a que me tomen por un lo-co ingenuo y... y pa-cí-fi-co, que los divierte con sus cosas por un trago... por un trago y un rato de com-pa-ñía. Dudan y se burlan de este re-mo-to ser que soy y del tiempo que tras-pa-sa mi cuerpo y mi... mi me-mo-ria. Mire: pensar no en-tra-ña riesgo alguno. No es un acto i-rre-vo-ca-ble. Uno puede pensar lo que le venga en ga-na y no sufrir daño al-gu-no. En cambio ser... ser, amigo mío, re-quie-re un equilibrio per-fec-to en el tiempo y en el es-pa-cio. Cuando se do-mi-na esa ecuación, cuando uno al-can-za el grado supremo de la ar-mo-nía y camina por el filo del tiempo y el es-pa-cio sin temor, con los ojos del espíritu cla-va-dos en el devenir, en-ton-ces uno se puede reír de la muerte como un hecho de-fi-ni-ti-vo.

—Está loco —farfulló el doctor Arnuda, que blandía un cigarrillo, chupaba y observaba la lumbre, una y otra vez, como un autómata que se exhibe en algún escaparate.

—Eso —dijo jubiloso el Mago—; ya lo creo que sí. Pero no hago de mi vida una po-cil-ga. No ando ur-dien-do historias de a-ban-do-no de mujeres que no existen más que en la i-ma-gi-na-ción.

—Yo no hago eso.

—¿Y qué es en-ton-ces contarle a la gente lo de su frus-tra-do amor con esa señora que le a-rre-gla-ba la casa dos o tres ve-ces por se-ma-na?

—¡Infame calumniador! —gritó el doctor Arnuda y blandió el puño, seco y huesudo como un nudo y lo mantuvo en suspenso frente a la cara del Mago; luego empezó a reír calmosamente sin bajar la mano—

Está loco —chilló entre la risa que poco a poco lo convulsionaba—; está loco. Loco.

—Sí, sí, sí... —canturreaba el Mago.

—¡Loco infeliz!

—Sí, sí, sí...

—¡Loco!

Regis veía bailotear las luces y las máscaras pálidas de los fetiches que se convulsionaban enfrente de él: era una escena sombría, grotesca y asqueante. Las hileras de dientes de las máscaras brillaban como luciérnagas ahogándose, y oía las risas sofocadas de los dos; pero aunque sacudía la cabeza para disipar la densa niebla que lo empañaba todo, sólo percibía las sombras deformadas que se columpiaban en la bruma de su mente. Tal vez intentó borrarlo todo de un manotazo y entonces escuchó el estrépito cristalino y se vio la mano chorreando un líquido caliente y pegosteoso que goteaba sobre la mesa. Entre la maraña que formó el zumbido que le atravesaba la cabeza y el silencio repentino logró descubrir el gesto grave de los dos hombres que observaban atónitos la mano que reposaba en el aire como una araña bocarriba. Él levantó la vista y la paseó lentamente por todos aquellos ojos que fulgían en la semioscuridad y lo miraban con una mezcla de estupor y odio. Los dos hombres que estaban ante él se pararon tambaleantes, se abrieron paso entre aquellas sombras de ojos fúlgidos, y se marcharon. Él recuperó el instante, vio su mano chorreando sangre y lanzó un alarido.

Sudaba en abundancia; tenía la mano sobre la cara y la oscuridad era casi absoluta. Se enderezó y, lentamente, recobró su presencia,

la noción de las cosas. La oscuridad era densa, pero no tanto como para impedirle percibir la sombra de los objetos que había en la recámara. Se incorporó despacio, temeroso de que la realidad que percibía no lo fuera. El cosquilleo de la alfombra en los pies lo reconfortó un poco. Fue al cuarto de baño, se hizo pantalla con una mano y encendió la luz. Observó su mano detenidamente, trayendo a la memoria escenas fragmentarias de lo ocurrido. En su mano no había más que la cicatriz brillante. Se vio en el espejo. "Eres un estúpido", dijo en voz baja a la imagen demacrada que tenía enfrente; "un pobre estúpido". Abrió la canilla y se enjuagó la boca; apagó la luz y regresó a la cama.

Como una serpiente

Esa noche, en la cantina, se reunieron los tres. Regis narró el hecho y luego se rieron un poco. Pero al dar el primer sorbo de la tercera ronda la incertidumbre los había obligado a callar. En la cantina había tres o cuatro bebedores consuetudinarios, cada uno frente a su vaso y ante sí mismo. Ellos habían elegido un rincón en el que se concentraba la luz rojiza del interior. El Mago hacía girar el vaso sobre la mesa, ensimismado, y el doctor Arnuda rechinaba los dientes de vez en cuando.

—No hay nada que temer —balbució el Mago sin dirigirse a nadie—; los sueños son parte de nuestra vida. Nos hacen vivir dos veces el mismo tiempo... esa fuerza silenciosa que nos lleva de lo imposible a lo posible.

—Los sueños y el tiempo —reflexionó el doctor Arnuda—. Creo que los sueños obedecen a un estímulo o a una asociación de hechos que nos obliga a defeccionar en el sentido de nuestra culpa. Lo que más odiamos o amamos en la vida motiva su recurrencia; pero también la necesidad de olvido. Por eso los sueños tienen esa rara o extraordinaria virtud de traernos a la mente detalles exiguos, intrascendentes, y excluir del acontecer onírico datos contundentes. En cambio, el tiempo...

—¡Ah, el tiempo! —lo interrumpió el Mago con una gran vehemencia— Nadie sabe lo que es; nadie. Lo comparan con una fuerza cósmica, con un río; dicen que fluye del futuro y nos golpea en la cara, dejándonos temblorosos e indefensos en este presente; dicen que sin movimiento no hay tiempo. Juran que es un problema. Boberías, muchacho; boberías, boberías —sorbió y, bizqueando, buscó en la penumbra; estaba borracho y excitado—. No creo que haya quien comprenda lo que digo... ni tú con tu oficio de cancerbero del vicio —dijo al cantinero que los miraba con indiferencia.

—Cuando usted muera —dijo con voz siniestra el doctor Arnuda, y con el índice tocó la frente del Mago— voy a luchar para que el ayuntamiento le erija una estatua frente al mar. Sí, claro que sí; lucharé para que así sea. Se la merece... y que vengan las gaviotas y lo caguen —dijo con una risilla sarcástica. Luego se volvió hacia Regis, levantó el vaso y farfulló— a usted también... Salud...

Regis se aproximó al doctor Arnuda, como si fuese a confiarle un secreto; miró sus ojos fríos, inexpresivos y pálidos. "Quizás sea hora de averiguar la caída", pensó; si sólo unos días atrás el viejo médico había demostrado ser un caballero e intentado darle un cursillo rápido de moral y esas cosas.

—¿Qué ocurre?

—Nada —se defendió el médico—; nada.

—Bien —suspiró Regis y se desentendió del asunto.

—¿O es que debe ocurrir algo para que usted se sienta feliz y satisfecho? —protestó el doctor Arnuda puesto en guardia, a pesar de su situación; rechinó los dientes, ronroneó algo más y acabó por sonreír mientras con el índice se cubría la nariz para disimularlo.

—Supongo que no —dijo Regis fingiendo una sonrisa para corresponder, sólo que de pronto se sintió como una prostituta ofreciendo sus carnes sin decoro y se contrajo, aunque todavía permaneció un instante inclinado, inmóvil y no obstante indeciso. Luego se pasó la lengua por los labios para borrar el rictus y recuperó el aplomo—. Salud, médico; bebamos sin temor —dijo, y enseguida chocó su vaso con el del Mago, que se esforzaba por mantener la atención en lo que sucedía pero que difícilmente podía entreabrir los ojos. El doctor Arnuda actuó como ofendido.

—Escuche —dijo y le clavó el índice un poco debajo de la clavícula derecha—, escuche. Hace tiempo que rabiaba por hacer una cosa así; y ahora me siento como un imbécil colegial que teme llegar a casa después de haberse largado de prángana. Es horrible... es horrible sentirse así… ingenuo… y tonto —agitaba las manos dibujándose en el aire—; siento la cara hinchada y los labios gruesos, las manos torpes, y me doy asco. Pero tenía que hacerlo. Uno no puede pasarse la vida reprimiéndose estas pequeñas licencias, inhibiéndose como una monja los deseos carnales. Pues bien —suspiró con una sonrisa lerda—, heme aquí, sangrante y satisfecho.

—¿Arrepentido?

—¡Satisfecho!

—Muy bien; pero asqueado.

—Bueno —rezongó sin énfasis—; el placer también asquea. La felicidad permanente cansa y se vuelve dolor.

Recargó la mandíbula en la diestra y entrecerró los ojos, sonriendo con todas sus arrugas; con esas nuevas arrugas nacidas un momento antes para hacer más patético el trance. No podía decirse, sin embargo, que fuera un anciano prematuro; era simplemente un hombre instalado en la incertidumbre de las recapitulaciones.

—Así es la vida, médico.

—La vida es algo más que intentos —farfulló con los ojos entrecerrados plácidamente—; algo más que despertar un día y asombrarnos de ver la ruina que nos habita y querer, entonces, con la pueril infamia del asesino por equivocación, que intenta escuchar el latir del corazón cuando lo ha atravesado de certero estoconazo, rectificar el rumbo. Sí, se realiza el intento; pero uno cae como un ave tonta, de las domésticas, porque sus alas y su cuerpo no están hechos para volar, sino para ser basura de la belleza que supone el don de volar.

Regis levantó la mano y gritó:

—¡Cantinero!

—Sí, señor —dijo, solícito, el hombre de abueyunados ojos, y se movió con tal entusiasmo que parecía haber estado esperando toda una eternidad el instante.

—Lo que combatimos, todo aquello a lo que nos oponemos, no deja por eso de ser verdadero, sino apenas distinto para cada uno de nosotros. Y cuando imitamos algo que fue real, no reflexionamos que ese algo no nació para ser imitado, sino verdadero e irrepetible; por eso caemos en la farsa con tanta frecuencia: farsa

amorosa, farsa social, farsa ética, farsa humana. Sí —dijo moviendo la cabeza en forma afirmativa—; sí. Por eso también merece usted un monumento. Ha podido sobrevivir tejiendo una maravillosa historia equivocada y eso... bueno, eso tiene que ser premiado por las autoridades, por el pueblo, por los que lo hemos visto caminar por ese alambre de púas sin perder el equilibrio, sin ceder cuando todo lo tenía perdido.

—Está borracho, médico —dijo Regis sin piedad, mientras a señas ordenaba al cantinero otra ronda.

—Está bien —dijo el doctor y rechinó los dientes—; me siento moralmente desahuciado; pero lúcido, óigalo bien: lúcido como una serpiente un momento antes de saltar sobre la víctima.

—Las serpientes son inocentes —intervino el Mago.

—La serpiente obedece a su propia condición —dijo Regis ignorándolo; después sorbió y agregó en tono burlón—. Usted tendría que nacer serpiente para comportarse como tal; no basta con escupir veneno a diestra y siniestra. Es un asunto de genética, como ve.

—La vida que mostramos a los otros es la parte de la historia que nos interesa que se conozca; lo demás, la parte íntima, la guardamos en el subsuelo de nuestra alma para en las noches, a solas, poder golpearnos el pecho misericordiosamente.

—Tonterías, muchacho —dijo el Mago completamente ebrio—; tonterías.

—¿Derrotado? —interrogó el doctor Arnuda.

—No —respondió Regis—; confundido, quizás.

La imagen transpirada

Desnudo de la cintura arriba, fumaba y veía la calle a través del vidrio cuyas chorreaduras deformaban la escena, dándole un aire de tragedia o pensamiento fantasioso a ese mundo que transcurría ahí afuera. A veces era demasiado frustrante percibir fragmentos de una realidad así, con derechos y libertades truncos, como una alucinación que nos confunde y nos deprecia, transformándonos en seres de instantes. Nunca un pasado continuo ni un presente que nos entregue las cosas como son. Flotamos en el tiempo, emparedados en él; flotamos como una imagen en la memoria. No sabemos qué ocurre más allá de la superficialidad inmediata que muestran las cosas y los seres. Quizás sólo existan por la idea que tenemos de ellos; por la mediación del espíritu. Tal vez así fuera; y había cierto aire de fatalidad en ello. Sin embargo la vida, la vida en sí, debía

ser algo más que permanecer al margen, alucinado por los destellos de un trasfondo en el que se desplazaban, como en el fondo de una ciudad hundida y elegidos por un loco espectador que se deleitaba con la emoción que le producía hacerlo, los momentos que tuvieron una supremacía, un significado para el corazón humano, sin importar la condición ética ni la capacidad afectiva del individuo, sino como respuesta a una causa pura, de amor u odio. Y eso que transcurría ahí afuera estaba lejos de emocionar a nadie; menos aun cuando se lo contempla desde la sucia ventana de un hotel de paso. "La sensibilidad es un problema en sí misma; un escabroso problema: fácilmente levanta barreras que luego no puede derribar", pensó mientras se volvía lentamente; miró el bacín de latón y arrojó en él la colilla, luego vio a la mujer que permanecía recargada en el respaldar de la cama, cubierta con la sábana y cruzados los brazos sobre los senos, con un remedo de pudor. Un mechón caoba le caía sobre el ojo y la mejilla izquierdos. Tenía una mirada vacía, aunque desconfiada de la vida. Regis empezó a ponerse la camisa.

—No debes dejarte vencer —dijo ella con voz grave y pausada—; eso suele ser pasajero.

—Sí —le respondió con el enorme deseo, frustrado en el instante mismo de surgir, de sacudirle un par de puñetazos para hacerla tragar esa actitud de comprensión que había adoptado. "Es el último tributo que puedo pagar", pensó. Sacó la billetera, eligió los billetes más maltratados y los dejó sobre la cama, avergonzado del sucio placer que le producía saldar esa deuda.

El administrador lo vio descender la escalera como quien mira al criminal guardarse el arma homicida, de modo que no le quedó más remedio que condescender un poco con él y decirle, como si se

tratara de una velada explicación urgida por el hombrecillo calvo, que se parapetaba detrás del mostrador y los lentes blancos:

—Baja enseguida.

El hombrecillo movió la cabeza y largó la mirada hacia la parte superior de la escalera, aguardando el descenso de la mujer seguramente para tener tranquila la conciencia. Regis se detuvo un instante antes de empujar la puerta de salida: quizás ahí quedaba sepultado su amor propio. Salió a la noche, quieta e hinchada como un tumor celestial a punto de estallar. Pensó en Irene con un inusitado sentimiento de gratitud y por primera vez le pareció que respiraba un aire limpio. "Uno busca la belleza y el amor en las cosas y los seres que viven en la imaginación; pero lo importante no es la cosa o el ser, sino el sentimiento que encienden. Ésa es su esencia". Comprendía, sin duda por un pensamiento análogo aunque inexpresado, que Irene era un ser que transitaba por el mundo con la certidumbre que su armonía le daba. Quizás por eso su presencia le provocaba un estremecimiento inexplicable. Pero él se había confundido al juzgar la penumbra de tranquilidad en la que ella se movía. No era rutina, sino certidumbre y sencillez, un profundo sentido de lo real. Una imagen del ser transpirada como una revelación de lo que era en sí. En cambio él, limitado por el placer y el vicio de la derrota, jamás había encontrado la concordancia entre el pensamiento y los actos, entre el sentimiento y las palabras.

La ciudad hundida

Llegó muy temprano a la oficina; no había nadie y el conserje aún no terminaba sus tareas. Se sorprendió al verlo, pero lo saludó afable:

—Muy buenos días, señor Regis. Hermosa mañana, ¿eh?

—Sí, don Carlitos; muy hermosa.

El anciano sujetó sus implementos, silbó alguna tonada descompuesta pero con mucha enjundia, y siguió su trabajo en otras oficinas. Tenía razón: la mañana era hermosa; lo confirmó al descorrer las cortinas y ver por encima de las copas de los árboles de la Plaza de Armas. A veces la esperanza empieza con una simple percepción sensible.

Cuando se volvió, al cabo de un instante en que creyó descubrir con naturalidad asombrosa que la verdad buscada no estaba en los signos y mensajes que recibía del mundo, sino en él, y que

había que crearla y asumirla como un mandato superior indiscutible, como una luz en un cuarto oscuro, brotó la decisión en su mente: no iría a Ciudad de México, sino en busca de la ciudad hundida. Sabía con absoluta certeza que era sólo una ciudad deseada, construida quizás sobre los más frágiles e inmateriales edificios del recuerdo, pero quería confirmar su realidad, degustar el placer que le producía en la imaginación; darle movilidad real a los seres y las cosas previstos y que permanecían en su pensamiento inmóviles y lejanos, con esa constitución dudosa que les imbuía la atmósfera líquida en la que los había hundido su propia indecisión.

Sacó de la gaveta del escritorio el cablegrama, las tarjetas con leyendas que alguien, ocioso o desleal, le había dejado; la pistola automática que guardaba ahí sin propósito alguno y dos viejas fotografías suyas que alguna vez le había tomado Rosalina. Metió todo en un portafolio y salió sin ver atrás. El anciano conserje seguía ahí, silbando su desconocida canción.

En la calle abordó un taxi. Iría a casa sólo por lo indispensable; no cargaría con un pasado que olía a deyección. Necesitaba, ése era el término exacto, abandonar su penumbra doméstica e ingresar a otro mundo excepcional, de dicha o más intenso dolor, pero distinto, en el cual hubiese al menos la posibilidad de recobrar creencias, capacidad de afecto, esa verdad que el corazón busca a ciegas.

—Espéreme un momento —ordenó al conductor y subió a toda prisa hasta su departamento. En una valija pequeña echó tres o cuatro mudas de ropa, un par de zapatos, utensilios de aseo personal, documentos de identidad —"no sé para qué", pensó— y, sin proponérselo, el guante de Silvia que estaba sobre el sofá. Escribió un escueto recado a la portera del edificio: "Me marcho. Venda,

regale o quédese con lo que hay aquí. Con eso, mi deuda está saldada". Al salir colocó el recado en la cerradura de la puerta y descendió despacio. Sí, había un dolor oculto; una engañosa sensación de ruptura y crimen que le doblaba las piernas y lo hacía estremecer por todas las cosas que se desmoronaban, tragadas por un largo olvido que se iniciaba apenas.

—A la central de autobuses —dijo al conductor.

—Sí, señor —dijo éste, viéndolo por el espejo retrovisor—. Hermosa mañana para viajar.

—Todo en esta ciudad es hermoso. Aun aquello que no fue nuestro o que, por serlo, mató nuestra fe. Yo lo guardo en el corazón como un perfume.

—Así es. Bien dicho —dijo y reafirmó el conductor sin comprender nada de lo que sucedía. Luego, otra vez por el retrovisor, le preguntó de frente—. ¿Va lejos?

—A buscar una ciudad hundida —dijo.

Entonces el conductor calló. Regis abrió precautoriamente el portafolio y, sin sacarla de él, extrajo tres balas del cargador de la pistola. Enseguida, como apuntó en su libreta de direcciones, las arrojó al exterior: "Una para matar mi amor por Rosalina; otra para matar mi amor por Silvia, y otra para matar las vidas que viví aquí. Esta realidad ya no existe". El conductor lo veía con azoro, como lastimado en su imaginación.

Séptima parte
Moderado a tres voces

Rosalina

No tengo nada que decir. O no quiero. Recordar es como volver a vivir lo que nos ha pasado. Cuando es agradable, bueno, una le tiene especial afecto. Cuando no, hay que tratar de perder la memoria. Mariano y yo nos casamos en 1960; antes del año tuvimos una hija y un año después al niño. En el 63 le ofrecieron venirse a Tampico y no lo pensamos dos veces. Nos fue bien al principio. Vivíamos contentos. Eso fue durante cuatro o cinco años. Luego fracasamos en todo. Los primeros años nos amábamos y disfrutábamos mucho a nuestros hijos; siempre estábamos hablando de que había sido una buena decisión venir al puerto porque solos, lejos de los familiares de uno y otro, no nos teníamos más que a nosotros y a los niños. Fue difícil construir ese mundo; y creo que más difícil destruirlo. Pero lo hicimos; y los dos somos testigos de eso. Todavía

me pregunto qué pasó. Si se abandona lo que nos causa placer es porque hemos encontrado otro placer mayor, verdadero y capaz de inspirar un nuevo sentimiento. Yo no lo encontré. Aunque había días que sin saber por qué me sentía sola, con ganas de decirle que nos regresáramos; mi mente se llenaba de recuerdos de mi niñez y me daban ganas de llorar porque pensaba que me iba borrando en el amor de los que estaban lejos. Me soñaba pidiéndoles que no me olvidaran y me despertaba odiándolo porque él me había arrancado de mi mundo. Pero sabía que no era así y entonces me recriminaba yo misma. Lo cierto es que no comprendía por qué el recuerdo se oponía al presente. El caso es que nunca se lo dije y quise salir por mí misma de esa situación; pero yo estaba como un metal sumergido en ácido. Cuando me di cuenta, estaba comida por el tedio y la apatía; peleábamos por cualquier pequeñez y maltratábamos a los niños. Nos arrepentíamos mucho y llorábamos; hacíamos el amor, pero lo hacíamos como en el recuerdo. No sé si me explique: los que se amaban así eran los que habíamos sido, no los que éramos en ese momento. Y a mí me quedaba un sabor amargo. No sé si a él también. Por eso lo rechazaba con frecuencia; aunque hubiera querido no hacerlo, pues siempre me quedaba con el deseo de buscarlo. Entonces, para no sentir nada, pensaba en cosas desagradables: lo imaginaba podrido por dentro, pensaba que le apestaban los sobacos, que tenía un aliento fétido, que comía como cerdo. Me convulsionaba de asco y me paraba de la cama y me iba a dormir al sofá. Cuando él empezó a llegar tarde, luego de mucho tiempo de crisis; cuando dejó de venir a comer a casa, descubrí la duda y los celos. Sentía que me ahogaba, que me moría de rabia. Y tuve así una razón válida para odiarlo.

Silvia

Pienso que sí me amó; pienso que sí lo amé. Nos conocimos el día que llegó a la agencia. Era muy alegre y divertido; siempre tenía alguna frase ingeniosa que nos hacía reír cuando más preocupados estábamos por algún problema de trabajo. Eso nos ayudó mucho porque al relajarnos resurgía la creatividad y nacía el afecto. Hicimos muy buenas campañas. Para todos tuvo siempre una palabra de aliento. Creo que, sin darme cuenta, eso me fue cautivando. Su carácter era estupendo; y digo era, porque luego cambió mucho. No en lo superficial, no en el trato, sino en lo profundo. Pero entre lo uno y lo otro pasaron varios años. Cuando fuimos amigos hablamos de eso; llegó a confiarme intimidades: la relación con su esposa se había deteriorado y no se explicaba por qué. A veces comíamos juntos o nos íbamos a tomar la copa, sobre todo cuando

andaba más abatido. En esas ocasiones podía pasarse horas y horas hablando de desesperanza, de angustia, soledad, fracaso, miedo. Yo le daba la mano y trataba de sacarlo de ese pozo; intentaba verdaderamente ayudarlo a recobrar la felicidad. Me acuerdo que un día me dijo: "¿Por qué seremos infieles a nosotros mismos? ¿Por qué si queremos vivir no lo hacemos; por qué si queremos morir, no nos facilitamos la muerte?". Me dio miedo oírlo hablar así. Se me ocurrió invitarlo a bailar y aceptó. "El baile relaja", le dije y nos fuimos a un club nocturno llamado Night and Day y amanecimos en su departamento. Me confesó que se había separado de su esposa y yo deduje que hacía tiempo de eso porque su departamento estaba ya bien puesto para entonces. Vivimos una relación plena; íbamos muy seguido a bailar, a la playa, a pasear en lancha, a caminar. Estábamos unidos y todo era maravilloso. El chisme acerca de nosotros florecía por todas partes y eso como que nos fecundaba la imaginación. Sí, algunos días regresaba a sus estados de ánimo críticos; pero sabíamos cómo superarlos. Hoy creo que nos viciamos en ese juego; él se dejaba caer y yo lo levantaba; se metía al pozo y yo lo ayudaba a salir. Luego le dio por lastimarme emocionalmente. O salía de la agencia como si yo no existiera.

Irene

Él me contrató; yo era todavía adolescente y me cohibía su presencia, pero me gustaba mucho trabajar para él. Adiviné que le agradaba el orden porque llegaba muy puntual, descorría las cortinas, me pedía el diario, su café, los pendientes que había. Fue muy fácil aprender ese orden y lo cumplí sin equivocación. Tal vez parezca presuntuosa, pero no es así. Para mí era muy importante hacer bien las cosas y que no me fueran a despedir por una tontería. Necesitaba el trabajo porque papá había muerto cuando yo era niña y mamá enfermó de trabajar y de estar sola, como que se fue dejando morir; mi hermanito era muy pequeño y mi abuela una anciana inútil. Así que me dije: "Es tu oportunidad; haz lo que a él le gusta". Y así lo hice. Jamás me faltó al respeto y yo me sentía muy bien. Algunas amigas me hacían bromas: "Puede ser tu

papá", decían; aunque no era tan viejo. Quiero decir que sólo era un hombre maduro, muy atractivo y humano. Me decían que yo estaba enamorada de él y cuando supimos que andaba con Silvia Pola trataron de saber si me sentía celosa y cosas así. A mí nunca me ha parecido correcto que la gente se entrometa en la vida privada de los demás. Conmigo intentaron hacerlo para saber si sentía algo por él; aunque pienso que en el fondo lo que buscaban era encontrar una enemiga de Silvia para poder encauzar ellos mismos su envidia o su resentimiento. En cualquier caso, no tenía por qué prestarme a ese juego. Es cierto que aparecían con frecuencia en la sección de sociales de *El Mundo*; pero yo pensaba: "Son dos personas adultas". Y seguía trabajando exactamente como a él le gustaba.

Rosalina

Sí, acabé odiándolo. Y me encerré en mí misma. No me importaba nada y a cada momento deseé su muerte. Cuando supe que le había dado por beber y que se había caído, hiriéndose una mano, me alegré. Que se destruyera, que acabara vencido. Yo sufrí mucho cuando él se fue. No lo quería, ni sentía ningún afecto por él; pero me dio una rabia espantosa ver que se iba sin más, que me dejaba en este mundo enfermo. Odié a sus hijos, a mis hijos, porque eran parte de él y lo querían más que a mí. Me sentía llena de resentimiento. Sí, reconozco que soportó mis crisis repentinas, mi rechazo, que lo insultara burlándome de su hombría; pero un día, finalmente, él se recobró de todo eso y se fue. Para vengarme pensé buscar a un hombre rudo, brutal, sucio, que viniera a derribar la imagen de él y hacérselo saber; pero me di cuenta de que los odiaba a todos, de

que son un asco. Hoy trato de pensar que no necesito a un hombre, que estoy clausurada. Aunque creo que estoy como muerta en vida. Hace mucho tiempo que no sé de él, ni quiero saber; sólo que me ahogan las deudas. Creo que venderé la casa y me iré de aquí. Esto se acabó.

Silvia

A veces me pregunto si los descuidos y las desatenciones en las que fue cayendo las planeó para que fuera yo quien terminara con la relación. ¿Me explico? Fue como si hubiera hecho una campaña de desprestigio de su persona para que dejara de amarlo. Pero esto no lo pensé en esos días, cuando sus olvidos me causaban tristeza y coraje, sino después de que me di tiempo para analizar lo sucedido. Entonces sólo me sentía frustrada, depreciada en mi condición de mujer. "Se lo he dado todo", pensaba; "no he pedido nada a cambio y está bien. Es mi decisión". Pero también era mi decisión no vivir encadenada a él. No necesitaba fantasmas amorosos a los cuales sacrificar mi vida. Así que un día, después de conocer a otro hombre, tomé la decisión y se lo dije. Quería eximir a los que habíamos sido; que nos diéramos cuenta de que fuimos creando un vacío

en el interior de nosotros mismos y que aquello que hacíamos no era más que un juego de posesiones. Me apenaba lo que sucedía y cuando él me dijo: "Sé que es cierto", me enfurecí porque pensé que me había espiado. Pero no fue así. Luego he pensado mucho en lo que ocurrió ese día y he llegado a la conclusión de que él lo planeó todo perfectamente y que fui tan tonta que caí en su artificio. Debí averiguar las causas, ayudarlo de verdad, ayudarlo como ser humano, sin egoísmos. Le dejé algunos mensajes escritos con la esperanza de que me buscara y habláramos otra vez de lo nuestro; sé que habríamos recuperado todo. Pero no me buscó y yo no fui capaz de hacerlo. Uno puede estar muy cerca del ser amado y sin embargo no tenerlo; uno puede oír lo que el otro dice y no comprenderlo. Lo sé muy bien. Lo de su accidente fue eso: un accidente, así uno se condicione para provocárselo. Hablamos mucho sobre eso. Él no era débil, sino un ser extremadamente sensible; siempre andaba con el amor a flor de piel y algunas veces lo lastimábamos sin querer. Sí, yo lo amé; y creo que él también me amó.

Irene

Conmigo era muy respetuoso; no digo que fuera seco o de carácter hosco, no; me trataba con afecto aunque no me dijera nada. Cuando mamá murió yo cometí algunas equivocaciones; no sabía dónde traía la cabeza; me disculpé y le informé lo de mamá y él me reprendió así, como muy afectuoso o muy triste. Todos sabíamos que Silvia iba a terminar con él y que no era un buen momento para que yo saliera con mis cosas; pero no pude más. Él fue al velorio y estuvo en el panteón, alejado de todos, pero como muy cerca de mí. Varios días después, mi hermano me dijo: "Te habías de casar con él; se ve que te quiere". Yo me reí, a pesar de la pena por la muerte de mamá. Me acuerdo que el día que llegó accidentado casi me desmayo; pensé muchas cosas horribles y sentí ganas de cuidarlo, de decirle que yo podía hacer todo lo que él quisiera y aun que podía

irse a casa hasta que se restableciera. Se lo dije a mamá, poco antes de que muriera, y ella nomás dijo: "Ay, hija". Pero había algo en su mirada que me hizo sentir muy bien.

Tres voces

/ No me importaba nada y a cada momento deseé su muerte

/ debí averiguar las causas, ayudarlo en verdad, ayudarlo como ser humano

/ me acuerdo que el día que llegó accidentado casi me desmayo; pensé muchas cosas horribles y sentí ganas de cuidarlo, de decirle que yo podía hacer todo lo que él quisiera

/ que se destruyera, que acabara vencido

/ él no era débil, sino un ser extremadamente sensible

/ como muy afectuoso o muy triste

/ esto se acabó

/ creo que él también me amó

/ había algo que me hizo sentir muy bien

Ciudad de México-Tlalnepantla
Julio de 1976-julio de 1992

Índice

9 Una aclaración

13 El principio y el fin

Primera parte. La carta

21 Carta encontrada en el hotel Bahía

Segunda parte. Una nota

27 Las ideas opuestas

Tercera parte. Génesis

33 Uno

37 Dos

43 Tres

47 Cuatro

53 Cinco

55 Seis

59 Siete

Cuarta parte. Los testigos del mal

63 Diálogo de las manos

69 Contradiálogos

85 Monólogo del desamor

89 Los papeles de la derrota

93 Diálogo de los muertos

103 Diálogo del tiempo

109 Todas las voces una voz

Quinta parte. La sombra inmaculada

123 Uno

125 Dos

127 Tres

129 Cuatro

131 Cinco

133 Seis

135 Siete

Sexta parte. Exilio

139 Una buena decisión

147 Sólo era la sombra de lo que era

151 Como se observa un cadáver

159 Sueño de una noche crítica

163 Como una serpiente

169 La imagen transpirada

173 La ciudad hundida

Séptima parte. Moderado a tres voces

179 Rosalina

181 Silvia

183 Irene

185 Rosalina

187 Silvia

189 Irene

191 Tres voces

Los muros de la memoria,
de Antonio Delgado, se terminó de editar
en diciembre de 2017. Para su formación se usó la
tipografía *Borges*, de Alejandro Lo Celso, de la fundidora Pam-
paType. Concepto editorial: Félix Suárez, Hugo Ortíz, Juan Car-
los Cué y Lucero Estrada. Formación y portada: Esmaragdaliz Isbeth
Villegas Pichardo. Cuidado de la edición: Laura Zúñiga Orta y el autor.
Editor responsable: Félix Suárez.